Kyung-sook Shin

Por favor, cuida de mamá



DESTINO

Índice

Portada

Portadilla

Cita

1. Nadie lo sabe

2. Lo siento, Hyong-chol

3. Ya estoy en casa

4. Otra mujer

Epílogo. El rosario de palo de rosa

Notas

Créditos

Por favor, cuida de mamá

Kyung-sook Shin

Traducción de Aurora Echevarría

Ediciones Destino

¡Oh, ama, ama mientras puedas!

FRANZ LISZT

1

Nadie lo sabe

Hace una semana que desapareció mamá.

La familia está reunida en casa de tu hermano mayor, Hyong-chol, intercambiando ideas. Decidís imprimir volantes y repartirlos donde vieron a mamá por última vez. Lo primero que hay que hacer, todos estáis de acuerdo, es un borrador del cartel. Es una respuesta anticuada a una situación como esta, por supuesto. Pero poco puede hacer la familia de un desaparecido, y el desaparecido es nada menos que tu mamá. Solo podéis denunciar la desaparición, inspeccionar la zona y preguntar a la gente si ha visto a alguien que responda a esa descripción. Tu hermano menor, que tiene una tienda online de ropa, dice que ya ha puesto un aviso en internet explicando dónde desapareció; ha colgado su foto y ha pedido a quien la vea que se ponga en contacto con la familia. Quieres salir a buscarla adonde crees que podría estar, pero sabes cómo es ella: en esta ciudad es incapaz de ir sola a ninguna parte. Puesto que te ganas la vida escribiendo, Hyong-chol te encarga la redacción del volante. Te sonrojas, como si te hubiera pillado en falta. No estás segura de que tus palabras puedan ayudar a encontrar a mamá.

Cuando escribes «24 de julio de 1938» como la fecha de nacimiento de mamá, tu padre te corrige: dice que nació en 1936. En el registro

oficial consta el año 1938, pero por lo visto nació en 1936. Es la primera vez que lo oyes. Tu padre dice que en aquella época todo el mundo lo hacía. Como muchos niños no superaban los tres primeros meses de vida, los padres esperaban unos años antes de registrarlos. Cuando estás a punto de cambiar «38» por «36», Hyong-chol dice que hay que poner «1938» porque esa es la fecha oficial. Tú no crees que sea necesaria tanta exactitud, solo es un volante casero, no estás en una oficina gubernamental. Pero, obediente, dejas el «38» y te preguntas si el cumpleaños de mamá es realmente el 24 de julio.

Hace unos años, tu mamá dijo: «No hace falta que celebremos mi cumpleaños por separado». Padre cumple años un mes antes que mamá. Tus hermanos y tú siempre ibais a la casa de vuestros padres en Chongup para los cumpleaños y otras celebraciones. En total sois veintidós. A mamá le gustaba que todos sus hijos y sus nietos se reunieran en la casa y armaran jaleo. Unos días antes preparaba *kimchi* fresco, iba al mercado a comprar ternera y hacía acopio de dentífrico y cepillos de dientes. Prensaba aceite de sésamo y tostaba y molía semillas de sésamo y perilla para daros un tarro a cada uno cuando os fuerais. Mientras esperaba a la familia se la veía muy animada y, cuando hablaba con vecinos y conocidos, sus palabras y sus gestos revelaban su orgullo. En el cobertizo guardaba botellas de cristal de todos los tamaños llenas de jugo de ciruela o de fresas silvestres que hacía cuando llegaba la temporada. Mamá tenía tarros llenos hasta arriba de un pescado pequeño fermentado parecido a la corvina, de pasta de anchoas o de almejas fermentadas que pensaba enviar a la familia que vivía en la ciudad. Cuando se enteró de que la cebolla era buena para la salud, preparó jugo de cebolla, y antes de que empezara el invierno preparaba zumo de calabaza con

regaliz. La casa de tu mamá era como una fábrica: elaboraba salsas, pasta de judías fermentadas y arroz descascarillado; preparaba cosas para la familia durante todo el año. En algún momento los viajes de los hijos a Chongup se hicieron menos frecuentes, y mamá y padre empezaron a venir más a menudo a Seúl. Y entonces empezasteis a celebrar sus cumpleaños fuera de casa. Así era más fácil. Luego mamá incluso llegó a proponer: «Celebremos mi cumpleaños con el de vuestro padre». Dijo que era un engorro celebrar los dos cumpleaños por separado, ya que caían en medio del caluroso verano, cuando ya hay dos ritos ancestrales que organizar con solo dos días de diferencia. Al principio la familia se negó, pese a la insistencia de mamá, y, si ella se mostraba reacia a venir a la ciudad, ibais unos cuantos a su casa para celebrarlo con ella. Pero pronto empezasteis a darle vuestro regalo el día del cumpleaños de padre. Hasta que al final pasasteis discretamente por alto el cumpleaños de mamá. Mamá, a quien le gustaba comprar calcetines para toda la familia, tenía en su cómoda una colección creciente de calcetines que sus hijos nunca se llevaban.

NOMBRE: PARK SO-NYO.

FECHA DE NACIMIENTO: 24 DE JULIO DE 1938 (69 AÑOS).

ASPECTO: MENUDA, PELO ENTRECANO CON PERMANENTE, PÓMULOS MARCADOS; LA ÚLTIMA VEZ QUE SE LA VIO LLEVABA UNA CAMISA AZUL CELESTE, UNA CHAQUETA BLANCA Y UNA FALDA PLISADA DE COLOR BEIGE.

LUGAR DONDE SE LA VIO POR ÚLTIMA VEZ: ESTACIÓN DE METRO DE SEÚL.

Os cuesta decidir qué foto de mamá utilizar. Todos estáis de acuerdo en que debería ser la más reciente, pero no tenéis una foto reciente de ella. Recuerdas que a partir de cierto momento empezó a odiar que le hicieran fotos. Evitaba incluso los retratos de familia. La foto más reciente de mamá es una de toda la familia que se tomó en la fiesta del setenta cumpleaños de padre. Está muy guapa vestida con un *hanbok* azul pálido, peinada de peluquería y con los

labios pintados de rojo. Tu hermano menor cree que en esa foto se la ve muy distinta de como era justo antes de que desapareciera. Dice que, aunque la imagen esté ampliada y sea de ella sola, la gente no la reconocerá. Comenta que, cuando colgó esa foto en internet, mucha gente le respondió: «Su madre es muy guapa, no parece el tipo de persona que puede perderse». Decidís que miraréis a ver si alguno tiene otra foto de mamá. Hyong-chol te dice que escribas algo más en el cartel. Cuando te quedas mirándolo, te pide que pienses alguna frase que toque la fibra sensible de la gente. ¿Palabras que toquen la fibra sensible de la gente? Cuando escribes: «Por favor, ayúdanos a encontrar a nuestra madre», dice que es demasiado simple. Cuando escribes: «Nuestra madre ha desaparecido», dice que «madre» es demasiado formal e indica que escribas «mamá». Cuando escribes: «Mamá ha desaparecido», opina que suena demasiado infantil. Cuando escribes: «Por favor, si ves a esta persona, ponte en contacto con nosotros», te grita:

—¿Qué clase de escritora eres?

No se te ocurre una frase que satisfaga a Hyong-chol.

—Tocarás más la fibra sensible de la gente —dice tu segundo hermano mayor— si pones que habrá una recompensa.

Cuando escribes: «Te recompensaremos generosamente», tu cuñada dice que no puedes ponerlo así, la gente solo hará caso si escribes una cantidad.

—¿Cuánto ofrezco?

—¿Un millón de wones?

—No es suficiente.

—¿Tres millones?

—Creo que sigue siendo poco.

—Entonces cinco.

Nadie se queja. Escribes: «Te recompensaremos con cinco millones de wones» seguido de un punto. Tu segundo hermano mayor dice que deberías escribirlo así: «Recompensa: 5 millones de wones». Tu hermano menor dice que pongas los «5 millones» en un cuerpo de letra más grande. Todos se comprometen a enviarte por correo electrónico una foto de mamá más actual, si la encuentran. A ti te queda la responsabilidad de añadir algo más al volante y hacer copias, y tu hermano menor se ofrece para recoger los volantes y distribuirlos entre toda la familia.

—Podríamos contratar a alguien para que reparta los carteles —propones.

—Hemos de hacerlo nosotros —dice Hyong-chol—. Podemos repartirlos cada uno por nuestra cuenta si tenemos tiempo durante la semana y todos juntos el fin de semana.

—¿Y esperas encontrar a mamá a ese paso? —te quejas.

—No podemos quedarnos con los brazos cruzados; ya estamos haciendo todo lo que podemos —replica Hyong-chol.

—¿A qué te refieres con que estamos haciendo todo lo que podemos?

—Hemos puesto anuncios en el periódico.

—Es decir, que hacer todo lo que podemos es comprar espacio publicitario...

—¿Qué quieres que hagamos? ¿Mañana no vamos a trabajar y salimos a dar vueltas por la ciudad? Si así pudiéramos encontrar a mamá, lo haría.

Dejas de discutir con Hyong-chol porque te das cuenta de que estás presionándolo para que lo haga todo él, como siempre. Padre se queda en casa de Hyong-chol y cada uno se va a su casa. Si no te vas, seguiréis discutiendo. Lleváis así toda la semana. Quedáis para hablar sobre cómo buscar a mamá y de repente uno comenta las

veces que alguno de vosotros había sido injusto con ella. Todo lo que habéis tapado o evitado cuidadosamente os supera de pronto, y acabáis gritando y fumando y os vais furiosos dando un portazo.

Cuando te enteraste de que mamá había desaparecido, preguntaste enfadada por qué no había ido nadie de vuestra gran familia a recogerlos, a ella y a padre, a la estación de Seúl.

—¿Y tú dónde estabas?

«¿Yo?» Cerraste el pico. No te enteraste de que mamá había desaparecido hasta cuatro días después. Os echáis mutuamente la culpa de la desaparición de mamá y todos os sentís heridos.

Al salir de la casa de Hyong-chol, coges el metro para ir a la tuya, pero te bajas en la estación de Seúl, donde desapareció mamá. Pasa mucha gente por tu lado rozándote los hombros mientras te abres paso hasta el lugar donde la vieron por última vez. Miras el reloj. Las tres. La hora a la que mamá se perdió. La gente te empuja cuando te detienes en medio del andén donde mamá se separó de padre. Nadie se disculpa. Así debía de pasar la gente, dando empujones, cuando ella se quedó inmóvil, sin saber qué hacer.

¿Hasta dónde llegan los recuerdos de alguien? ¿Los recuerdos que tienes de mamá?

Desde que te enteraste de su desaparición, no has sido capaz de concentrarte en un solo pensamiento; te asaltan recuerdos largo tiempo olvidados que afloran inesperadamente. Y el arrepentimiento que nace con cada recuerdo. Hace años, unos días antes de que te marcharas de casa para ir a vivir a la gran ciudad, mamá te llevó a un puesto de ropa del mercado. Escogiste un vestido sencillo, pero ella cogió otro con volantes en las mangas y en el bajo.

—¿Qué te parece este?

—No —dijiste apartándolo.

—¿Por qué no? Pruébatelo. —Mamá, joven entonces, abrió mucho los ojos; no lo entendía. El vestido de volantes estaba a años luz de la toalla sucia que ella llevaba siempre alrededor de la cabeza, como cualquier granjera, y que le servía para secarse el sudor de la frente mientras trabajaba.

—Es infantil.

—¿Sí? —dijo mamá, pero sostuvo el vestido en alto y siguió examinándolo como si no quisiera dejarlo—. Yo que tú me lo probaría.

Sintiéndote mal por haber dicho que era infantil, añadiste:

—Ni siquiera es tu estilo.

—No —dijo mamá—. Me gusta esta clase de ropa porque no he podido llevarla.

«Debería haberme probado ese vestido.» Doblas las rodillas y te acuclillas donde mamá debió de hacerlo. Unos días después de que insistieras en comprar el vestido sencillo, llegaste a esa misma estación con mamá. Agarrándote de la mano con fuerza, se abrió paso a grandes zancadas a través del mar de gente de un modo que habría intimidado hasta a los autoritarios edificios que se elevaban alrededor, y cruzó la plaza para esperar a Hyong-chol debajo de la torre del reloj. ¿Cómo podía haber desaparecido alguien así? Cuando los faros del metro iluminan la estación, la gente se precipita hacia delante y, tal vez irritada porque estás en medio, te mira de reojo mientras sigues acuclillada en el suelo.

Cuando la mano de tu mamá se soltó de la de padre, estabas en China. Estabas con tus colegas escritores, en la feria del libro de Pekín. Cuando mamá se perdió en la estación de Seúl, estabas en un stand hojeando una traducción al chino de tu libro.

—Padre, ¿por qué no cogisteis un taxi? ¡Esto no habría pasado si no hubierais ido en metro!

Padre dijo que pensó: «¿Para qué coger un taxi si la estación de tren comunica con la de metro?». Cuando sucede algo, sobre todo si es algo malo, uno repasa mentalmente ciertos momentos. Y entonces piensa: «No debería haber hecho eso». Cuando padre dijo a tus hermanos que mamá y él podían ir solos a la casa de Hyong-chol, ¿por qué, a diferencia de las otras veces, tus hermanos los dejaron? Cuando tus padres venían de visita, siempre iba alguno a recogerlos a la estación de Seúl o a la Terminal de Autobuses Expresos. ¿Qué había empujado a padre, que cuando venía a la ciudad siempre se desplazaba en taxi o en el coche de algún familiar, a tomar el metro ese día en particular? Mamá y padre corrieron hacia el metro que acababa de llegar. Padre entró y, cuando miró hacia atrás, mamá no estaba. Encima era sábado por la tarde y había mucha gente. La multitud apartó a mamá de padre y el metro se marchó mientras ella trataba de orientarse. Padre llevaba el bolso de mamá. Cuando se quedó sola en el andén, sin nada, tú salías de la feria del libro y te dirigías hacia la plaza de Tiananmen. Era la tercera vez que estabas en Pekín, pero nunca habías pisado esa plaza. Siempre la habías visto desde un autobús o un coche. El estudiante que guiaba a tu grupo se ofreció a llevaros allí antes de cenar y a tu grupo le pareció buena idea. ¿Qué debía de hacer tu mamá sola en la estación de Seúl mientras tú bajabas del taxi frente a la Ciudad Prohibida? Tu grupo entró en la Ciudad Prohibida, pero salió enseguida. Solo se podía visitar una parte; el resto estaba en obras y era casi la hora de cerrar. Todo Pekín estaba en obras, preparándose para los Juegos Olímpicos del año siguiente. Te acordaste de la escena de *El último emperador* en la que Puyi, ya anciano, regresa a la Ciudad Prohibida, donde había pasado su

niñez, y enseña a un joven turista una caja que había escondido en el trono. Cuando abre la tapa de la caja, descubre que el grillo que había tenido de niño sigue dentro, todavía vivo. Cuando tú te disponías a ir a la plaza de Tiananmen, ¿tu mamá estaba perdida entre la multitud, recibiendo empujones? ¿Esperaba que fuera alguien a buscarla? La carretera entre la Ciudad Prohibida y la plaza de Tiananmen también estaba en obras. Viste la plaza, pero solo se podía acceder a ella a través de un intrincado laberinto. Mientras contemplabas las cometas que flotaban en el cielo de la plaza de Tiananmen, tal vez tu mamá se habría derrumbado, desesperada, en el andén, gritando tu nombre. Mientras tú contemplabas las puertas de acero abrirse y un escuadrón de policía marchar levantando mucho las piernas y arriar la bandera nacional roja de cinco estrellas, tal vez tu mamá estaba vagando por la laberíntica estación de Seúl. Sabes que es cierto porque eso es lo que te dijeron algunas personas que se encontraban en aquel momento en la estación. Dijeron que habían visto a una anciana que andaba muy despacio y que a veces se sentaba en el suelo o se detenía al pie de la escalera mecánica con la mirada perdida. Algunos recordaban a una anciana que estuvo mucho rato sentada en el andén, hasta que se subió a un metro. Pocas horas después de que tu mamá desapareciera, tu grupo y tú cogisteis un taxi en la noche para dirigiros a la luminosa y animada calle Snack, donde, apiñados bajo luces rojas, probasteis un licor chino de 28 grados y comisteis cangrejo picante salteado en aceite de guindilla.

Padre se bajó en la siguiente parada y regresó a la estación de Seúl, pero mamá ya no estaba allí.

—¿Cómo pudo perderse solo porque no subió en el mismo vagón? Hay letreros por todas partes. Madre sabe cómo hacer una simple

llamada de teléfono. Podría haber llamado desde una cabina.

Tu cuñada insistía en que debía de haberle pasado algo, que era absurdo que no hubiera encontrado la casa de su hijo solo porque no subió en el mismo metro que padre. A mamá le había pasado algo. Ese era el punto de vista de alguien que se empeñaba en pensar en mamá como en la mamá del pasado.

—Mamá puede perderse, ¿sabes? —dijiste, y tu cuñada abrió mucho los ojos, sorprendida—. Ya sabes cómo estaba últimamente —continuaste, y tu cuñada hizo una mueca como si no tuviera ni idea de a qué te referías.

Pero todos sabíais cómo estaba mamá últimamente. Y sabíais que tal vez no la encontraríais.

¿Cuándo te diste cuenta de que mamá no sabía leer?

Escribiste tu primera carta cuando tomaste nota de lo que mamá te dictó para enviárselo a Hyong-chol poco después de que se mudara a la ciudad. Hyong-chol terminó el instituto en el pequeño pueblo donde nacisteis todos, estudió un año en casa para las oposiciones a funcionario y lo destinaron a la ciudad. Era la primera vez que mamá se separaba de uno de sus hijos. Por entonces tu familia no tenía teléfono y la única forma de comunicaros era por carta. Hyong-chol le mandaba cartas escritas con letra grande. Antes de que llegara una carta de Hyong-chol, tu mamá siempre tenía una corazonada. El cartero pasaba todos los días a eso de las once de la mañana con una gran saca colgada de su bicicleta. Los días que había carta de Hyong-chol, mamá volvía corriendo del campo o del arroyo donde lavaba la ropa para recibir personalmente la carta de manos del cartero. Luego esperaba a que tú llegaras de la escuela, te llevaba al

porche trasero y sacaba la carta de Hyong-chol. «Léela en voz alta», te pedía.

Las cartas de Hyong-chol siempre empezaban con «Queridísima madre». Como si siguiera un manual sobre cómo escribir cartas, acto seguido preguntaba por la familia y decía que él estaba bien. Explicaba que una vez a la semana llevaba la ropa sucia a la mujer de un primo de padre y que ella se la lavaba, como mamá le había pedido que hiciera. Informaba que comía bien y que había encontrado un lugar donde dormir, ya que había empezado a hacer el turno de noche en el trabajo, y le pedía que no se preocupara por él. También decía que tenía la sensación de que en la ciudad podía hacer cualquier cosa y que había muchas cosas que quería hacer. Incluso le confesaba su ambición de triunfar y de dar a mamá una vida mejor. A sus veinte años, Hyong-chol añadía con galantería: «De modo que no te preocupes por mí, madre, y cuídate mucho, por favor». Cuando levantabas la vista de la carta, veías a mamá mirando fijamente los tallos de las plantas del jardín trasero o la repisa de los tarros de barro llenos de salsas. Tu mamá aguzaba el oído, no quería perderse ni una sílaba. En cuanto terminabas de leer la carta, te pedía que escribieras lo que ella te dictara. Sus primeras palabras eran: «Querido Hyong-chol». Tú escribías: «Querido Hyong-chol». Mamá no te decía que pusieras dos puntos después, pero tú los ponías. Cuando decía «¡Hyong-chol!», tú escribías «¡Hyong-chol!». Cuando mamá hacía una pausa después de pronunciar su nombre, como si hubiera olvidado lo que quería decir a continuación, te ponías un mechón de la melena detrás de la oreja y, bolígrafo en mano y mirando fijamente el papel de carta, esperabas atenta a que tu mamá continuara. Cuando decía «ya ha llegao el frío», tú escribías «ha llegado el frío». Después de «Querido Hyong-chol», mamá siempre añadía algún comentario

sobre el tiempo: «Hay flores ahora que es primavera»; «Como es verano, los límites del arrozal están empezando a secarse y a agrietarse»; «Es la estación de la cosecha y las judías desbordan los límites del arrozal». Mamá hablaba vuestro dialecto regional salvo cuando dictaba una carta para Hyong-chol. «No te preocupes por nada de casa y, por favor, cuídate. Eso es lo único que te pide tu madre.» Las cartas de mamá siempre transmitían una corriente de emoción: «Siento no poder serte de más ayuda». Mientras escribías con esmero sus palabras, ella se secaba una gruesa lágrima. Las últimas palabras de tu mamá siempre eran las mismas: «No te saltes ninguna comida. Mamá».

Al ser la tercera de cinco hijos, presenciaste el dolor, la pena y la preocupación de mamá cada vez que uno de tus hermanos mayores se iba de casa. Después de que Hyong-chol se hubo marchado, todas las mañanas, al amanecer, mamá limpiaba la superficie de los tarros de barro vidriado de la repisa del patio trasero. Como el pozo estaba en el patio de delante, llevar agua a la parte de atrás era una tarea muy pesada, pero ella lavaba todos y cada uno de los tarros. Quitaba las tapas y los limpiaba por dentro y por fuera hasta que brillaban. Tu mamá cantaba bajito: «Si entre tú y yo no se interpusiera un mar, este doloroso adiós no existiría...». Con las manos ocupadas en sumergir el trapo en agua fría, escurrir y frotar los tarros, mamá cantaba: «Espero que no me dejes nunca». Si la llamabas, se volvía con sus grandes ojos inocentes llenos de lágrimas.

El amor de mamá por Hyong-chol era tan grande que, cuando llegaba tarde a casa porque se había quedado estudiando en la escuela, solía preparar un bol de *ramen* solo para él. Más adelante, cuando a veces sacabas ese tema con tu novio, Yu-bin replicaba:

—Solo era *ramen*. ¿Cuál era el problema?

—¿Qué quieres decir con «¿Cuál era el problema?»? ¡En aquel tiempo el *ramen* era lo mejor que había! ¡Era algo que comías a hurtadillas para no tener que compartirlo!

Aunque le explicaras lo que significaba, él, un chico de ciudad, lo menospreciaba.

Cuando esa nueva exquisitez llamada *ramen* entró en vuestra vida, superó todos los platos que mamá había preparado hasta entonces. Mamá compraba *ramen* y lo escondía en un tarro vacío de la repisa, entre otros, porque quería guardarlo para Hyong-chol. Pero, aun entrada la noche, el olor del *ramen* hirviendo os despertaba a ti y a tus hermanos. Cuando mamá os decía muy seria: «Volved a la cama», mirabais a Hyong-chol, que estaba a punto de comer. Él se compadecía y os daba una cucharada a cada uno. Mamá preguntaba: «¿Cómo es que todos venís tan deprisa cuando se trata de comida?», y llenaba la cazuela de agua para preparar más *ramen* y repartirlo entre tus hermanos y tú. Y entonces cada uno de vosotros sostenía, feliz, un bol más lleno de caldo que de fideos.

Después de que Hyong-chol se marchara a la ciudad, cuando mamá se acercaba al tarro donde escondía el *ramen*, gritaba: «¡Hyong-chol!»; las piernas le fallaban y se caía al suelo. Tú le quitabas el trapo de las manos, le levantabas un brazo y lo pasabas alrededor de tus hombros. Entonces tu mamá, incapaz de controlar sus sentimientos desbordantes hacia su primogénito, se echaba a llorar.

Cuando la tristeza se apoderó de mamá después de que tus hermanos se fueran de casa, lo único que podías hacer por ella era leerle las cartas en voz alta y echar al buzón sus respuestas de camino a la escuela. En esa época no tenías ni idea de que ella

nunca había puesto un pie en el mundo de las letras. ¿Cómo no se te ocurrió pensar que no sabía leer ni escribir al ver que confiaba en ti, una niña, para que le leyeras las cartas y escribieras sus respuestas? Te parecía que su petición era una tarea más, como cortar malvas en el jardín o ir a comprar queroseno. Después de que tú te fueras de casa, mamá no debió de encomendar esa tarea a nadie, pues nunca recibiste una carta de ella. ¿Porque tú no le escribías? Probablemente fue por el teléfono. Por la época en que tú te fuiste a la ciudad, instalaron un teléfono público cerca de la casa del mandamás del pueblo. Era el primer teléfono en tu tierra natal, una pequeña comunidad granjera donde, de vez en cuando, un tren traqueteante recorría las vías que se extendían entre el pueblo y los vastos campos. Todas las mañanas los aldeanos oían al mandamás probar el micrófono y anunciar a continuación que fulanito o menganito debía acudir para atender una llamada de Seúl. Tus hermanos empezaron a llamar al teléfono público. Después de que instalaran el teléfono, aquellos que tenían familia en otras ciudades estaban pendientes de los sonidos del micrófono, incluso desde los arrozales o los campos, preguntándose a quién buscaban.

Una madre y una hija pueden conocerse muy bien o ser dos completas desconocidas.

Hasta el pasado otoño, creíste que conocías bien a tu mamá: sabías lo que le gustaba, lo que tenías que hacer para apaciguarla cuando se enfadaba, lo que quería oír. Si alguien te preguntaba qué estaba haciendo mamá, respondías en el acto: estará secando los helechos; como es domingo, debe de estar en la iglesia. Pero el pasado otoño tu creencia de que la conocías se hizo añicos. Fuiste a verla sin

avisar y descubriste que te habías convertido en una invitada. Mamá se avergonzaba del desorden en el patio y de las colchas sucias. En un momento dado recogió una toalla del suelo y la colgó, y cuando se cayó comida en la mesa la recogió rápidamente. Echó un vistazo a lo que tenía en la nevera y, aunque trataste de detenerla, se fue al mercado. Si estás con tu familia, no deberías sentirte mal por no recoger la mesa después de comer para ir a hacer otra cosa. Te diste cuenta de que te habías convertido en una extraña cuando viste que mamá trataba de disimular el desorden de su vida cotidiana.

Tal vez te convertiste en una invitada antes de eso, cuando te fuiste a vivir a la ciudad. Después de que te marchases de casa, tu mamá dejó de reñirte. Antes era severa contigo si hacías algo que no le parecía bien. Desde pequeña, siempre se dirigió a ti como: «Eh, niña». Normalmente os lo decía a ti y a tu hermana para diferenciar a sus hijas de sus hijos, pero también te llamaba así, «Eh, niña», cuando quería que corrigieras tus hábitos: tu manera de comer la fruta, tu forma de andar, de vestir, de hablar. Pero a veces parecía inquieta y te escudriñaba la cara. Te estudiaba con expresión preocupada cuando necesitaba que la ayudaras a estirar por las puntas las colchas almidonadas o cuando te pedía que echaras astillas en el horno de la vieja cocina para cocer arroz. Un día frío de invierno, tu mamá y tú estabais cerca del pozo, limpiando la raya para los ritos ancestrales de Año Nuevo, cuando ella dijo: «Tienes que estudiar mucho en la escuela, así podrás acceder a un mundo mejor». ¿Entendiste entonces sus palabras? Cuantas más veces te reprendía ella, más a menudo la llamabas «mamá». La palabra «mamá» es familiar y esconde una petición: «Por favor, cuídame; por favor, deja de gritarme y acaríciame la cabeza; por favor, apóyame tenga o no razón». Nunca dejaste de llamarla «mamá».

Incluso ahora, cuando mamá ha desaparecido. Cuando dices en voz alta «mamá», quieres creer que está sana. Que mamá es fuerte. Que mamá no se arredra ante nada. Que mamá es la persona a la que quieres llamar cuando te desesperas por algo en esta ciudad.

El pasado otoño no la avisaste de que ibas a verla, pero no fue para evitar que se liara a preparar tu llegada. En ese momento estabas en Pohang. La casa de tus padres queda lejos de Pohang, adonde habías llegado en uno de los primeros vuelos de la mañana. Cuando te despertaste al amanecer, te lavaste el pelo y fuiste al aeropuerto, no sabías que irías a ver a mamá a Chongup. Está más lejos y es más difícil ir a Chongup desde Pohang que desde Seúl. No lo tenías previsto.

Cuando llegaste a la casa de tus padres, encontraste la verja abierta. La puerta de la casa también estaba abierta. Al día siguiente habías quedado para comer con Yu-bin en la ciudad, de modo que tenías planeado volver a casa en el tren de la noche. Aunque habías nacido allí, el pueblo se había vuelto un lugar desconocido. Lo único que quedaba de tu niñez eran los tres almeces, ya muy crecidos, junto al riachuelo. Cuando ibas a casa de tus padres, en vez de la carretera tomabas el pequeño sendero hacia los almeces alineados del riachuelo. Este camino te llevaba directamente a la verja trasera de la casa de tu niñez. Mucho tiempo atrás había habido un pozo comunal justo al otro lado de la verja. Lo taparon cuando el moderno sistema de cañerías llegó a todas las casas, pero tú siempre te detenías en ese lugar antes de cruzar la verja. Golpeabas con el pie el sólido cemento justo donde había estado el pozo. Te invadía la nostalgia. ¿Qué debía de hacer el pozo en la oscuridad, debajo de la calle, el pozo que había proporcionado agua a toda la gente del callejón y que seguía borboteando? No estabas allí cuando

lo cegaron. Un día fuiste de visita y el pozo había desaparecido, justo por ahí pasaba una carretera de cemento. Seguramente, como no viste con tus propios ojos cómo lo cegaron, seguías imaginando que el pozo todavía estaba allí, rebosante de agua, bajo el cemento.

Te quedaste un rato donde había estado el pozo, luego cruzaste la verja y gritaste: «¡Mamá!». Pero no hubo respuesta. La luz del sol poniente de otoño inundaba el patio de la casa, orientada al oeste. Entraste a buscarla, pero no estaba en la salita ni en el dormitorio. Había mucho desorden. Una botella de agua abierta encima de la mesa y una taza en el borde del fregadero. En la alfombra de la salita había una cesta de trapos volcada, y del sofá colgaba una camisa sucia con las mangas separadas, como si padre acabara de quitársela. El sol del atardecer iluminaba el espacio vacío. «¡Mamá!» Aunque sabías que allí no había nadie, gritaste una vez más: «¡Mamá!». Saliste por la puerta principal y, en el patio lateral, viste a mamá tumbada en la tarima del cobertizo sin puerta. «¡Mamá!», gritaste, pero no respondió. Te pusiste los zapatos y fuiste al cobertizo. Desde allí se veía todo el patio. Muchos años atrás, mamá hacía malta en el cobertizo. Era un lugar práctico, sobre todo desde que lo ampliaron ocupando la pocilga contigua. En los estantes que había clavado en una pared, amontonaba los viejos utensilios de cocina que ya no utilizaba, y debajo tenía sus frascos de cristal llenos de encurtidos y conservas. Era ella quien había trasladado la tarima al cobertizo. Cuando derribaron la vieja casa y construyeron la de estilo occidental, se sentaba en la tarima para hacer las tareas culinarias que no resultaban cómodas dentro de la cocina moderna. Machacaba pimienta roja en el mortero para hacer *kimchi*, sacudía los tallos de las judías para desvainarlas, hacía pasta de pimientos rojos y col salada para el *kimchi* de invierno, o ponía a secar tortas de semillas de soja fermentadas.

La caseta del perro que había junto al cobertizo estaba vacía; la cadena yacía en el suelo. Caíste en la cuenta de que no lo habías oído ladrar al entrar en la casa. Buscaste al perro con la mirada mientras te acercabas a mamá, que no se movió. Debía de haber estado cortando calabacines para ponerlos a secar al sol. A su lado había una tabla, un cuchillo y una maltrecha cesta de bambú llena de rodajas de calabacín. Al principio te preguntaste: «¿Está dormida?». Pero al recordar que a ella no le iba lo de echarse la siesta, te fijaste en su cara. Tenía una mano en la cabeza y luchaba con todas sus fuerzas. Tenía los labios entreabiertos, el entrecejo fruncido y la cara surcada por profundas arrugas.

—¡Mamá!

No abrió los ojos.

—¡Mamá! ¡Mamá!

Te arrodillaste delante de ella, la sacudiste con fuerza y abrió ligeramente los ojos. Los tenía muy rojos y tenía la frente cubierta de gotas de sudor. Tu mamá no parecía reconocerte. Abrumada por el dolor, su rostro mostraba una terrible confusión. Solo una malevolencia invisible podría ser la causa de semejante expresión. Volvió a cerrar los ojos.

—¡Mamá!

Subiste a la tarima y apoyaste el rostro torturado de mamá en tu regazo. Le pasaste un brazo por la axila para que no se resbalara de tus rodillas. ¿Cómo podían haberla dejado sola en ese estado? Te sentías indignada, como si alguien la hubiera arrojado así al cobertizo. Pero la que se había ido de su lado eras tú. Cuando uno sufre un shock es difícil tomar decisiones. «¿Llamo a una ambulancia? ¿Debería entrarla en casa? ¿Dónde está padre?» Estos pensamientos cruzaron tu mente a toda velocidad, pero acabaste mirando a mamá apoyada en tu regazo. Nunca habías visto su cara

tan contorsionada, reflejando tanto dolor. La mano con que se apretaba la frente cayó sin fuerza sobre la tarima. Mamá respiraba con dificultad, agotada. Sus miembros se aflojaron, como si ya no pudiera hacer el esfuerzo de intentar evitar el dolor.

—¡Mamá!

El corazón te latía con fuerza. Se te ocurrió que podía estar muriéndose, así, sin más. Pero entonces mamá abrió los ojos muy despacio y te miró fijamente. Al verte debería haberse sorprendido, pero su mirada era vacía. Parecía sentirse demasiado débil para reaccionar. Unos segundos más tarde pronunció tu nombre, con cara inexpresiva. Y murmuró algo débilmente. Te inclinaste.

—Cuando mi hermana murió, ni siquiera pude llorar.

Mamá estaba tan pálida que no lograste decir nada.

El funeral de tu tía fue en primavera. Tú no asististe. Ni siquiera habías ido a verla, aunque estuvo casi un año enferma. ¿Qué estabas haciendo? Cuando eras joven, tu tía fue una segunda madre para ti. En las vacaciones de verano te instalabas en su casa, al otro lado de la montaña. De todos tus hermanos, tú eras con quien ella tenía una relación más estrecha. Seguramente porque te parecías mucho a mamá. Tu tía siempre decía: «¡Tú y tu madre estáis cortadas por el mismo patrón!». Como si reviviera su niñez con su hermana, tu tía te llevaba con ella a dar de comer a los conejos y te hacía trenzas. Cocinaba una olla de cebada con una porción de arroz encima y guardaba el arroz para ti. Por la noche te apoyabas en su regazo y escuchabas las historias que te contaba. Recordaste que solía deslizar un brazo debajo de tu cuello, a modo de almohada. Aunque se había ido de este mundo, todavía recordabas su aroma de aquellos veranos. Tu tía, en su vejez, se dedicó a cuidar de sus nietos mientras sus padres llevaban una panadería. Se cayó por la

escalera cargando un niño a la espalda y la llevaron corriendo al hospital, donde descubrieron que tenía un cáncer tan extendido por todo el cuerpo que ya no se podía hacer nada. Mamá te dio la noticia.

—¡Mi pobre hermana mayor!

—¿Cómo no se lo han detectado hasta ahora?

—Nunca se hizo ninguna revisión.

Tu mamá iba a ver a su hermana, le llevaba gachas de sésamo y se las daba a cucharadas. Tú escuchabas en silencio cuando te llamaba por teléfono y decía: «Ayer fui a ver a tu tía. Hice gachas de sésamo y se las comió con apetito».

Fuiste la primera a la que mamá llamó cuando tu tía murió.

—Mi hermana ha muerto.

No dijiste nada.

—Si estás ocupada, no hace falta que vengas.

Aunque tu mamá no hubiera dicho esas palabras, no habrías podido ir al funeral de tu tía porque tenías que entregar un proyecto. Hyong-chol, que sí fue, te contó que le había preocupado ver a mamá tan destrozada, pero que no lloró y que le dijo que no quería ir al cementerio.

—¿De verdad? —preguntaste.

Hyong-chol dijo que a él también le había extrañado, pero que respetó su deseo.

Ese día, en el cobertizo, mamá, con aquella expresión de dolor, te contó que cuando murió su hermana ni siquiera pudo llorar.

—¿Por qué no? Deberías haber llorado si querías hacerlo —dijiste, sintiéndote algo aliviada al ver a la mamá que conocías, aunque se mostrara tan inexpresiva.

Tu mamá parpadeó tranquila.

—Ya no puedo llorar.

No dijiste nada.

—Si lo hago, la cabeza me duele tanto que tengo la sensación de que me va a estallar.

Con el sol poniente calentándote la espalda, miraste la cara de mamá apoyada en tu regazo como si fuera la primera vez que la veías. ¿Mamá tenía jaquecas? ¿Y tan fuertes que ni si quiera podía llorar? Sus ojos oscuros, que solían verse redondos y brillantes como los de una vaca a punto de dar a luz, quedaban ocultos bajo las arrugas. Sus carnosos y pálidos labios estaban secos y cuarteados. Le cogiste un brazo, el que ella había dejado caer en la tarima, y se lo pusiste sobre la barriga. Miraste las oscuras manchas del sol en el dorso de su mano: revelaban toda una vida de trabajo. Ya no podías decir que conocías a mamá.

Cuando tu tío vivía, iba a ver a mamá todos los miércoles. Acababa de volver a Chongup después de haber llevado una vida nómada por todo el país. No tenía un motivo concreto para la visita; llegaba en su bicicleta, veía a mamá y se iba. A veces, en lugar de entrar en la casa, la llamaba desde la verja: «¡Hermana! ¿Estás bien?». Y antes de que tu mamá pudiera salir al jardín, gritaba: «¡Me voy!», daba la vuelta a la bicicleta y se iba. Por lo que tú sabías, mamá y su hermano no estaban muy unidos. Poco antes de que nacieras, tu tío pidió prestado mucho dinero a padre y nunca se lo devolvió. Tu mamá a veces hablaba de ello con amargura. Decía que por culpa de tu tío siempre se había sentido en deuda con padre y con la hermana de padre. Aunque el que debía el dinero era tu tío, a ella le costaba aceptar que no lo hubiera devuelto. Después de cuatro o cinco años sin tener noticias de él, tu mamá siempre se preguntaba:

«¿Qué estará haciendo tu tío?». No sabrías decir si estaba preocupada o si le guardaba rencor.

Un día, oyó que alguien abría la verja y entraba.

—Hermana, ¿estás en casa?

Mamá, que estaba dentro comiendo mandarinas contigo, abrió la puerta y salió corriendo. Todo ocurrió muy deprisa. ¿Por qué se había emocionado tanto? Intrigada, saliste detrás de ella. Se detuvo en el porche y, mirando hacia la verja, gritó:

—¡Hermano!

Y corrió hacia la persona que estaba de pie junto a la verja sin importarle ir descalza. Era tu tío. Tu mamá salió a su encuentro corriendo como el viento, le golpeó el pecho con el puño y gritó:

—¡Hermano! ¡Hermano!

La observaste desde el porche. Era la primera vez que la oías llamar a alguien «hermano». Siempre se refería a su hermano como «tu tío». No sabías por qué te había sorprendido tanto verla correr hacia tu tío y llamarlo «hermano» con un tono nasal de satisfacción, cuando siempre habías sabido que tenías un tío. Te dijiste: «¡Mamá también tiene un hermano!». A veces te reías tú sola al recordar a tu mamá ese día, ya entrada en años, bajando de un salto del porche y cruzando el jardín a todo correr, hacia tu tío, gritando: «¡Hermano!», como si fuera una niña... Mamá comportándose como una niña aún más pequeña que tú. Esa mamá la tenías grabada en la mente. Te recordaba que hasta mamá... No comprendías por qué habías tardado tanto tiempo en darte cuenta de algo tan obvio. Para ti, mamá era siempre mamá. Nunca se te pasó por la cabeza que un día había dado su primer paso, o que había tenido tres, doce o veinte años. Mamá era mamá. Había nacido siendo mamá. Hasta que la viste correr de ese modo hacia tu tío, no caíste en la cuenta de que era un ser humano que sentía exactamente lo mismo que tú

por tus hermanos, y ese descubrimiento te llevó a tomar conciencia de que ella también había tenido infancia. Desde entonces, a veces pensabas en mamá como niña, como adolescente, como recién casada, como madre que acababa de darte a luz.

Después de haber visto a mamá en ese estado en el cobertizo, no podías dejarla y volver a la ciudad. Padre estaba en Sokcho con ciertas personas del Centro Regional de las Artes Tradicionales Coreanas de Interpretación. Se suponía que volvería en un par de días. Aunque el dolor más intenso pasó, la jaqueca persistía y ni podía sonreír, no digamos llorar. Ni siquiera entendió tu propuesta de ir al hospital. Cuando la ayudaste a entrar en la casa, caminó con cautela, intentando mantener a raya el dolor. Pasó mucho rato hasta que pudo hablar. Dijo que siempre tenía jaquecas, pero que las jaquecas terribles solo llegaban «de vez en cuando», y que pasados esos momentos podía sobrellevarlo.

¿Estaban tus hermanos al corriente de las jaquecas de mamá? ¿Y padre?

Querías contárselo a tus hermanos y llevar a mamá a un gran hospital en cuanto volvieras a la ciudad. Cuando fue capaz de moverse por sí sola, te preguntó:

—¿No tienes que irte?

En algún momento del pasado tus visitas a casa se habían hecho más breves; ibas unas horas y volvías a la ciudad. Pensaste en tu cita del día siguiente, pero le dijiste que te quedarías a dormir. Recuerdas la sonrisa que iluminó su cara.

Dejaste en la cocina el pulpo vivo que habías comprado en el mercado de pescado de Pohang —ni tu mamá ni tú sabíais qué hacer con él—, y te sentaste a la mesa enfrente de ella, como en los

viejos tiempos, para comer algo sencillo: arroz y *panchan* acompañado de *kimchi*, tofu estofado, anchoas salteadas y algas tostadas. Cuando mamá envolvió un puñado de arroz en un trozo de alga, como hacía cuando eras pequeña, y te lo ofreció, tú lo cogiste y te lo comiste. Después de cenar, para hacer la digestión, salisteis a caminar alrededor de la casa. Ya no era la misma casa en la que habías crecido, pero los tres patios —el delantero, el lateral y el de atrás— seguían comunicados. En el patio trasero, en una repisa, había todavía muchos tarros altos de barro. Cuando eras joven estaban llenos de salsa de soja, pasta de pimientos rojos, sal y pasta de judías, pero hacía tiempo que estaban vacíos. Mientras caminabais, mamá a veces adelantándose, a veces quedándose rezagada, te preguntó de pronto la razón de tu visita.

—Fui a Pohang...

—Pohang está muy lejos de aquí.

—Sí.

—El viaje es más largo desde Pohang que desde Seúl.

—Sí, es cierto.

—¿Qué te ha empujado a viajar desde Pohang cuando parece que nunca tienes tiempo para venir a vernos?

En lugar de responder, le cogiste la mano con desesperación, como si te aferraras a una cuerda de salvamento en la oscuridad, porque no sabías cómo explicar tus emociones. Le dijiste que a primera hora de la mañana habías ido a dar una conferencia a una biblioteca de braille de Pohang.

—¿Una biblioteca de braille? —preguntó mamá.

—Braille es lo que leen los ciegos con los dedos.

Mamá asintió. Mientras rodeabais la casa, le contaste tu viaje a Pohang. La biblioteca Braille llevaba años pidiéndote que fueras, pero cada vez ponías como excusa algún compromiso previo. A

principios de primavera recibiste otra llamada. Acababas de publicar tu última obra. El bibliotecario te dijo que querían publicar tu libro en braille. ¡En braille! No sabías gran cosa sobre el tema, salvo que era el lenguaje de los ciegos, como le dijiste a mamá. Escuchaste al bibliotecario sin inmutarte, como si oyeras hablar sobre un libro que aún no habías leído. El bibliotecario dijo que necesitaban tu autorización. Si no hubiera dicho «autorización», tal vez no habrías accedido a ir a la biblioteca Braille. La palabra «autorización» te conmovió: los ciegos querían leer tu libro, te pedían permiso para reproducir tu libro en el lenguaje a través del cual solo ellos podían comunicarse... Respondiste: «Por supuesto», y de pronto te sentiste impotente. El bibliotecario dijo que el libro estaría listo en noviembre. Como el Día del Braille también caía en noviembre, dijo que agradecerían que fueras ese día y participaras en la ceremonia de presentación del libro. Te preguntaste cómo habían podido llegar las cosas hasta ese punto, pero ya no podías retirar tu «por supuesto». Probablemente tuvo que ver que era principios de primavera, y noviembre parecía muy lejano. Pero el tiempo pasó. La primavera pasó, el verano llegó y se fue, el otoño llegó y enseguida fue noviembre. Y de pronto era el día.

La mayoría de las cosas de este mundo, si uno piensa detenidamente en ellas, no son inesperadas. Incluso lo que uno calificaría de inusitado, si uno lo piensa, en realidad es algo que tenía que ocurrir. A menudo, toparte con acontecimientos inusitados significa que no has pensado mucho en el asunto en cuestión. Tu visita a la biblioteca Braille y todo lo que ocurrió allí eran cosas que podrías haber imaginado si te hubieras detenido a pensar en la biblioteca Braille. Pero estuviste ocupada en primavera, en verano y en otoño. Ni siquiera el día que fuiste a la biblioteca Braille pensaste en la gente que ibas a encontrar allí; lo único que te preocupaba era

llegar tarde a la reunión de las diez. Cogiste por los pelos el vuelo de las ocho de la mañana a Pohang, fuiste en taxi hasta la biblioteca Braille y te dirigiste a la sala de espera. El director se sentó frente a ti con la ayuda de un voluntario. Te saludó con tono educado: «Gracias por venir hasta aquí», y te tendió la mano. Intentando ocultar tu nerviosismo, se la estrechaste y respondiste alegremente: «Hola». La mano que te ofreció el director era blanda. Habló de tu libro hasta un momento antes de tu intervención. Sonreíste y asentiste a ese hombre ciego que había leído tu libro, aunque él no podía verte sonreír ni asentir. Era el Día del Braille, su fiesta. Cuando entraste en el auditorio, te esperaban cuatrocientas personas; algunas todavía se dirigían despacio hacia sus asientos con la ayuda de voluntarios. Había hombres y mujeres de todas las edades, pero ningún niño. Empezó el acto y varias personas subieron al escenario, de una en una, para pronunciar pequeños discursos. Algunas recibieron diplomas de agradecimiento. Luego hablaron de tu novela y subiste al escenario para recibir una copia editada en braille. Tu libro en braille ocupaba cuatro volúmenes. Los libros que te dio el director eran dos veces más gruesos que el tuyo pero más ligeros. Oíste aplausos y volviste a tu asiento con los libros. El acto continuó. Mientras repartían placas para felicitar a los lectores, abriste uno de los volúmenes. Te mareaste al instante. Un sinfín de puntos sobre papel blanco. Era como si hubieras caído en un agujero negro. Como si caminaras por unas escaleras que conocías tan bien que ni siquiera habían quedado registradas en tu mente y, al pensar en otra cosa, dieras un traspié y cayeras rodando. El braille proliferaba sobre el papel blanco, cada letra un agujero hecho con un punzón, palabras que no podías descifrar. Le contaste a mamá que pasaste la primera página, la segunda, la tercera, y luego cerraste el libro. Como ella escuchaba tu historia con atención, continuaste.

Al final de la ceremonia, te levantaste para decir unas palabras sobre tu novela. Cuando dejaste los volúmenes en la tarima y miraste al público, te pusiste tensa. De pie frente a cuatrocientas personas que no podían ver, no tenías ni idea de dónde fijar la mirada.

—¿Y qué hiciste? —preguntó tu mamá.

Le explicaste que los cincuenta minutos se te hicieron eternos. Eres la clase de persona que mira a los ojos de la gente cuando habla. A veces cuentas la historia completa y a veces la dejas a la mitad, dependiendo de lo que veas en los ojos de tu interlocutor. Delante de ciertos ojos, te salen historias que nunca has contado a nadie. Te preguntaste: «¿Sabe mamá que soy así?». Frente a cuatrocientas personas ciegas, no sabías a quién mirar ni cómo empezar. Algunos ojos estaban cerrados; otros, entreabiertos; otros se ocultaban tras gafas oscuras, y otros parecían observarte directamente a ti y tu nerviosismo. Te quedaste callada frente a todos esos ojos que no podían verte pero te apuntaban. Te preguntaste qué sentido tenía hablar de tu libro ante esos ojos invidentes. Pero no era apropiado hablar de nada más, no ibas a contarles anécdotas de tu vida. Si acaso, eran ellos los que deberían contarte la suya. Atascada, lo primero que dijiste hacia el micrófono fue: «¿De qué hablo?». Estallaron en carcajadas. ¿Se reían porque creían que con eso querías decir que podías contarles cualquier cosa? ¿O para que te sintieras más cómoda? Un hombre de unos cuarenta y cinco años replicó: «¿No ha venido a hablar de su obra?». Tenía los ojos dirigidos hacia ti, pero cerrados. Concentrándote en ellos, empezaste a hablar de la fuente de inspiración del libro, de lo que habías experimentado emocionalmente mientras lo escribías, de tus expectativas cuando lo acabaste. Estabas sorprendida. De todos los públicos ante los que

habías hablado, ese era el que escuchaba tus palabras con más interés. Su lenguaje corporal demostraba que escuchaba con atención. Un asistente asentía, otro adelantó un pie y un tercero se inclinó hacia delante. Aunque no entendías una palabra de su sistema de escritura, habían leído tu libro, y querían hacerte preguntas y compartir sus pensamientos. Le dijiste a mamá que habían revelado sentimientos muy positivos acerca de ese libro, más que cualquier otra persona que hubieras conocido. Mamá, que te escuchaba en silencio, dijo:

—Pero aun así han leído tu libro.

Un breve silencio flotó entre vosotras. Mamá te pidió que continuaras. Tú continuaste.

Cuando terminaste, una persona levantó la mano y preguntó si podía hacerte una pregunta. Le dijiste que adelante.

—Era ciego, mamá, pero dijo que su hobby era viajar.

Te quedaste atónita. ¿Adónde iba a viajar un ciego? Dijo que había leído algo que habías escrito hacía mucho sobre Perú. El protagonista de esa novela iba a Machu Picchu, y había una escena en la que un tren empezaba a ir hacia atrás. El hombre dijo que después de leerla le entraron ganas de hacer ese viaje en tren en Perú. Te preguntó si tú habías hecho ese trayecto en tren. Se refería a un libro que habías escrito hacía más de diez años. Tú, que tenías tan mala memoria que a veces abrías la nevera y te quedabas un rato ahí parada, intentando recordar para qué la habías abierto, mientras el frío te envolvía, hasta que te rendías y la cerrabas, empezaste a hablar de Perú, adonde viajaste antes de escribir el libro. Lima; Cuzco, llamado el Ombligo del Mundo; la estación de San Pedro, donde cogiste el tren a Machu Picchu al amanecer. Y el tren, que dio muchas sacudidas hacia delante y hacia atrás antes de partir hacia Machu Picchu. Y entonces le dijiste a mamá:

—Todos los nombres de los lugares y las montañas que había olvidado me salieron de corrido.

Percibiendo amistad en unos ojos que nunca habían visto, unos ojos que parecían comprender y aceptar cualquier defecto en los tuyos, dijiste algo que nunca habías dicho a nadie sobre ese libro.

—¿Qué fue? —preguntó mamá.

—Dije que, si volviera a escribirlo, no creía que lo hiciera igual.

—¿Eso es decir algo muy gordo?

—¡Sí, porque significaba que rechazaba lo que ya existe, mamá!

Mamá te miró en la oscuridad y dijo:

—¿Por qué escondes esas palabras? Tienes que vivir en libertad y decir lo que sientes. —Apartó la mano que tenías entre las tuyas y te frotó la espalda. Cuando eras niña, solía lavarte la cara del mismo modo, con sus grandes manos relajantes—. Qué historias tan buenas cuentas...

—¿Yo?

Mamá asintió.

—Sí, me ha gustado.

«¿Le ha gustado mi historia?» Te emocionaste. Sabías que lo que le habías contado no tenía nada especial; la cuestión era que después de tu experiencia en la biblioteca Braille le habías hablado de un modo diferente. Desde que te marchaste a la ciudad, siempre le hablabas como si estuvieras enfadada con ella. Como si le dijeras: «¿Qué sabes tú, mamá?». «¿Por qué ibas a hacer eso como madre?», le reprochabas. «¿Por qué quieres saberlo?», le replicabas fríamente. Después de descubrir que mamá ya no tenía el poder de regañarte, si ella te preguntaba: «¿Por qué vas?», tú le respondías, cortante: «Porque tengo que ir». Incluso cuando tenías que coger un avión porque habían publicado un libro tuyo en otro país o porque ibas a participar en un seminario en el extranjero, cuando

ella te preguntaba: «¿Por qué vas?», tú replicabas, seca: «Porque tengo asuntos que atender». Mamá te pedía que no cogieras aviones: «Si hay un accidente, mueren doscientas personas en el acto». «Tengo trabajo que hacer», decías. Y si mamá te preguntaba: «¿Por qué tienes siempre tanto trabajo?», respondías con hosquedad: «Sí, vale, mamá». Te resultaba difícil hablar con ella de tu vida porque no tenía nada que ver con la suya. Pero, cuando le hablaste de lo perdida que te sentiste viendo la edición en braille de tu libro y el creciente pánico que experimentaste de pie frente a cuatrocientas personas ciegas, ella te escuchó con tanta atención como si la jaqueca hubiera desaparecido. ¿Cuándo había sido la última vez que le contaste algo que te había pasado? En algún momento, la conversación entre mamá y tú se volvió muy simple. El cambio ni siquiera se produjo cara a cara, sino por teléfono. Tus palabras tenían que ver con si comía, si estaba bien de salud, cómo se encontraba padre, que debía tener cuidado y no pillar un resfriado, que ibas a mandarles dinero. Mamá hablaba de que había hecho *kimchi* y te había enviado un poco, que tenía sueños extraños, que te había enviado arroz o pasta de judías fermentadas, que te había hecho extracto de agripalma, y que no desconectaras el móvil porque el mensajero te llamaría antes de entregar todos esos paquetes.

Con tus libros en braille dentro de una bolsa de papel, te despediste de la gente de la biblioteca Braille. Te quedaban dos horas muertas antes del vuelo de regreso. Recordabas que en el escenario habías mirado por la ventana, rehuyendo sus ojos, y habías visto el puerto salpicado de barcos. «Si hay un puerto, debe de haber un mercado de pescado», pensaste. Paraste un taxi y le pediste que te llevara

allí. Te gusta visitar el mercado cuando tienes tiempo libre en un lugar donde nunca has estado. Aunque era un día entre semana, el mercado de pescado estaba de bote en bote. Fuera viste dos personas cortando un pescado tan grande como un sedán. Preguntaste si era un atún, por el tamaño, pero el vendedor dijo que era un pez luna. Te hizo pensar en un personaje de un libro cuyo título no recordabas. Procedía de una ciudad marítima y, cada vez que tenía un problema, iba al acuario para hablar con el pez luna. Se quejaba de que su madre se había llevado todos sus ahorros y se había ido a otra ciudad con un hombre más joven, y al final decía: «Pero echo de menos a mamá. ¡Eres el único al que puedo contarle esto, pez luna!». Te preguntaste si se trataría del mismo pez.

—¿De verdad se llama «pez luna»? —preguntaste, pensando que era un nombre excepcional para un pez.

—¡También lo llamamos *Mola mola*! —respondió el vendedor.

En cuanto oíste las palabras *Mola mola*, la tensión que habías sentido dentro de la biblioteca se desvaneció. ¿Por qué pensaste en mamá mientras vagabas entre montones de marisco tres veces más barato que en Seúl, pulpos vivos con la cabeza más grande que la de un ser humano, abulones frescos, peces sable, caballa, cangrejo? ¿Fue el pez luna lo que te hizo pensar en mamá y en la primera vez que fuiste con ella a un mercado de pescado? ¿Hizo que recordaras cómo preparabais las dos juntas las rayas junto al pozo? Todavía podías ver las manos heladas de mamá arrancando la mucosidad marronácea pegada a la carne. Te detuviste en un puesto de cuyo techo colgaba un pulpo hervido del tamaño del torso de un niño y compraste un pulpo vivo por quince mil wones. También compraste abulones; eran de piscifactoría, pero los habían alimentado con distintas clases de algas. Cuando dijiste que ibas a Seúl, el vendedor se ofreció a ponerlos en una caja de hielo por dos mil wones más. Al

salir del mercado te diste cuenta de que todavía faltaba un montón de tiempo para tu vuelo. Con los libros de braille en una mano y la caja de hielo en la otra, te subiste a otro taxi y dijiste al conductor que querías ir a la playa. Tardaste solo tres minutos en llegar. En noviembre, salvo por dos parejas, la playa estaba vacía. Era una playa grande. Mientras te encaminabas hacia la orilla estuviste dos veces a punto de caerte. Te sentaste en la arena fina y observaste el mar. Al cabo de un rato te volviste para mirar las tiendas y los edificios de apartamentos que había al otro lado de la carretera, frente al mar. La gente que vivía allí podía darse un chapuzón en el mar en una noche calurosa y luego volver a casa y ducharse. Distraída, sacaste de la bolsa de papel uno de los volúmenes en braille y lo abriste. Los puntos blancos en relieve en las páginas brillaron a la luz del sol.

Deslizando un dedo por los indescifrables signos de braille al sol, te preguntaste quién te había enseñado a leer. Fue tu segundo hermano mayor. Os tumbabais boca abajo en el porche de la casa vieja y mamá se sentaba a tu lado. Tu hermano, un alma mansa, nunca creaba problemas entre hermanos. Incapaz de desobedecer la orden de mamá de que te enseñara a leer, te mandaba escribir números, vocales y consonantes, una y otra vez, con expresión aburrida. Cada vez que intentabas escribir con la mano izquierda, dominante, tu hermano te la golpeaba con una regla de bambú. Cumplía las órdenes de mamá. A ti te resultaba más natural utilizar la mano y el pie izquierdos, pero mamá decía que si usabas la mano izquierda tendrías muchos motivos por los que llorar en la vida. Cuando en la cocina cogías arroz con la mano izquierda, mamá te arrebataba el puñado y te lo ponía en la derecha. Si aun así insistías en utilizar la mano izquierda, cogía la cuchara, te daba un golpe en

esa mano y decía: «¿Por qué no me haces caso?». La mano izquierda se te hinchaba. Aun así, cuando tu hermano no miraba, te pasabas el lápiz rápidamente a la mano izquierda y dibujabas dos círculos, uno encima del otro, para el 8. Luego te pasabas el lápiz de nuevo a la derecha. Tu hermano, que sabía que habías juntado los dos círculos en cuanto veía tu 8, te decía que abrieras la palma y te atizaba con la regla. Mientras aprendías a leer, mamá te vigilaba al tiempo que remendaba calcetines o pelaba ajos. Cuando aprendiste a escribir tu nombre y el de mamá, y a leer libros, titubeante, antes de ir a la escuela, la cara de tu mamá floreció como la menta. Esa cara se superpuso al braille que no sabías leer.

Te levantaste y corriste de vuelta hacia la carretera sin molestarte en sacudirte la arena de la ropa. Decidiste que en lugar de volar a Seúl irías en taxi a Taejon y cogerías un tren a Chongup. No dejabas de pensar que hacía casi dos estaciones que no veías a mamá.

Recuerdas un aula de la escuela, hace mucho tiempo.

Era el día en que alrededor de sesenta niños rellenaban las solicitudes de acceso a la escuela secundaria. Si no lo hacías ese día, no podías ir. Tú eras uno de los niños que no estaba rellenando una solicitud. No acababas de entender qué significaba no ir a la escuela secundaria. Pero te sentías culpable.

La noche anterior mamá había gritado a padre, que estaba enfermo en la cama. Le había gritado: «No tenemos nada, ¿cómo va a sobrevivir la niña en este mundo si no la mandamos a la escuela?». Padre se levantó y se fue de casa, y mamá cogió una mesa baja y cuadrada y la arrojó al patio con frustración. «¿De qué sirve tener una casa si ni siquiera puedes llevar a tus hijos a la

escuela? ¡Lo rompería todo!» Deseaste que se calmara; a ti te daba igual no ir a la escuela. Después de tirar la mesa, mamá no se aplacó. Abrió y cerró la puerta del sótano de un portazo, arrancó la ropa del tendedero, la arrugó y la tiró al suelo. Luego se acercó a ti, que estabas agachada junto al pozo, se quitó la toalla de la cabeza y te la puso debajo de la nariz. «¡Suénate!», te ordenó. Oliste el intenso olor a sudor de la toalla de mamá. No querías sonarte, y menos con esa toalla maloliente, pero mamá no paró de decirte a gritos que te sonaras con todas tus fuerzas. Cuando titubeaste, te dijo que así no llorarías. Probablemente la miraste al borde de las lágrimas. Pedirte que te sonaras era su forma de decirte: «No llores». Incapaz de resistirte, te sonaste, y tus mocos y el olor a sudor se mezclaron en la toalla.

Al día siguiente mamá fue a la escuela y llevaba puesta esa misma toalla. Después de hablar con tu maestro, este se acercó a ti y te dio un formulario. Levantaste la cabeza y miraste fuera del aula mientras escribías tu nombre en el formulario, y viste que mamá te observaba desde el pasillo. Cuando vuestras miradas se cruzaron, ella se quitó la toalla y la agitó; sonreía de oreja a oreja.

Poco antes de que llegara el momento de pagar la matrícula de la escuela secundaria, el anillo de oro que mamá llevaba en el dedo corazón, su única joya, desapareció de su mano. Solo quedó la marca en el dedo, grabada por los muchos años que lo había llevado.

Las jaquecas asaltaban continuamente a mamá.

Durante esa visita a la casa de tu niñez, te despertaste con sed en medio de la noche y viste tus libros alzándose sobre ti en la

oscuridad. Cuando decidiste ir a Japón con Yu-bin en su año sabático no sabías qué hacer con todos tus libros. Al final enviaste la mayoría de ellos, los que llevaban años contigo, a la casa de tus padres. En cuanto mamá los recibió, vació una habitación y los colocó allí. Desde entonces, nunca habías encontrado el momento de llevártelos. Cuando ibas a casa de tus padres, utilizabas esa habitación para cambiarte de ropa o guardar las maletas, y, si te quedabas a dormir, ahí era donde mamá te preparaba la estera y las mantas.

Después de beber agua y de volver a la cama, te preguntaste cómo dormía mamá. Abriste con cuidado la puerta de su habitación. Parecía que no estaba allí. «¡Mamá!», la llamaste. No hubo respuesta. Buscaste a tientas el interruptor de la pared y encendiste la luz. No estaba. Encendiste la luz de la salita y abriste la puerta del cuarto de baño, pero tampoco estaba allí. «¡Mamá! ¡Mamá!», la llamaste al tiempo que abrías la puerta de la calle y salías al patio. El viento de la madrugada te agitó la ropa. Encendiste la luz del patio y miraste rápidamente hacia la tarima del cobertizo. Mamá estaba ahí tumbada. Bajaste corriendo los escalones y te acercaste a ella. Fruncía el entrecejo, como antes, dormida, con una mano en la cabeza. Iba descalza y tenía los dedos de los pies doblados hacia abajo, tal vez por el frío. La sencilla cena y la conversación que habíais tenido mientras paseabais juntas por la casa se desvanecieron. Era una madrugada de noviembre. Llevaste una manta y la tapaste. Llevaste calcetines y se los pusiste. Y te sentaste a su lado y te quedaste ahí hasta que se despertó.

Mamá había pensado en otras maneras de ganar dinero aparte de la granja y acondicionó un rincón del cobertizo para hacer malta.

Llevaba allí todo el trigo que cosechaba en los campos, lo trituraba, lo mezclaba con agua, lo ponía en el molde y hacía malta. Cuando fermentaba, toda la casa olía a malta. A nadie le gustaba ese olor, pero mamá decía que era el olor del dinero. En el pueblo había una casa donde hacían tofu y, cuando ella les llevaba la malta fermentada, la vendían a la fábrica de cerveza y le daban el dinero a mamá. Ella guardaba ese dinero en un cuenco blanco, apilaba seis o siete cuencos más encima y los ponía en la parte superior de los armarios. Aquel cuenco era el banco de mamá. Guardaba allí todo su dinero. Cuando llevabas a casa el recibo de la matrícula, ella sacaba dinero del cuenco, lo contaba y te lo ponía en la mano.

Más tarde esa mañana, cuando abriste los ojos descubriste que estabas tumbada en la tarima del cobertizo. ¿Dónde se había metido mamá? No estaba a tu lado, pero de la cocina llegaban golpes de cuchillo. Te levantaste y fuiste hacia allí. Mamá estaba a punto de trocear un rábano blanco sobre la tabla de cortar. Te pareció que agarraba de forma precaria el cuchillo. No era así como solía cortar el rábano, hábilmente, sin bajar la vista, para hacer ensalada. La mano con que cogía el cuchillo era inestable, y este resbaló sobre el rábano y chocó contra la tabla. Parecía que iba a cortarse un pulgar.

—¡Mamá! ¡Espera! —Le quitaste el cuchillo de la mano—. Ya lo hago yo, mamá.

Te colocaste frente a la tabla. Mamá se quedó quieta, pero luego dio un paso a un lado. En el escurridor del fregadero estaba el pulpo sin vida. Sobre la cocina de gas había una olla de cocción al vapor de acero inoxidable. Pensaba hacer un lecho de rábano y poner el pulpo encima para cocerlo al vapor. Estuviste a punto de preguntar: «El pulpo, en vez de cocerlo al vapor, ¿no habría que hervirlo?». Pero

no lo hiciste. Mamá dispuso las rodajas de rábano en el fondo de la olla y colocó dentro una rejilla de acero inoxidable. Metió el pulpo entero y tapó la olla. Así era como cocinaba el marisco.

Mamá no estaba acostumbrada al pescado. Ni siquiera conocía el nombre de cada especie. Para ella, caballa, lucio o sable eran pescado y punto. En cambio, distinguía las diferentes clases de judías: alubias rojas, semillas de soja, judías blancas, judías negras. Cuando tenía que cocinar pescado, nunca preparaba *sashimi*, ni lo asaba ni lo cocía, sino que lo salaba y lo hacía al vapor. Para la caballa o el pez sable preparaba incluso una salsa de soja con pimienta roja, ajo y pimienta, y los cocía al vapor sobre el arroz que se estaba cocinando. Mamá nunca probó el *sashimi*. Cuando veía a alguien comer pescado crudo, lo miraba con una cara de asco que decía: «Pero ¿qué está haciendo?». Mamá, que había cocido raya al vapor desde que tenía diecisiete años, quiso hacer también así el pulpo. La cocina no tardó en llenarse del olor a rábano y a pulpo. Mientras observabas cómo mamá hacía el pulpo al vapor, pensaste en las rayas.

La gente de la región de mamá siempre ponía raya en la mesa de sus ritos ancestrales. Para mamá, el año estaba estructurado alrededor de los ritos ancestrales que se celebraban una vez en primavera y dos veces en verano y en invierno. Siete veces al año, si contabas Año Nuevo y el Chuseok,[1] mamá tenía que sentarse junto al pozo y limpiar una raya. Normalmente la raya que compraba era del tamaño de la tapa de una caldera. Cuando tu mamá iba al mercado, compraba una raya roja y la dejaba junto al pozo, sabías que se acercaba un rito ancestral. Limpiar la raya para los ritos ancestrales de invierno, cuando el tiempo convertía el agua en hielo, era una tarea ardua. Tú tenías las manos pequeñas, y las de mamá estaban endurecidas de tanto trabajar. Ella hacía una raja con el

cuchillo en la piel de la raya, con sus manos rojas y heladas, y entonces tus jóvenes dedos arrancaban las membranas. Habría sido más fácil si se hubieran desprendido de una pieza, pero salían a trozos. Mamá hacía otra raja en el pescado y todo el proceso volvía a empezar. Era una típica escena de invierno: tu mamá y tú acuclilladas junto al pozo cubierto por una fina capa de hielo, despellejando la raya. La limpieza de la raya se repetía cada año, como si alguien rebobinara una película. Un invierno, mamá miró tus manos heladas mientras estabas sentada frente a ella y dijo: «¿Y si no le quitamos la piel?»; dejó lo que estaba haciendo y troceó el pescado con confianza. Era la primera vez que la mesa de los ritos ancestrales veía una raya con piel. Padre preguntó: «¿Qué le pasa a esta raya?». Mamá respondió: «Es la misma raya de siempre, pero con piel». La hermana de padre gruñó: «Tienes que poner más cuidado con la comida de los ritos ancestrales». «Pues despelléjala tú», replicó mamá. Aquel año, cada vez que pasaba algo malo, alguien sacaba a relucir la raya con piel. Cuando el caqui no dio fruto; cuando a uno de tus hermanos, jugando a tirar palos, le dio un palo volador en un ojo; cuando hospitalizaron a padre; cuando los primos se pelearon..., la hermana de padre refunfuñó que todo se debía a que mamá no había despellejado la raya para los ritos ancestrales.

Mamá puso el pulpo cocinado al vapor sobre la tabla de picar y trató de cortarlo, pero el cuchillo le resbalaba de las manos como cuando había intentado cortar el rábano en rodajas.

—Ya lo hago yo, mamá.

Volviste a coger el cuchillo, cortaste el pulpo caliente con olor a rábano, sumergiste un trozo en una salsa de pimientos rojos con vinagre y se lo ofreciste. Era lo que ella siempre hacía contigo. Y cada vez tú tratabas de atraparlo en el aire con tus palillos, pero

mamá te decía: «Si lo comes con tus palillos, no sabe tan bien. Abre la boca». Mamá trató de atraparlo en el aire con sus palillos.

—Así no sabe tan bien. Abre la boca —dijiste.

Y metiste el trozo de pulpo en su boca. Tú también lo probaste. Estaba caliente, blando y tierno. Te preguntaste: «¿Pulpo para desayunar?». Pero mamá y tú os lo comisteis con los dedos, de pie en la cocina. Mientras masticabas, observaste a mamá: trataba de coger un trozo de pulpo y se le caía. Le pusiste un trozo en la boca. Enseguida dejó de intentar comer el pulpo por sí sola y esperó a que tú se lo pusieras en la boca. Su mano parecía perdida. Mientras comíais, dijiste:

—Madre. —Era la primera vez que la llamabas «madre»—. Madre, vayamos a Seúl hoy mismo.

—Vayamos a las montañas —replicó ella.

—¿A las montañas?

—Sí, a las montañas.

—¿Hay un camino desde aquí?

—Lo he abierto yo misma.

—Iremos a Seúl y, una vez allí, al hospital.

—Más adelante.

—¿Cuándo?

—Cuando tu sobrina haya hecho el examen de ingreso. —Se refería a la hija de Hyong-chol.

—Puedes ir conmigo en lugar de con Hyong-chol.

—Estoy bien. Todo irá bien. Iré al doctor de medicina china. También estoy haciendo fisioterapia porque me dijeron que tenía el cuello mal.

No lograste convencerla: siguió insistiendo en que iría más adelante. Luego te preguntó cuál era el país más pequeño del mundo.

¿El país más pequeño? La miraste fijamente, una desconocida que te hacía una pregunta al azar. ¿Cuál es el país más pequeño del mundo? Mamá te pidió que le compraras un rosario de palo de rosa si alguna vez ibas a ese país.

—¿Un rosario de palo de rosa?

—Cuentas de rezo hechas de madera de palo de rosa. —Te miró lánguidamente.

—¿Necesitas cuentas de rezo?

—No, solo quiero cuentas de rezo de ese país. —Mamá hizo una pausa y dejó escapar un profundo suspiro—. Si alguna vez vas, tráeme uno.

Te quedaste callada.

—Porque tú puedes ir a cualquier parte.

Tu conversación con mamá se quedó allí. No dijo una palabra más en la cocina. Después de desayunar pulpo al vapor, tu mamá y tú salisteis de la casa. Cruzasteis varios arrozales de las montañas que bordeaban el final del pueblo y subisteis por un sendero de las colinas. Aunque la gente no lo utilizaba, estaba transitable. La gruesa capa de hojas de roble que cubría el suelo amortiguaba tus pasos. A veces las ramas que se entrelazaban sobre el sendero te rozaban la cara. Mamá, que iba delante, las apartaba para que pasaras. Un pájaro emprendió el vuelo.

—¿Vienes aquí a menudo?

—Sí.

—¿Con quién?

—Con nadie. No tengo a nadie que me acompañe.

¿Mamá subía sola por ese sendero? Realmente no podías decir que la conocías. Era un sendero oscuro para recorrerlo en soledad. En ciertas partes, el bambú era tan denso que no se veía el cielo.

—¿Por qué vienes a caminar por aquí?

—Vine una vez después de la muerte de tu tía y he seguido haciéndolo.

Al cabo de un rato se detuvo en lo alto de una colina. Cuando te acercaste y miraste hacia donde ella estaba mirando, exclamaste:

—¡Ah, es este sendero!

Te habías olvidado por completo de él. Era el atajo que conducía a la casa de la madre de tu mamá, lo habías recorrido a menudo de niña. Aun después de que construyeran la gran carretera que atravesaba el pueblo, la gente solía tomar ese camino de montaña. Era el sendero por el que un día bajaste con un pollo vivo atado a una cuerda mientras tu abuela estaba ocupada preparando sus ritos ancestrales. Soltaste la cuerda y perdiste el pollo. Lo buscaste por todas partes, pero no conseguiste encontrarlo. ¿Dónde se habría metido? ¿Tanto había cambiado ese camino? De niña habrías podido recorrerlo con los ojos cerrados, pero en ese momento, de no haber sido por la colina, no habrías sabido que era el mismo. Mamá se quedó mirando la que había sido la casa de su madre. Ya no vivía nadie allí. Los habitantes de ese pueblo, que en otro tiempo debieron de ser más de cincuenta familias, se habían marchado. Todavía seguían en pie unas cuantas casas vacías, pero la gente había dejado de ir. ¿De modo que mamá solía subir sola hasta allí para mirar el pueblo vacío en el que había nacido? Le rodeaste la cintura con el brazo y volviste a decirle que fuera contigo a Seúl. No respondió, lo que hizo fue sacar el tema del perro. Al ver que no estaba en la caseta te había picado la curiosidad, pero no habías tenido oportunidad de preguntar.

Un año antes, cuando fuiste a casa en verano, había un perro atado junto al cobertizo. Hacía un calor sofocante y la cadena era tan corta que parecía que el jadeante perro, incapaz de apartarse del sol,

caería muerto en cualquier momento. Le dijiste a mamá que lo soltara. Ella respondió que, si lo hacía, la gente tendría tanto miedo que no pasaría por allí. ¿Cómo podía atar así a un perro, y encima en el campo...? Por causa del perro discutiste con ella nada más llegar, ni siquiera te molestaste en saludar. «¿Por qué lo tienes atado? Déjalo suelto.» Pero mamá insistió: «Nadie, ni siquiera en el campo, deja sueltos a sus perros. Todo el mundo los ata con una cadena. Si no lo haces, se pierden». Replicaste: «Entonces busca una cadena más larga. ¿Cómo va a sobrevivir un perro con este calor si lo atas a una cadena tan corta? Lo tratas así solo porque no puede defenderse». Mamá dijo que esa era la única cadena que había en la casa; era la que había utilizado para el anterior perro. «¡Pues compra una nueva!» Aunque hacía mucho que no ibas a ver a tu madre, volviste al pueblo antes de poner un pie en la casa y regresaste con una cadena tan larga que el perro podía merodear por el patio lateral. Fue entonces cuando te diste cuenta de que la caseta era pequeña. Te disponías a marcharte otra vez para comprar otra caseta para el perro cuando mamá te detuvo; dijo que en el pueblo vecino había un carpintero y que le pediría que construyera una nueva. No concebía pagar por una caseta para un animal. «Hay trozos de madera por todas partes, basta con unir unos cuantos con unos clavos. ¿Quieres pagar por eso? Debes de estar podrida de dinero.» Más tarde, cuando te fuiste de vuelta a la ciudad, le diste dos cheques de diez mil wones y le hiciste prometer que mandaría construir una caseta grande para el perro. Mamá prometió que lo haría. De nuevo en Seúl, la telefoneaste unas cuantas veces para asegurarte de que había encargado la caseta del perro. Aunque podría haber mentido, mamá cada vez respondía: «Tengo que hacerlo. Lo haré pronto». La cuarta vez que llamaste y te respondió lo mismo, montaste en cólera: «Te di el dinero para eso. La gente de

campo sois terribles. ¿No te da pena ese perro? ¿Cómo va a vivir en ese espacio tan pequeño, y más con este calor? Hay excrementos pisoteados dentro y ni siquiera los recoges. ¿Cómo va a vivir un perro tan grande en un lugar tan pequeño? ¡Suéltalo en el patio! ¿No te da pena?».

Hubo un silencio. Empezaste a arrepentirte de haber dicho que la gente de campo era terrible.

La voz de tu mamá sonó furiosa al otro lado de la línea: «¿Te preocupa más el perro que tu madre? ¿Crees que tu madre es la clase de persona que maltrataría a un perro? ¡No me digas lo que tengo que hacer! ¡Lo criaré como me dé la gana!». Y colgó.

Siempre colgabas tú primero. «Mamá, te llamo después», decías, y luego no lo hacías. No tenías tiempo para sentarte y escuchar todo lo que mamá tenía que decirte. Pero esta vez había colgado ella. Era la primera vez que mamá se enfadaba tanto contigo desde que te habías ido de casa. A partir de entonces mamá siempre te decía: «Lo siento». Te confesó que te había mandado a vivir con Hyong-chol porque ella no podía cuidarte lo bastante bien. Mamá trataba por todos los medios de alargar la conversación cuando llamabas. Pero, aunque había colgado primero, estabas decepcionada con ella por cómo tenía al perro. Estabas desconcertada. ¿Cómo podía haber cambiado tanto? Mamá solía cuidar de todos los animales de la casa. Era la clase de persona que iba a Seúl para quedarse una temporada y tres días después insistía en volver a casa para dar de comer al perro. ¿Cómo podía ser tan descuidada? Estabas enfadada con tu mamá por haberse vuelto insensible.

Al cabo de unos días mamá llamó: «Antes no eras así de fría. Si tu madre te cuelga el teléfono, se supone que tienes que llamarla. ¿Cómo puedes ser tan terca?».

No se trataba de terquedad; no habías tenido mucho tiempo para pensar. Te acordabas de que mamá había colgado furiosa, pensabas: «Debería llamarla», pero por una cosa o por otra siempre acababas poniendo esa llamada al final de la lista.

«¿Sois así toda la gente culta?», espetó mamá, y colgó.

Para el Chuseok fuiste a casa de tus padres y viste una gran caseta junto al cobertizo. En el suelo había una gruesa capa de paja.

En la colina, a tu lado, tu mamá empezó a hablar:

—En octubre, mientras estaba lavando el arroz en el fregadero para preparar el desayuno, alguien me dio unos golpecitos en la espalda. Cuando me volví, no había nadie. Se repitió durante tres días seguidos: notaba unos golpecitos, como si me llamaran, pero cuando miraba no había nadie. Debió de ser el cuarto día; en cuanto me desperté, fui al cuarto de baño y vi al perro tumbado frente al retrete. El año pasado te enfadaste conmigo, dijiste que maltrataba al perro, pero había encontrado a ese perro vagando por las vías del tren, cubierto de sarna. Me dio lástima y me lo llevé a casa; lo até y le di de comer. Si no lo atas, no sabes adónde irá ni si alguien se lo llevará para comérselo... Ese día de octubre no se movió. Al principio pensé que dormía. No se movió ni siquiera cuando lo zarandeé. Estaba muerto. El día anterior había comido bien y había movido la cola, pero ahora estaba muerto y parecía tranquilo. No sé cómo se soltó de la cadena. Al principio estaba en los huesos, pero enseguida engordó y el pelo empezaba a brillarle. Y era tan listo... Atrapaba topos. —Se interrumpió con un suspiro—. Dicen que si acoges a una persona te traicionará, pero que si acoges a un perro te recompensará. Creo que el pobrecillo murió en mi lugar.

Esta vez suspiraste tú.

—La primavera pasada di dinero a un monje que pasó por aquí y me dijo que este año moriría un miembro de nuestra familia. Cuando lo oí me puse muy nerviosa. Pensé durante mucho tiempo en ello. Creo que la muerte vino a buscarme, pero, como cada vez que venía yo estaba lavando el arroz que iba a cocinar para mí sola, se llevó al perro en lugar de a mí.

—Mamá, ¿de qué estás hablando? ¿Cómo puedes creer eso tú que vas a la iglesia? —Pensaste en la caseta vacía junto al cobertizo y en la cadena en el suelo, y la abrazaste.

—Cavé un hoyo profundo en el patio y lo enterré en él.

Tu mamá siempre contaba historias llenas de imaginación. En la noche de un rito ancestral, la hermana de padre y otras tías llegaban con cuencos de arroz. Era cuando la comida escaseaba, así que todas colaboraban. Cuando terminaban los ritos, tu mamá llenaba de comida los cuencos de los parientes para que se los llevaran a casa. Durante los ritos, los cuencos de arroz estaban colocados en hilera, y mamá decía que los pájaros habían entrado volando, se habían posado en el arroz y luego se habían ido. Si no la creías, exclamaba: «¡Los he visto con mis propios ojos! Había seis pájaros. ¡Los pájaros son vuestros antepasados que han venido a comer!». Una vez, mamá se fue a los campos a primera hora de la mañana y se llevó algo de comer para más tarde, pero ya había alguien allí arrancando malas hierbas. Cuando le preguntó quién era, él explicó que pasaba por allí y que se había detenido a arrancar malas hierbas porque había muchas. Mamá y el desconocido escardaron juntos. Ella, agradecida, compartió con él su comida. Hablaron de esto y de aquello, arrancaron malas hierbas, y cuando se hizo de noche sus caminos se separaron. Al llegar a casa, ella explicó a la hermana de padre que había estado escardando con un desconocido, y la

hermana de padre se puso rígida y preguntó qué aspecto tenía. «Era el dueño del campo. Murió de una insolación mientras arrancaba malas hierbas en ese campo.»

Tú preguntaste: «Mamá, ¿no te dio miedo estar todo el día en el campo con un muerto?». Pero tu mamá respondió con toda naturalidad: «No, no pasé miedo. Si hubiera tenido que arrancar las malas hierbas yo sola, habría tardado dos o tres días. Así que agradecí que me ayudara».

Después de tu visita, observaste que las jaquecas de tu madre parecían consumirla. Enseguida perdió su personalidad extravertida y su vivacidad, y empezó a echarse más a menudo a descansar. Ni siquiera lograba concentrarse en los juegos de cartas con apuestas de cien wones, que era una de las pocas alegrías que le quedaban. Y empezó a perder facultades. Una vez, después de poner al fuego una olla llena de trapos con lejía para blanquearlos, se desplomó en el suelo de la cocina y no pudo levantarse. El agua se evaporó, los trapos ardieron y la cocina se llenó de humo, pero tu mamá no podía moverse. De no ser porque un vecino vio la columna de humo y entró para averiguar qué pasaba, la casa habría sido pasto de las llamas.

Tu hermana, que tiene tres hijos, te preguntó una vez algo sobre tu madre y sus continuas jaquecas.

—¿Crees que a mamá le gustaba estar en la cocina? —Habló en voz baja, seria.

—¿Por qué lo preguntas?

—Algo me dice que no le gustaba.

Tu hermana, que era farmacéutica, había abierto su farmacia mientras esperaba su primer hijo. Tu cuñada hacía de canguro del niño, pero vivía tan lejos de la farmacia que el niño vivió un tiempo con ella. Tu hermana, a quien siempre le habían encantado los niños, siguió ocupándose de la farmacia a pesar de que solo podía ver a su hijo una vez a la semana. Era desgarrador verla separarse de su bebé. La despedida no podría haber sido más dolorosa. Pero tu hermana parecía llevarlo peor que el bebé. Él se adaptó bien a su vida lejos de su madre, pero, cuando tu hermana lo llevaba de nuevo con tu cuñada al final de la semana, las lágrimas le caían en las manos con que aferraba el volante de regreso a casa y el lunes acudía a la farmacia con los ojos hinchados de tanto llorar. Era tan triste que tú le preguntabas: «¿De verdad que llevar una farmacia exige llegar a estos extremos?». Cuando el marido de tu hermana se fue a Estados Unidos para hacer dos años de prácticas, tu hermana cerró la farmacia, de la que había seguido ocupándose después de tener su segundo hijo. Dijo que creía que vivir en Estados Unidos sería una buena experiencia para sus hijos, y tú pensaste: «Sí, relájate y tómate unas vacaciones». No había tenido ni un día libre desde que se había casado. Tu hermana tuvo su tercer hijo en Estados Unidos y volvió. Tenía que cocinar para una familia de cinco. Te contó que llegaron a comerse doscientas corvinas en un mes.

—¿Doscientas en un mes? ¿Es que solo comíais corvina? —preguntaste, y ella dijo que sí.

Eso fue antes de que llegaran sus cosas de Estados Unidos. Aún no se había acostumbrado a la nueva casa y seguía amamantando al recién nacido, de modo que no tenía tiempo para ir al mercado. Su suegra le mandó un cajón de corvinas en salazón, y se lo comieron en diez días.

—Hacía sopa de brotes de soja germinada y asaba a la parrilla un par de pescados, y luego hacía sopa de pescado y calabacín —dijo tu hermana, y se rio.

Cuando preguntó a su suegra dónde podía conseguir más, descubrió que se compraban por internet. Como el primer cajón se había acabado tan rápido, encargó dos.

—Cuando llegaron las corvinas, las lavé y las conté. Había doscientas. Estaba lavándolas con la idea de envolverlas en plástico de cuatro en cuatro o de cinco en cinco y meterlas en el congelador para que fuera más fácil cocinarlas, cuando de pronto me entraron ganas de arrojarlas todas al suelo —dijo con calma—. Y pensé en mamá. Me pregunté: «¿Cómo se sintió mamá todos esos años en esa cocina anticuada cocinando para nuestra gran familia?». ¿Te acuerdas de cuánto comíamos? Había dos mesas pequeñas llenas de comida. ¿Te acuerdas de lo grande que era la cazuela del arroz? Y tenía que empaquetar el almuerzo de cada uno de nosotros, incluidos los platos de acompañamiento que hacía con lo que sacaba del campo... ¿Cómo podía arreglárselas ella sola día tras día? Y encima, como padre era el hijo mayor, siempre había algún pariente viviendo en casa. No creo que a mamá le gustara nada estar en la cocina.

El comentario te cogió desprevenida. Nunca habías pensado en mamá separada de su cocina. Mamá era la cocina y la cocina era mamá. Nunca te habías preguntado: «¿Le gustaba a mamá estar en la cocina?».

Para ganar dinero, tu mamá criaba gusanos de seda, elaboraba malta y ayudaba a hacer tofu. Pero la mejor forma de hacer dinero era no gastarlo. Mamá ahorraba en todo. A veces vendía a los

forasteros una lámpara destartalada, una piedra de planchar gastada o una jarra vieja. Querían los objetos antiguos que mamá utilizaba y, aunque no les tenía apego, discutía con ellos por el precio como si se hubiera convertido en una vendedora. Al principio parecía que iba a salir perdiendo, pero siempre acababa consiguiendo lo que quería. Los escuchaba en silencio y decía: «Pues dame lo que te pido», y ellos se mofaban y respondían: «¿Quién va a querer comprar este trasto inútil por tanto dinero?». Mamá replicaba: «Entonces, ¿por qué vas por ahí comprando trastos?», y se llevaba su lámpara. «Serías una buena comerciante», gruñían ellos, y le daban lo que había pedido.

Tu mamá nunca pagaba el precio completo por nada. Casi todo lo hacía ella misma. Por eso siempre tenía las manos ocupadas. Cosía, tejía y cultivaba los campos sin descanso. Los campos de mamá nunca estaban vacíos. En primavera plantaba semillas de patatas en surcos, y también lechugas, manzanilla de flor dorada, malvas, cebollinos chinos, pimientos y maíz. Debajo de la cerca que rodeaba la casa, cavaba hoyos para plantar calabacines, y en el campo sembraba judías. Siempre cultivaba sésamo, hojas de morera y pepinos. Si no estaba en la cocina, la encontrabas en los campos o en los arrozales. Sacaba de la tierra patatas, ñames y rábanos, y arrancaba calabacines y coles. Su trabajo era la demostración de que quien no siembra no recoge. Pagaba solo por lo que no podía crecer de las semillas: los patitos o los pollos que correteaban por el patio en primavera, o los cerdos que vivían en la pocilga.

Un año, la perra parió nueve cachorros. Un mes después, mamá apartó dos, metió seis en una cesta y, como la cesta estaba llena, te puso el último en los brazos.

—Sígueme —dijo.

El autobús al que subisteis estaba lleno de gente que iba a la ciudad a vender cosas. Sacos de pimientos secos, sésamo y judías negras; cestas con unas pocas coles y rábanos. Al llegar a la ciudad, se alineaban junto a la parada del autobús y los transeúntes se detenían para hacer tratos. Dejaste el cachorro calentito con los otros, que se removían dentro de la cesta, y, acuclillada al lado de mamá, esperaste a que los compraran. Mamá había cuidado a los cachorros durante un mes, estaban rollizos y sanos, eran tranquilos y no daban muestras de hostilidad ni desconfianza. Cuando la gente se apiñaba alrededor de la cesta, movían la cola y les lamían la mano. Los cachorros de mamá se vendieron más deprisa que los rábanos, las coles o las judías. Cuando vendió el último, se levantó y te preguntó:

—¿Qué quieres?

Tú le cogiste la mano y miraste a tu madre, que casi nunca te había hecho esa pregunta.

—Te he preguntado qué quieres.

—¡Un libro!

—¿Un libro?

—¡Sí, un libro!

Mamá pareció no saber qué hacer. Te miró durante un minuto y te preguntó dónde vendían libros. Tomaste la iniciativa y llevaste a mamá a la librería que había a la entrada del mercado, donde se juntaban cinco carreteras. Mamá no entró.

—Coge solo uno —dijo—, pregunta cuánto cuesta y ven a decírmelo.

Incluso cuando te compraba zapatos de goma, te hacía probar los dos y siempre terminaba pagando menos de lo que pedía el tendero. Pero el libro te lo dejó escoger a ti, como si no fuera a regatear por él. De pronto la librería te pareció un prado. No tenías ni idea de qué

libro elegir. La razón por la que querías un libro era porque leías los que tus hermanos traían de la escuela, pero siempre se los llevaban antes de que los hubieras terminado. Los libros de la biblioteca de la escuela eran distintos de los que Hyong-chol llevaba a casa. Libros como *La señora Sa va al sur* o *Biografía de Shin Yun-bok*. El libro que escogiste mientras mamá esperaba fuera de la librería era *Humano, demasiado humano*. Mamá, a punto de pagar por un libro que no era para la escuela por primera vez en su vida, bajó la vista hacia la cubierta.

—¿Este es un libro que necesitas?

Asentiste rápidamente, temiendo que cambiara de opinión. En realidad no sabías qué libro era. Ponía que estaba escrito por Nietzsche, pero no tenías ni idea de quién era. Lo habías cogido porque te gustaba cómo sonaba el título. Mamá te dio el dinero, el precio completo. En el autobús, con el libro contra el pecho en lugar del cachorro, miraste por la ventanilla. Viste a una anciana encogida mirando desesperada a los transeúntes mientras trataba de vender el arroz pegajoso que quedaba en su cubo de plástico.

En el sendero de la colina, desde el que se veía el viejo pueblo de tus abuelos, tu mamá te explicó que su padre, después de haber ido de ciudad en ciudad buscando oro y carbón, había vuelto a casa cuando ella tenía tres años. Se puso a trabajar en la construcción de una nueva estación de tren y sufrió un accidente. Los aldeanos que fueron a avisar a la abuela miraron a mamá, que corría y jugaba en el patio, y le dijeron: «Tu padre ha muerto y tú ahí riéndote como una boba».

—¿Recuerdas eso de cuando tenías tres años?

—Sí.

También dijo que a veces sentía resentimiento hacia su mamá, tu abuela.

—Sé que tuvo que hacerlo todo ella sola porque era viuda, pero debería haberme mandado a la escuela. Mi hermano fue a un colegio llevado por japoneses, y mi hermana también. ¿Por qué me dejó a mí en casa? He vivido toda mi vida en la oscuridad, sin luz...

Al final tu mamá accedió a ir a Seúl contigo con la condición de que le prometieras que no se lo dirías a Hyong-chol. En el momento en que las dos salíais de la casa volvió a insistir en que se lo prometieras.

Cuando fuisteis de hospital en hospital para averiguar la causa de sus jaquecas, un médico te dijo algo sorprendente: tu mamá había sufrido un derrame hacía mucho. ¿Un derrame? Lo negaste. El médico señaló una mancha en el escáner del cerebro y dijo que era la prueba de un derrame.

—¿Cómo pudo tener un derrame y no enterarse?

El médico dijo que sí debió de enterarse. Por el modo en que se había acumulado la sangre, podría haber sentido la conmoción. También dijo que mamá tenía un dolor constante. Que el cuerpo de mamá soportaba un dolor constante.

—¿Qué quiere decir con «un dolor constante»? Mamá siempre ha tenido buena salud.

—Bueno, creo que eso no es cierto —dijo el médico.

Tuviste la sensación de que un clavo escondido en tu bolsillo había saltado por sorpresa y se había hundido en el dorso de tu mano. El médico le drenó la sangre del cerebro, pero las jaquecas no mejoraron. Mamá estaba hablando y al minuto siguiente se sujetaba la cabeza con mucho cuidado, como si fuera un jarrón de cristal a punto de romperse, y tenía que irse a casa y tumbarse en la tarima del cobertizo.

—Mamá, ¿te gusta estar en la cocina?

Cuando se lo preguntaste, hace tiempo, mamá no entendió a qué te referías.

—¿Te gustaba estar en la cocina? ¿Te gustaba cocinar?

Ella te sostuvo la mirada un momento.

—Ni me gusta ni me disgusta. Cocinaba porque tenía que hacerlo. Tenía que estar en la cocina para que todos comierais y fuerais a la escuela. ¿Cómo vas a hacer solo lo que te gusta? Algunas cosas tienes que hacerlas tanto si te gustan como si no. —Pero su expresión decía: «¿Qué clase de pregunta es esa?». Y luego murmuró—: Si solo haces lo que te gusta, ¿quién va a hacer lo que no te gusta?

—Pero... ¿te gustaba o no?

Mamá miró alrededor, como si fuera a decirte un secreto, y susurró:

—Rompí varias tapas de tarros.

—¿Rompiste tapas de tarros?

—No veía el final. Al menos, cuando cultivas algo, plantas las semillas en primavera y cosechas en otoño: donde has plantado semillas de espinacas, hay espinacas; donde has plantado maíz, hay maíz... Pero en el trabajo de la cocina no hay principio ni final. Desayuno, comida y cena, y amanece y vuelta a empezar con el desayuno... Habría sido más llevadero si hubiera podido cocinar otros platos, pero como solo tenía lo que sacaba de los campos siempre preparaba el mismo *panchan*. Si siempre haces lo mismo, a veces llega un momento en que te hartas. Cuando la cocina me parecía una prisión, salía a la parte de atrás, cogía la tapa del tarro más deforme y la estrellaba con todas mis fuerzas contra el muro. Tu

tía no sabe que lo hacía. Si se hubiera enterado, habría dicho que estaba loca; lanzar así las tapas de los tarros...

Tu mamá te dijo que pasados unos días compraba una tapa nueva para reemplazar la rota.

—De modo que despilfarraba el dinero. Cuando iba a comprar la tapa nueva, pensaba en el derroche y me sentía fatal; pero no podía evitarlo. El ruido de la tapa al hacerse pedazos era como una medicina. Me sentía libre. —Por si alguien la oía, se llevó un dedo a los labios y dijo—: ¡Chis! ¡Es la primera vez que le cuento esto a alguien! —Una sonrisa traviesa apareció en su cara—. Si algún día no tienes ganas de cocinar, rompe un plato. Aunque pienses «menudo despilfarro», te sentirás mejor. Claro que como tú no estás casada no tendrás que pasar por eso.

Tu mamá dejó escapar un hondo suspiro.

—Pero fue bonito veros crecer. Incluso cuando estaba tan ocupada que no tenía tiempo ni para liarme bien la toalla a la cabeza, os veía sentados alrededor de la mesa, comiendo, golpeando la cuchara contra el cuenco, y pensaba que no quería nada más en el mundo. Erais todos tan fáciles de contentar... Escarbabais felices en los cuencos cuando hacía una simple sopa de pasta de judías y calabacín, y se os iluminaba la cara cuando de vez en cuando cocía pescado al vapor... Todos erais tan tragones que a veces, cuando crecisteis, me asustaba. Si dejaba la cazuela llena de patatas hervidas para que comierais algo después de la escuela, cuando volvía a casa me la encontraba vacía. A veces veía desaparecer el arroz del tarro del sótano poco a poco, y otras veces lo encontraba vacío de golpe. Cuando bajaba al sótano a buscar arroz para la cena y tocaba el fondo del tarro con el cucharón, se me caía el alma a los pies. ¿Qué les daré a mis niños para comer mañana por la mañana? Entonces no me planteaba si me gustaba o no estar en la cocina. Si

hacía una cazuela grande de arroz y una más pequeña de sopa, no me paraba a pensar en lo cansada que estaba. Me alegraba de que eso fuera a parar a la boca de mis niños. Probablemente ahora ni siquiera puedes imaginártelo, pero en aquella época siempre nos preocupaba que la comida se acabara. Todos estábamos igual. Lo más importante era comer y sobrevivir.

Y, sonriendo, tu mamá te dijo que aquellos tiempos habían sido los más felices de su vida.

Pero las jaquecas de mamá le robaban las sonrisas de la cara. Las jaquecas trataban de morderle el alma y roerla despacio, como ratones de campo con dientes afilados.

El hombre al que has acudido para que te imprima los volantes va vestido con prendas viejas de algodón. Cualquiera que las viera se daría cuenta de que las han cosido a mano con esmero. Aunque sabes que siempre lleva prendas viejas de algodón, no puedes evitar fijarte. Está enterado de lo de tu mamá, y te dice que diseñará los volantes según tu borrador y los imprimirá enseguida en la imprenta de un colega. Como no tenéis fotos recientes de mamá, tus hermanos y tú habéis decidido utilizar la foto de familia que tu hermano ha colgado en internet. El hombre mira la cara de mamá.

—Su madre es muy guapa —dice.

Como llovido del cielo, comentas que él lleva una ropa muy bonita.

Él sonríe al oír tus palabras.

—Me la hizo mi madre.

—¿No ha fallecido?

—Cuando vivía.

Te explica que desde niño solo ha podido llevar ropa de algodón porque sufre diversas alergias. El roce de otras telas le producía picores y urticaria. Creció llevando solo las prendas de algodón que le hacía su madre. En sus recuerdos, su madre siempre está cosiendo. Debió de coser sin parar para hacerle todo tipo de prendas, desde la ropa interior hasta los calcetines.

Dice que, cuando abrió el armario de su madre después de su muerte, encontró montones de prendas de algodón, suficientes para el resto de su vida. Lo que llevaba ese día lo había encontrado en ese armario. ¿Qué aspecto tenía su madre? Se te encoge el corazón mientras lo escuchas.

—¿Cree que su madre fue feliz? —le preguntas al hombre que está recordando a su querida madre.

Su respuesta es educada, pero su expresión te dice que has insultado a su madre.

—Mi madre era diferente de las mujeres de hoy.

2

Lo siento, Hyong-chol

Una mujer coge uno de sus volantes y se detiene un momento para mirar la foto de mamá. Debajo de la torre del reloj donde mamá solía esperarlo.

Cuando Hyong-chol encontró un lugar donde vivir en la ciudad, mamá llegaba a la estación de Seúl con el aspecto de una refugiada de guerra. Bajaba al andén con fardos en equilibrio sobre la cabeza, colgados de los hombros o en las manos, y las cosas que no podía llevar así, sujetas a la cintura. Era asombroso que pudiera andar. De haber sido posible, habría ido a verlo con berenjenas o calabazas atadas a las piernas. Llevaba los bolsillos llenos de pimientos jóvenes, castañas sin cáscara o ajos pelados envueltos en papel de periódico. Al ir a su encuentro, él veía el montón de paquetes que tenía a sus pies y se maravillaba de que una mujer pudiera haber cargado ella sola con todo eso. De pie, en medio de los paquetes, mamá lo esperaba mirando alrededor con las mejillas encendidas.

La mujer se acerca a él, indecisa, señala la foto de mamá impresa en el volante y dice:

—Perdone, pero creo que la vi delante del centro social de Yongsan 2-dong.

En el volante que ha hecho su hermana, su mamá luce una sonrisa radiante y viste un *hanbok* azul pálido.

—No iba así vestida —continúa la mujer—, pero tenía los mismos ojos. Los recuerdo porque parecían honestos y nobles. —Mira de nuevo los ojos de su mamá en el volante y añade—: Tenía un corte en el pie.

Le explica que llevaba unas sandalias de goma azules, y que una se le clavaba tanto en el pie que se le había desprendido un trozo de carne cerca del dedo gordo y había abierto un surco, tal vez de tanto andar. Dice que las moscas zumbaban alrededor y se posaban cerca de la herida llena de pus, y que ella no paraba de ahuyentarlas con la mano, como si estuviera enfadada. Y, aunque el corte parecía doloroso, ella no hacía sino mirar hacia el interior del centro social, como si no sintiera dolor. Eso fue hace una semana.

¿Una semana?

No sabe qué hacer con la información que le ha dado la mujer, así que, cuando ella se va, sigue repartiendo volantes. Su familia ha pegado y repartido volantes por todas partes, desde la estación de Seúl hasta Namyong-dong, en restaurantes, tiendas de ropa, librerías y cibercafés. Cuando les arrancan volantes porque los han pegado donde se supone que no podían, vuelven a pegarlos en el mismo sitio. No se han limitado a los alrededores de la estación de Seúl, sino que han repartido y pegado volantes en Namdaemun, en Chungnim-dong e incluso en Sodaemun. No han recibido ninguna llamada por el anuncio que pusieron en el periódico, pero han telefoneado varias personas que han visto los volantes. Una de ellas dijo que una mujer como mamá había estado en cierto restaurante; fueron enseguida, pero no era mamá, era una mujer de su edad que trabajaba allí. Un hombre que llamó dijo que había invitado a mamá a su casa y les dio su dirección; ellos, llenos de esperanza, fueron

corriendo, pero esa dirección no existía. Hubo uno que incluso se ofreció a buscar a mamá si le pagaban por adelantado los cinco millones de wones. Pero después de dos semanas las llamadas son cada vez más escasas. Los miembros de su familia, que habían ido de aquí para allá con el corazón esperanzado, a menudo coinciden, desanimados, debajo de la torre del reloj de la estación de Seúl. Cuando alguien arrugaba el volante y lo tiraba al suelo sin mirarlo, su hermana pequeña, la escritora, lo recogía, lo alisaba y se lo daba a otra persona.

Su hermana, que ha ido a la estación de Seúl con los brazos llenos de volantes, se detiene a su lado y lo mira con sus ojos secos. Él le repite las palabras de la mujer y pregunta:

—¿Vamos a echar un vistazo al centro social de Yongsan 2-dong?

—¿Por qué iba a ir mamá hasta allí? —pregunta su hermana. Con expresión abatida, añade—: Podemos pasar luego. —Y, dirigiéndose a la gente que pasa por su lado rozándolos, reparte volantes y grita —: Es nuestra mamá. Por favor, mírenlo antes de tirarlo.

Nadie reconoce a su hermana, cuya foto aparece a veces en la sección cultural del periódico cuando publica un nuevo libro. La combinación de gritar y repartir volantes, como hace su hermana, debe de ser más efectiva, porque la gente no los tira en cuanto se da la vuelta como hace con los suyos. No hay muchos lugares adonde podría haber ido mamá, aparte de las casas de sus hermanos. Esa es la raíz de su agonía y la de su familia. Si mamá hubiera tenido adónde ir, habrían podido acotar su búsqueda, pero, como no es así, tienen que rastrear toda la ciudad. Cuando su hermana le ha preguntado: «¿Por qué iba a ir mamá hasta allí?», no ha caído en la cuenta de que su primer empleo en esa ciudad fue en

el centro social de Yongsan 2-dong. Porque hace treinta años de eso.

El viento se ha vuelto frío, pero él tiene la cara cubierta de sudor. A sus poco más de cincuenta años, es director de marketing de una promotora inmobiliaria. Hoy, sábado, no es día laborable, pero, si mamá no hubiera desaparecido, él estaría en la casa piloto de Songdo. Su compañía ha estado reclutando a compradores de último minuto para los apartamentos de un gran edificio de allí que pronto estará terminado. Ha trabajado día y noche para alcanzar una tasa de ocupación del cien por cien. Toda la primavera fue responsable de la campaña publicitaria y, en lugar de contratar a las típicas modelos profesionales, decidió elegir a un ama de casa corriente. Ha estado tan ocupado supervisando la construcción de la casa piloto e invitando a cenar a periodistas que ya no se acuerda de la última vez que llegó a casa antes de medianoche. Los domingos a menudo acompañaba al director y a otros ejecutivos a los campos de golf de Sokcho o Hoengsong.

«¡Hyong-chol! ¡Mamá ha desaparecido!» La voz apremiante de su hermano pequeño una tarde de mediados de verano creó una fisura en su vida cotidiana y la resquebrajó como si hubiera pisado una fina capa de hielo. Mientras oía que padre y mamá habían estado a punto de coger el metro para ir a casa de su hermano, pero que el metro se había marchado solo con padre, dejando a mamá atrás, en la estación, y que no habían logrado dar con ella, no se le ocurrió pensar que eso podía significar que mamá había desaparecido. Cuando su hermano dijo que había llamado a la policía, Hyong-chol se preguntó si no era una reacción exagerada. Solo cuando hubo transcurrido una semana puso un anuncio en el periódico y llamó a todos los servicios de urgencias. Cada noche se dividían en grupos y

acudían a los centros de acogida de los sin techo, en vano. Mamá, que se había quedado atrás en la estación de Seúl, se había desvanecido como una fantasía. No había rastro de ella. Le daban ganas de preguntar a padre si de verdad mamá había ido a Seúl. Pasaron diez días, dos semanas, y, cuando se cumplió casi el mes de su desaparición, él y su familia estaban desorientados, como si hubieran sufrido daños en una parte del cerebro.

Le da los volantes a su hermana.

—Voy a comprobarlo.

—¿Te refieres a Yongsan?

—Sí.

—¿Tienes un presentimiento?

—Fue el primer lugar donde viví cuando vine a Seúl.

Le pide a su hermana que esté pendiente del móvil, que si averigua algo la llamará. Es innecesario que le diga eso a estas alturas. Su hermana, que no solía contestar al móvil, ahora lo hace antes del tercer timbrazo. Él se encamina hacia la hilera de taxis. Mamá estaba preocupada por su hermana Chi-hon, que tiene casi treinta y cinco años, y sigue soltera. A veces lo llamaba a primera hora de la mañana y decía: «¡Hyong-chol! Ve a casa de Chi-hon; no contesta el teléfono. Ni contesta ni me llama... Hace un mes que no oigo su voz». Cuando él le respondía que seguro que Chi-hon estaba encerrada en casa escribiendo o que se habría ido a alguna parte, mamá insistía en que fuera al apartamento de su hermana: «Vive sola. Podría estar enferma en la cama, o tal vez se ha caído en el cuarto de baño y no puede levantarse...». Cuando él escuchaba la lista de fatalidades que podían pasarle a cualquiera que viviera solo, acababa pensando que alguna de ellas sí podía haber ocurrido. Antes de ir a trabajar o a la hora de comer, pasaba por el piso de su hermana y veía un montón de periódicos en la puerta, señal de que

Chi-hon no estaba. Los recogía y los tiraba al cubo de la basura. Cuando no veía periódicos ni botellas de leche en la puerta, apretaba el timbre sin pausa; sabía que estaba dentro y que acabaría asomando su cara desarreglada y gruñiría: «¿Qué pasa ahora?». Una vez, cuando estaba tocando el timbre, llegó un hombre que al parecer iba a verla. Lo saludó cohibido y, antes de que Hyong-chol pudiera preguntarle quién era, dijo: «Te pareces tanto a Chi-hon que no hace falta que te pregunte quién eres». Añadió que había pasado a verla porque hacía días que no sabía de ella. Cuando él le decía a mamá que Chi-hon se había ido de viaje, o que la había encontrado en casa y estaba bien, mamá suspiraba y decía: «Si se muere, no nos enteraremos». Luego preguntaba: «¿Qué hace exactamente?». Su hermana escribía novelas y a veces desaparecía durante quince días o incluso un mes. Cuando él un día le preguntó: «¿Tienes que hacer eso para escribir?», ella murmuró: «La próxima vez llamaré a mamá». Eso era todo. A pesar de cómo era mamá, el abismo entre su hermana y la familia se hizo más grande. Mamá dejó de pedir a Hyong-chol que fuera a ver a Chi-hon cuando averiguó que un par de veces no lo había hecho. Solo lo mencionó una vez: «Supongo que no tienes tiempo para hacerme caso». Como los silencios repentinos de su hermana continuaron, él supuso que mamá se lo pedía a otro. Después de su desaparición, su hermana murmuró: «A lo mejor me están castigando...».

Hay mucho tráfico entre la estación de Seúl y la universidad femenina Sookmyung. A través de la ventanilla del taxi mira los edificios grises. Examina con atención a los transeúntes. Por si mamá está entre ellos.

—Señor, ha dicho el centro social de Yongsan 2-dong, ¿verdad? —pregunta el taxista, girando frente a la universidad hacia el instituto Yongsan.

Pero Hyong-chol no oye la pregunta.

—¿Señor?

—¿Sí?

—Ha dicho el centro social de Yongsan 2-dong, ¿verdad?

—Sí.

Cuando tenía veinte años recorría esa calle cada día, pero lo que ve a través de la ventanilla le es ajeno. Se pregunta si se han equivocado de camino. En realidad sería más sorprendente que ese barrio no hubiera cambiado en treinta años.

—Como es sábado, el centro probablemente estará cerrado.

—Supongo que sí.

El taxista está a punto de decir algo más, pero Hyong-chol saca un volante del bolsillo y se lo da.

—Si ve a una mujer como ella mientras conduce, por favor, avíseme.

El taxista mira el volante.

—¿Es su madre?

—Sí.

—Qué terrible...

El pasado otoño, su hermana Chi-hon lo llamó para decirle que mamá se estaba comportando de una forma extraña, pero él no hizo nada. Pensó que era cosa de la edad; era natural que tuviera achaques y enfermedades. Su hermana le dijo con tristeza que al parecer mamá cuando tenía jaqueca llegaba a desmayarse, pero él llamó a casa y mamá respondió con calidez:

—¡Hyong-chol!

Cuando él le preguntó si pasaba algo, ella se rio.

—¡Ojalá pasara algo! No te preocupes por nosotros. ¿Qué les va a pasar a dos viejos? Cuidaos vosotros.

—Ven a vernos a Seúl.

—Sí, lo haremos —dijo mamá, y colgó.

Su hermana, enfadada ante su indiferencia, se presentó en la oficina y le puso en las manos un escáner del cerebro de mamá. Luego repitió las palabras del médico de que se había producido un derrame en su cerebro sin que mamá se diera cuenta. Al ver la tranquilidad con que la escuchaba, lo miró a los ojos y exclamó:

—¡Hyong-chol! ¿Eres realmente tú?

—Ella me ha dicho que no pasa nada. ¿A qué viene tanto revuelo?

—¿La crees? Mamá siempre nos dice eso. Es su mantra. Sabes que no es cierto. Sabes que solo lo dice porque se siente culpable de ser una carga para ti.

—¿Por qué se siente culpable?

—¿Cómo quieres que yo lo sepa? ¿Por qué haces que se sienta culpable?

—¿Qué he hecho?

—Mamá lleva mucho tiempo diciéndolo. Sabes que es cierto. Deja que te lo pregunte: ¿por qué demonios se siente culpable contigo?

Hace treinta años, después de aprobar el examen de acceso a la administración pública de quinto nivel, el primer destino que le asignaron fue el centro social de Yongsan 2-dong. Cuando terminó el instituto y no consiguió plaza en ninguna universidad de Seúl, mamá no podía creerlo. Desde la escuela primaria había sido el mejor de su clase. Hasta que suspendió el examen de acceso a la universidad, siempre había sido el primero en todo. En sexto sacó las mejores notas en las pruebas de acceso al grado medio, lo que le permitió matricularse gratis. Durante tres años seguidos fue el mejor estudiante de la escuela, por lo que nunca tuvo que pagar nada. Lo

admitieron en el instituto de secundaria como el mejor de la clase. «¡Me gustaría pagar la matrícula de Hyong-chol al menos una vez!», exclamaba mamá con orgullo. No podía entender que alguien que había sido el mejor de la clase durante todo el instituto no pasara el examen de acceso a la universidad. Cuando se enteró de que no solo no había sido el primero, sino que lo había suspendido, mamá se quedó desconcertada. «Si tú no apruebas, ¿quién puede aprobar?», preguntó. Él tenía previsto estudiar con ahínco en la universidad para seguir siendo el mejor de la clase. En realidad no era un plan; era su única opción. Solo podría ir a la universidad si obtenía una beca. Como no aprobó, tuvo que buscar otro camino. No podía permitirse el lujo de considerar siquiera repetir el examen al año siguiente, y enseguida se le ocurrió qué hacer. Se presentó a dos exámenes para entrar en la administración pública y aprobó los dos. Aceptó el primer puesto que le ofrecieron y se fue de casa. Unos meses después se enteró de que había una facultad de Derecho nocturna en Seúl y decidió matricularse. Se dio cuenta de que para ello necesitaba su título de bachillerato. Si escribía una carta pidiendo una copia y esperaba a que se la mandaran por correo, llegaría fuera de plazo. Así pues, escribió una carta a su padre diciéndole que fuera a la terminal de autobuses con una copia del título y le pidiera a alguien que viajara a Seúl que se lo llevara. Le dijo que una vez que lo hubiera hecho le llamara al trabajo. Si su padre le decía a qué hora llegaba el autobús, él iría a la terminal y recogería el título. Esperó y esperó, pero la llamada no llegó. En medio de la noche, cuando se preguntaba qué podía hacer en cuanto a la matrícula, pues el plazo se cerraba al día siguiente, alguien aporreó la puerta del centro social donde vivía entonces. Los empleados se turnaban para hacer guardia por las noches, pero, como él no tenía dónde dormir, quedó decidido que viviría en la sala

del turno de noche. De modo que todas las noches estaba de guardia. Siguieron aporreando la puerta como si fueran a derribarla; cuando abrió, vio a un chico en la oscuridad.

—¿Es su madre?

Detrás del chico estaba su madre, tiritando de frío. Antes de que pudiera decir algo, ella exclamó:

—¡Hyong-chol! ¡Soy yo! ¡Mamá!

El chico miró el reloj.

—¡Solo faltan siete minutos para el toque de queda! —Y, volviéndose hacia la mamá de Hyong-chol, dijo—: ¡Adiós! —Y salió disparado hacia la oscuridad para eludir la hora tope impuesta por el gobierno.

Padre estaba de viaje. Cuando la hermana de Hyong-chol leyó en voz alta su carta, mamá se quedó preocupada. Luego fue al instituto para pedir una copia del título y se subió al tren. Era la primera vez en su vida que se subía a un tren. Ese chico había visto a mamá en la estación de Seúl preguntando cómo ir a Yongsan-dong. Al oírle decir que le urgía dar algo a su hijo esa noche, se sintió obligado a acompañarla en persona al centro social. La mamá de Hyong-chol llevaba sandalias de goma azules en pleno invierno. Durante la cosecha de otoño se había hecho un corte en el pie, cerca del dedo gordo, con una guadaña, y, como no había cicatrizado del todo, los únicos zapatos que podía llevar eran las sandalias de goma. Las dejó fuera antes de entrar.

—¡No sé si es demasiado tarde! —dijo, y sacó el título.

Tenía las manos heladas. Él las cogió entre las suyas y se juró que haría felices a esas manos y a esa mujer fuera como fuese. Pero lo que salió de su boca fue una reprimenda: cómo se le había ocurrido seguir a un desconocido. Mamá lo reprendió a su vez.

—¿Cómo puedes vivir sin confiar en la gente? ¡Hay más gente buena que mala! —Y le ofreció su típica sonrisa optimista.

Se detiene frente al centro social cerrado y observa el edificio. Mamá no habría sabido llegar hasta allí. Si no, habría sabido llegar a la casa de uno de sus hijos. La mujer que había dicho que la había visto allí la recordaba por sus ojos. Había dicho que llevaba unas sandalias de goma azules. Unas sandalias de goma azules. Hyong-chol recuerda de pronto que el calzado que llevaba mamá cuando desapareció eran unas sandalias de tacón bajo beige. Padre se lo había dicho. Pero la mujer que le había contado que las sandalias de mamá le habían hecho un corte en el pie de tanto andar había afirmado con rotundidad que eran azules. Hyong-chol mira dentro del centro social, luego se vuelve hacia las calles que llevan al instituto para chicas Posong y a la iglesia Eunsong.

¿Existe todavía la sala del turno de noche en ese centro social?

Fue en esa sala del turno de noche donde hace muchos años durmió al lado de mamá compartiendo manta. Al lado de la mujer que se había subido a la buena ventura al tren de Seúl para llevar un certificado de estudios a su hijo. Debió de ser la última vez que se había acostado así al lado de mamá. Por la pared que daba a la calle entraban ráfagas de aire frío.

—Me duermo antes si estoy al lado de la pared —dijo mamá, y le cambió el sitio.

—Hay mucha corriente —dijo él, y se levantó para poner su bolsa y sus libros contra la pared. También amontonó la ropa que había llevado ese día.

—No te preocupes —dijo mamá, cogiéndole la mano y tirando de él—. Acuéstate, mañana madrugas.

—¿Qué tal ha ido tu primera visita a Seúl? —preguntó él, tumbado a su lado y mirando el techo.

—Nada especial —respondió ella, y se rio.

Se volvió para mirarlo y empezó a hablar del pasado.

—Eres mi primer hijo. No es lo único que me has hecho hacer por primera vez. Todo lo que se refiere a ti es un mundo nuevo para mí. Tuve que hacerlo todo por primera vez. Fuiste el primero por el que se me abultó la barriga y el primero al que di de mamar. Tenía tu edad cuando naciste. Cuando vi por primera vez tu cara roja y sudada, con los ojos cerrados... La gente dice que al tener el primer hijo se siente sorprendida y feliz, pero yo creo que me puse triste. «¿De verdad este bebé es mío? ¿Y ahora qué hago?» Tenía tanto miedo que al principio ni siquiera me atrevía a tocar tus retorcidos deditos. Cerrabas tus manos diminutas en dos puños. Si te las abría, un dedo tras otro, sonreías. Eran tan pequeños que yo pensaba: «Si sigo tocándolos desaparecerán». Porque no sabía nada. Me casé a los diecisiete años y, como no me quedé embarazada hasta los diecinueve, la tía no paraba de decir que probablemente no podía tener hijos, de modo que, cuando me enteré de que te esperaba, lo primero que pensé fue: «Ya no tendré que oírselo decir...», eso es lo que más me emocionó. Más tarde fui feliz al ver crecer tus dedos cada día. Cuando estaba cansada, me acercaba a ti y te abría los dedos de las manos. O te tocaba los dedos de los pies. Hacer eso me daba fuerzas. La primera vez que te puse unos zapatos me emocioné de verdad. Cuando diste los primeros pasos hacia mí, me reí tanto...; si alguien hubiera arrojado ante mí un montón de oro, plata y joyas, no me habría reído más. ¿Y cómo crees que me sentí cuando te llevé a la escuela? Cuando te prendí una tarjeta con tu

nombre en el pecho, me sentí tan adulta... No puedo comparar con ninguna otra cosa la felicidad de ver cómo crecían tus piernas. Todos los días cantaba: «Crece, mi niño, crece». Y de repente fuiste más alto que yo.

Él la miraba mientras las palabras brotaban como una confesión. Mamá se tumbó de lado, hacia él, y le acarició el pelo.

—Decía: «Espero que crezcas alto y fuerte». Pero cuando vi que eras más alto que yo, aunque eras mi hijo, me asusté.

Él carraspeó y volvió a mirar el techo para ocultar sus ojos llenos de lágrimas.

—A diferencia de otros niños, tú no me necesitabas. Lo hacías todo solo. Eres guapo y en la escuela eras un niño bueno. Me siento tan orgullosa de ti que a veces me cuesta creer que hayas salido de mis entrañas... Si no fuera por ti, ¿cuándo habría tenido la oportunidad de venir a Seúl?

En ese momento él decidió que ganaría mucho dinero para que cuando mamá regresara a esa ciudad pudiera dormir en un lugar caldeado. No permitiría que volviera a dormir con frío. Siguió un silencio y luego mamá susurró:

—Hyong-chol.

Él oyó la voz muy lejana, medio dormido. Mamá le acarició la cabeza. Se incorporó y, mirando por encima de su figura durmiente, le tocó la frente.

—Lo siento. —Apartó rápidamente la mano para secarse las lágrimas, pero cayeron en la cara de él.

Cuando Hyong-chol se despertó al amanecer, su madre estaba barriendo el suelo del centro social. Trató de detenerla, pero ella dijo:

—No me importa. No tengo nada que hacer.

Y, como si fueran a castigarla si no hacía algo provechoso, fregó el suelo y limpió a fondo los escritorios de los empleados. Se veía el vaho de su aliento, y las sandalias azules le presionaban el empeine de los pies hinchados. Mientras esperaban a que abriera la cafetería de al lado para desayunar, las manos de mamá dejaron el centro social como los chorros del oro.

La casa sigue en pie. Hyong-chol abre mucho los ojos. Ha estado dando vueltas por los estrechos callejones llenos de coches aparcados, buscando a mamá. Con el sol ya bajo en el cielo, se sorprende parado delante de la casa donde hace treinta años alquiló una habitación. Alarga una mano para tocar la verja, asombrado. Las afiladas puntas en forma de flecha que la rematan siguen allí, como hace treinta años. La mujer que lo amó, pero que acabó dejándolo, a veces colgaba de la verja una bolsa llena de bollos chinos cuando él no estaba. Casi todos los demás edificios se han convertido en casas adosadas o apartamentos.

Lee el anuncio que cuelga de la verja:

100.000 WONES AL MES,
CON FIANZA DE 10 MILLONES DE WONES.
150.000 WONES AL MES,
CON FIANZA DE 5 MILLONES DE WONES.

8 *pyong*, fregadero estándar, ducha en el cuarto de baño. Cerca de Namsan, perfecto para hacer ejercicio. A 20 minutos de Kangnam. A 10 minutos de Chongno. Inconveniente: cuarto de baño pequeño, pero no vas a vivir en él. Probablemente es difícil encontrar algo tan barato en Yongsan. Razón por la que me traslado: tengo coche y

necesito una plaza de aparcamiento. Por favor, envíame un SMSo un e-mail. Lo alquilo yo directamente para ahorrarme los gastos de la agencia.

Después de haber leído hasta el número de móvil y la dirección de e-mail, empuja despacio la verja. Se abre, como hace treinta años. Mira dentro. Una casa en forma de U, la misma que hace treinta años, con todos los módulos que dan al patio. En la puerta de la habitación donde vivió él hay un candado.

—¿Hay alguien en casa? —grita, y se abren dos o tres puertas.

Dos mujeres jóvenes con el pelo corto y dos chicos de unos diecisiete años lo miran. Entra en el patio.

—¿Habéis visto a esta señora?

Enseña el volante a las mujeres jóvenes primero y luego tiende otro rápidamente a los chicos, que están a punto de cerrar la puerta. Dos chicas de más o menos la misma edad miran afuera desde la habitación de los chicos. Creyendo que está fisgando, los chicos cierran la puerta de un portazo. Por fuera todo es como hace treinta años, pero por dentro cada módulo se ha convertido en un estudio. Los dueños deben de haber hecho obras para crear un solo ambiente, juntando cocina y dormitorio. Ve un fregadero en la esquina de la habitación de las mujeres.

—No —dicen las mujeres devolviéndole el volante.

Tienen cara de sueño; tal vez estaban echando una siesta. Observan cómo da media vuelta y camina hacia la verja. Cuando está a punto de salir, se abre la puerta de los chicos.

—¡Espere! —grita uno de ellos—. Creo que hace un par de días vi a esta abuela sentada frente a la verja.

Cuando Hyong-chol se acerca a la habitación, el otro chico asoma la cabeza y dice:

—Te digo que no era ella. Esta mujer es más joven. La otra mujer estaba muy arrugada. Tampoco iba así peinada..., era una vagabunda.

—Pero tenía los mismos ojos. Fíjate solo en los ojos. Eran iguales que estos... Si la encontramos, ¿de verdad nos dará cinco millones de wones?

—Aunque no la encontréis, os daré algo de dinero si me decís exactamente qué pasó.

Pide a los chicos que salgan. Las mujeres jóvenes, que habían cerrado la puerta, vuelven a abrirla y se quedan mirando.

—Esa mujer es la del bar del final de la calle. La tienen encerrada porque sufre demencia, y parece ser que ese día salió y se perdió. El dueño del bar fue a buscarla y se la llevó a casa.

—No, esa mujer no. Yo también vi a la mujer de la que hablas. Se había hecho daño en el pie. Lo tenía cubierto de pus. No paraba de ahuyentar las moscas..., aunque no la miré de cerca porque estaba sucia y olía.

—¿Y? ¿Viste adónde iba? —pregunta Hyong-chol al chico.

—No. Solo pasé por su lado. Ella quería entrar, de modo que cerré de un portazo...

Nadie más ha visto a mamá.

—¡De verdad que la vi! —dice el chico, siguiéndolo.

Mira hacia los callejones y se adelanta a Hyong-chol, quien le extiende un cheque por valor de cien mil wones y se va. Al chico le centellean los ojos. Hyong-chol le pide que si vuelve a ver a la señora la invite a entrar y lo telefonee. Sin prestar mucha atención, el chico pregunta:

—Entonces, ¿me dará cinco millones de wones?

Hyong-chol asiente. El chico le pide más volantes. Dice que los colgará en la gasolinera donde trabaja. Dice que, si la encuentra de

ese modo, tendrá que darle cinco millones de wones, porque habrá sido gracias a él. Hyong-chol le dice que cuente con ello.

Se han borrado... Las promesas que se hizo cuando mamá le cambió el sitio en la sala del turno de noche para protegerlo de las corrientes, diciendo: «Me duermo antes si estoy al lado de la pared». La promesa de que mamá dormiría en una habitación caldeada cuando volviera a esa ciudad.

Saca un cigarrillo del bolsillo y se lo pone entre los labios. No sabe cuándo pasó exactamente, pero a partir de cierto momento las emociones dejaron de pertenecerle. Iba por la vida sin acordarse apenas de mamá. «¿Qué estaba haciendo yo cuando mamá no consiguió entrar en el vagón con padre y se quedó sola en ese andén del metro que no conocía?» Echa un último vistazo al centro social y da media vuelta. «¿Qué estaba haciendo?» Deja caer la cabeza. La víspera de la desaparición de mamá salió de copas con sus colegas, pero la cosa no acabó bien. Su colega Kim, que solía mostrarse educado y respetuoso, después de varias copas le soltó una sutil pulla llamándolo «listo». En el trabajo, Hyong-chol era responsable de la venta de los apartamentos próximos a Songdo, en Inchon, y Kim supervisaba la venta de los apartamentos de Yongin. El comentario de Kim hacía alusión a la idea de Hyong-chol de dar entradas de concierto, como regalo de promoción, a la gente que fuera a ver la casa piloto. La idea no era suya, sino de su hermana, la escritora. Cuando Chi-hon estuvo en su casa, su mujer le dio una alfombrilla de baño que había sido el regalo de promoción de la última venta de apartamentos, y su hermana dijo:

—No sé por qué las empresas creen que a las amas de casa les gusta este tipo de cosas.

Él, que había estado dándole vueltas a qué repartir esa vez, preguntó:

—¿Y qué crees que recordarían?

—No estoy segura, pero la gente se olvida enseguida de estos regalos. ¿No sería mejor una pluma estilográfica o algo así? Piénsalo. ¿Crees que a tu mujer le gustaría que le regalaras artilugios para la cocina el día de su cumpleaños? Si te dan una alfombrilla, te olvidas de ella. Pero creo que yo me llevaría una grata sorpresa si me regalaran un libro o una entrada de cine, y probablemente lo recordaría. Si tuviera que hacer planes para utilizarlo, no pararía de acordarme de cómo lo conseguí. ¿Soy la única que piensa eso?

Su hermana no se llevó la alfombrilla cuando se fue.

En la reunión de la semana siguiente, alguien mencionó los regalos de promoción. A todos les gustó la idea de un obsequio cultural. Dio la casualidad de que un cantante que tenía muchos admiradores entre la mediana edad estaba dando una serie de conciertos, y Hyong-chol consiguió un fajo de entradas. Recibió elogios de su jefe; tal vez le gustaba ese cantante. Una encuesta demostró que las entradas de concierto habían mejorado la imagen de la compañía. Aunque probablemente no tenía ninguna relación con los regalos de promoción, casi todos sus apartamentos de Songdo se habían vendido, mientras que la tasa de ocupación de los apartamentos de Yongin que supervisaba Kim estaba solo en el 60 por ciento. De modo que, cuando Kim hizo el comentario, Hyong-chol se rio, le quitó importancia y lo atribuyó a la suerte. Pero, después de unas cuantas copas más, Kim dijo que, si Hyong-chol utilizara su inteligente cerebro para algo más, podría haber llegado a ser fiscal jefe. Kim estaba al corriente de que Hyong-chol había ido a la Facultad de Derecho y había estudiado para ejercer la abogacía. Luego fue más allá y añadió que no sabía qué estrategia había

utilizado para ascender tan deprisa, cuando no se había licenciado en la Universidad de Yonsei ni en la de Koryo, de donde habían salido los principales peces gordos de la compañía. Al final Hyong-chol apuró la copa que le había servido Kim y se largó. A la mañana siguiente, cuando su mujer le comunicó sus planes de visitar a su hija, Chin, en lugar de ir a la estación de Seúl, pensó que iría él mismo a recoger a sus padres. Padre quería pasar antes por la casa de su hijo pequeño, que acababa de mudarse. Hyong-chol decidió que iría a recogerlos y los dejaría en la casa de su hermano. Pero, cuando fue a la oficina, cogió frío y empezó a dolerle la cabeza. Padre había dicho que sabía el camino... En lugar de ir a la estación de Seúl, Hyong-chol fue a una sauna cercana a la oficina. Mientras sudaba en la sauna, a la que solía ir al día siguiente de una noche de muchas copas, padre subía al tren sin mamá.

De niño, Hyong-chol decidió ser fiscal para conseguir que mamá volviera a casa. Se había ido porque padre la había decepcionado. Un día de primavera, cuando los campos florecían alrededor del pueblo, padre había llevado a casa a una mujer de piel clara que desprendía un olor fragante, como polvos para la cara. En cuanto la mujer cruzó la verja, mamá se marchó por la puerta de atrás. Tratando de ganarse el frío corazón de Hyong-chol, la mujer coronaba cada día su plato con un huevo frito. Él salía furioso de la casa con su fiambrera, que la mujer había envuelto cuidadosamente en un pañuelo, la dejaba encima de los grandes tarros de condimentos de la parte de atrás y se iba a la escuela. Sus hermanos, al ver que siempre hacía eso, se llevaban el almuerzo que la mujer les había preparado, pero a hurtadillas. Un día brumoso, de camino a la escuela, Hyong-chol reunió a sus hermanos junto al

riachuelo, que pasaba al lado del cementerio. Cavó un hoyo cerca de un sauce en flor y les hizo enterrar las fiambreras. Su hermano trató de escapar con la suya, pero Hyong-chol lo alcanzó y le pegó. Sus hermanas las enterraron, obedientes. Él pensaba que así la mujer ya no podría hacerles la comida. Pero la mujer fue a la ciudad y compró fiambreras nuevas. No eran de aluminio amarillento, sino unas especiales que mantenían el arroz caliente. Asombrados, sus hermanos las tocaron con cautela. Cuando la mujer les tendió el almuerzo, sus hermanos miraron a Hyong-chol. Él tiró su almuerzo al final del porche y se fue solo a la escuela. Sus hermanos esperaron a que se hubiera ido, entonces cogieron su almuerzo caliente y se fueron a la escuela. Tal vez al enterarse por alguien de que Hyong-chol no se llevaba el almuerzo que le preparaba esa mujer y que se quedaba en ayunas, mamá fue a buscarlo a la escuela. Eso fue diez días después de que la mujer se instalara a vivir con ellos.

—¡Mamá! —A Hyong-chol se le saltaron las lágrimas.

Mamá lo llevó a la colina que había detrás de la escuela. Le levantó las perneras de los pantalones para dejar al descubierto sus pantorrillas lisas, cogió una vara y se las golpeó con ella.

—¿Por qué no comes? ¿Creías que me alegraría saber que no comes?

Los golpes de mamá dolían. Se había enfadado con sus hermanos porque no le hacían caso y no entendía por qué mamá le atizaba con la vara. Su corazón se llenó de resentimiento. No sabía por qué estaba tan enfadada.

—¿Te llevarás el almuerzo? ¿Te lo llevarás?

—¡No!

—Serás...

Los azotes de mamá se hicieron más rápidos. Hyong-chol no se quejó ni una sola vez y mamá no tardó en cansarse. En lugar de

salir huyendo, se quedó quieto y callado, soportando los golpes.

—¿Seguro que no?

La sangre se agolpaba en las pantorrillas.

—¡Seguro! —gritó él.

Al final mamá tiró la vara.

—¡Hyong-chol! ¡Mocoso! —dijo, abrazándolo entre sollozos.

A continuación trató de convencerlo. Le dijo que tenía que comer al margen de quién preparara la comida; si él comía, ella estaría menos triste. Tristeza. Era la primera vez que oía decir a mamá la palabra «triste». No entendía que mamá fuera a estar menos triste porque él comiera. Mamá se había ido de casa por esa mujer, a él le parecía que se pondría triste si comía la comida que preparaba la mujer, pero ella le dijo que era al revés: estaría menos triste si comía, aunque la comida la hubiera preparado esa mujer. No, él no lo entendía, pero no quería que ella estuviera triste.

—Comeré —dijo de mala gana.

—Así me gusta. —Los ojos de mamá, llenos de lágrimas, se iluminaron con una sonrisa.

—Entonces, ¡prométeme que vendrás a casa!

Mamá flaqueó.

—No quiero volver a casa.

—¿Por qué? ¿Por qué?

—No quiero volver a ver a tu padre.

Las lágrimas se deslizaban por las mejillas de Hyong-chol. Mamá se comportaba como si de verdad no fuera a volver nunca a casa. Tal vez por eso le decía que tenía que comer, fuera quien fuese quien cocinara. Se asustó.

—Mamá, haré todo lo que digas. Trabajaré en los campos y en los arrozales, barreré el patio e iré a buscar agua. Moleré el arroz y

encenderé el fuego. Cazaré ratones y mataré el pollo para los ritos ancestrales. ¡Pero vuelve a casa!

Para los ritos ancestrales o las fiestas, mamá siempre suplicaba a padre o a cualquier otro varón que hubiera en la casa que matara el pollo. Mamá, que después de una lluvia torrencial iba a los campos y se pasaba el día levantando los tallos caídos de las judías, que prácticamente se cargaba a padre a la espalda para llevarlo a casa cuando bebía más de la cuenta, y que azuzaba a los cerdos con una vara cuando se escapaban para obligarlos a entrar en la pocilga, era incapaz de matar un pollo. Cuando Hyong-chol pescaba un pez en el riachuelo, ella no podía ni tocarlo hasta que estaba muerto. Cuando todos los alumnos recibían instrucciones de llevar la cola de un ratón para demostrar que en todas las casas habían capturado uno el día de la caza de ratones, las madres de los otros niños atrapaban un ratón, le cortaban la cola y la envolvían en papel para que la llevaran a la escuela. Pero mamá se encogía solo de oírlo. Mamá, una mujer de constitución robusta, era incapaz de atrapar un ratón. Si iba al cobertizo a buscar arroz y se topaba con uno, chillaba y salía a todo correr. La tía la miraba con desaprobación y chasqueaba la lengua cuando la veía salir corriendo del cobertizo con la cara roja. Pero, aunque él le prometió que mataría pollos y cazaría ratones, mamá no dijo que volvería.

—Voy a ser una persona importante —prometió Hyong-chol.

—¿Qué vas a ser?

—¡Fiscal!

A mamá se le iluminaron los ojos.

—Si quieres ser fiscal, tendrás que estudiar mucho. Mucho más de lo que crees. Conozco a alguien que quería ser fiscal y estudió noche y día, pero nunca lo consiguió y se volvió loco.

—Lo haré si vuelves a casa...

Mamá miró sus ojos llenos de ansiedad y sonrió.

—Sí. Puedes hacerlo. Fuiste capaz de decir «ma» cuando ni siquiera tenías cien días. Aunque nadie te había enseñado a leer, aprendiste en cuanto empezaste la escuela y fuiste el primero de la clase. —Suspiró—. ¿Por qué voy a irme de esa casa mientras tú estés en ella? ¿Por qué no pensé en eso? Tú estás en ella.

Le miró las pantorrillas enrojecidas, luego se volvió y, agachándose, le dijo que se subiera a su espalda. Él la miró. Mamá volvió la cabeza.

—Sube —dijo—. Vamos a casa.

Así fue como aquel día, al final de la tarde, mamá volvió a casa. Sacó a esa mujer a empujones de la cocina y cocinó ella. Y, cuando padre se fue a vivir con la mujer a otra casa del pueblo, mamá se arremangó, corrió a la casa, cogió la cazuela de arroz que estaba en el fuego y la tiró al río. Era como si se hubiera convertido en una combatiente para cumplir la promesa que le había hecho a Hyong-chol de volver a casa. Cuando padre y la mujer, incapaces de soportar el acoso de mamá, se marcharon a otro pueblo, mamá llamó a Hyong-chol, lo sentó delante de ella, rodilla con rodilla, y le preguntó con calma:

—¿Cuánto has estudiado hoy?

Cuando él sacó un examen con un diez, los ojos sombríos de mamá recuperaron su fuego. Miró el examen, en el que su profesor había marcado cada respuesta con un visto en rojo, y le dio un fuerte abrazo.

—¡Oh, mi niño!

Mamá lo mimó mientras padre estuvo fuera. Le dejaba montar en la bicicleta de padre. Le dio la estera de dormir de padre y lo cubría con la manta de padre. Le servía arroz en el cuenco grande que solo

padre utilizaba. Ponía delante de él el primer cuenco de sopa. Cuando sus hermanos empezaban a comer, ella los regañaba:

—¡Vuestro hermano ni siquiera ha cogido la cuchara!

Cuando el vendedor de fruta pasaba con un cubo lleno de uva, ella cambiaba medio cuenco de semillas de sésamo que tenía secándose en el patio por unos cuantos racimos y los guardaba para él.

—Esto es para vuestro hermano mayor —decía a sus otros hijos.

Y, cada vez que lo hacía, mamá le recordaba:

—Tienes que llegar a ser fiscal.

Él pensó que tenía que ser fiscal para retener a mamá en casa.

Aquel otoño mamá cosechó ella sola el arroz, lo descascarilló y lo dejó secar, sin padre. Al amanecer iba a los arrozales y, agachada, cortaba los tallos con la hoz, los sacudía para que el grano se desprendiera y lo esparcía por el suelo para que se secara al sol. Volvía al caer la noche. Cuando Hyong-chol se ofrecía a ayudarla, ella decía:

—Ve a estudiar. —Y lo empujaba hacia su escritorio.

Los domingos de temperaturas suaves, cuando el arroz ya estaba cosechado, mamá se llevaba a sus hermanos al campo de las colinas para desenterrar ñames, pero a él lo empujaba hacia el escritorio. Volvían al atardecer con una carreta llena de ñames de color óxido.

Su hermano, que había querido quedarse en casa para estudiar, pero que se había visto obligado a ir con mamá, se inclinó sobre el pozo para quitarse la tierra incrustada debajo de las uñas.

—¡Mamá! ¿Tan importante es Hyong-chol?

—¡Sí! ¡Es muy importante! —Mamá le dio unos golpecitos en la cabeza y no dio más vueltas a la pregunta.

—Entonces, ¿no nos necesitas a nosotros? —Su hermano tenía las mejillas encendidas por el aire frío.

—¡No! No os necesito.

—¡Pues nos iremos a vivir con padre!

—¿Qué?

Mamá estaba a punto de dar otro golpecito a su hermano en la cabeza, pero se detuvo.

—Vosotros también sois importantes. ¡Todos sois importantes! ¡Venid aquí, mis importantes hijos!

Todos se rieron. Sentado frente a su escritorio en el calor de su habitación, Hyong-chol oyó a su familia junto al pozo y también sonrió.

No está claro cuándo empezó exactamente, pero mamá dejó de cerrar la verja por las noches. Poco después, cuando servía el arroz por la mañana, empezó a llenar el cuenco de padre y a dejarlo debajo de una manta en el rincón más caliente de la habitación. Hyong-chol estudió aún más mientras padre estuvo fuera. Mamá seguía sin permitirle que la ayudara en el campo. Incluso cuando gritaba a sus otros hijos porque habían dejado los pimientos esparcidos por el patio bajo la lluvia, bajaba la voz si creía que él estaba estudiando. En aquella época, la cara de mamá siempre estaba arrugada por el cansancio y la preocupación, pero, cuando él estudiaba en voz alta, los cercos alrededor de sus ojos se volvían menos oscuros, como si se hubiera puesto polvos. Mamá abría y cerraba la puerta de la habitación de Hyong-chol sin hacer ruido. Deslizaba dentro en silencio un plato de ñames hervidos o de caquis y volvía a cerrar la puerta. Una noche de invierno en que la nieve se había amontonado en el porche, padre cruzó la verja abierta, se aclaró la garganta, se quitó los zapatos, los golpeó contra la pared

para sacudir la nieve y abrió la puerta. Hacía tanto frío que todos dormían juntos. Con los ojos entrecerrados, Hyong-chol vio que padre les tocaba la cabeza y los miraba. Vio a mamá poner sobre la mesa el cuenco de arroz que había dejado en el rincón más caliente de la habitación, la vio coger unas hojas de algas tostadas con aceite de perilla y dejarlas al lado del cuenco de arroz, y la vio poner un bol de agua de arroz hervido junto al cuenco sin decir palabra..., como si padre se hubiera ido esa mañana y hubiera vuelto por la noche, en lugar de haberse marchado en verano y haber regresado avergonzado en el crudo invierno.

Cuando Hyong-chol se licenció y aprobó el examen de acceso para entrar en la compañía en la que ahora trabaja, mamá no se quedó contenta. Ni siquiera sonrió cuando los vecinos la felicitaron por el empleo de Hyong-chol en una importante corporación. Cuando él volvió a casa con el tradicional regalo de ropa interior comprado con su primer sueldo, ella apenas lo miró.

—¿Y qué hay de tus planes? —le dijo con frialdad.

Él se limitó a responder que trabajaría duro en la compañía, ahorraría durante dos años y se pondría a estudiar de nuevo.

Ahora reflexiona sobre ello. Cuando mamá era más joven, era una presencia que lo impulsaba a cimentar su determinación como hombre, como ser humano.

Cuando mamá llevó a la ciudad a su hermana, que acababa de terminar la escuela secundaria, para que viviera con él, fue cuando empezó a decirle a todas horas que lo sentía. Le llevó a su hermana

cuando él tenía veinticuatro años. Antes de que pudiera ahorrar, antes de que se presentara al examen para ejercer como abogado.

Mamá no levantó la vista.

—Como es una chica, necesita más estudios. Tienes que conseguir que estudie aquí. No puedo permitir que viva como yo.

Se encontraron frente a la torre del reloj de la estación de Seúl. Antes de volver a casa, mamá sugirió que comieran arroz y sopa. Mamá no paraba de coger carne de su cuenco y ponerla en el de él. Aunque él le decía que no podía con todo, ella seguía pasando la carne de su cuenco al de él. La idea de comer había sido de ella, pero no se llevó un solo bocado a la boca.

—¿No tienes hambre? —preguntó él.

—Estoy comiendo —respondió, y siguió dejando caer la carne en el cuenco de él—. Pero tú... ¿qué vas a hacer? —Dejó la cuchara, que estaba ribeteada de sopa—. Toda la culpa es mía. Lo siento, Hyong-chol.

Mientras esperaba en la estación de Seúl para subir al tren, con sus ásperas manos de uñas muy cortas hundidas en los bolsillos, los ojos de mamá se llenaron de lágrimas. Él pensó que sus ojos eran como los de una vaca, inocentes y amables.

Llama a su hermana, que sigue en la estación de Seúl. Se está haciendo de noche. Al oír su voz, su hermana guarda silencio. Parece que quiere que él hable primero. Enumeran a toda la gente que ha respondido al volante, pero ella ha sido la que ha recibido la mayor parte de las llamadas. La mayoría eran falsos testigos. Un tipo le dijo: «La señora está conmigo en estos momentos». Incluso le dio una explicación detallada de dónde estaba. Su hermana fue en taxi

hasta el paso peatonal que le había indicado y encontró a un joven borracho, ni siquiera una mujer, roncando tan ebrio que si se lo hubieran llevado en carro ni se habría enterado.

—No está aquí —dice a su hermana.

Chi-hon deja de aguantar la respiración.

—¿Te vas a quedar más rato en la estación?

—Un poco... Todavía me quedan volantes.

—Espérame allí. Podemos ir a cenar algo.

—No tengo hambre.

—Pues tomaremos una copa.

—¿Una copa? —pregunta ella; luego se queda callada un momento y añade—: Ha llamado el dueño de la farmacia Sobu, frente al mercado de Sobu de Yokchon-dong. Ha dicho que ha visto el volante que ha llevado su hijo a casa y que le parece que vio a alguien como mamá en Yokchon-dong hace dos días, pero que llevaba unas sandalias de goma azules. Que debía de haber caminado mucho porque tenía un corte en el empeine y se le había infectado hasta las uñas, y que le aplicó una pomada...

¿Sandalias azules? El móvil se le cae de la oreja.

—¿Hermano?

Él vuelve a llevarse el móvil al oído.

—Me voy para allá. ¿Quieres venir?

—¿A Yokchon-dong? —pregunta él—. ¿Te refieres al mercado de Sobu que había cerca de donde vivíamos?

—Sí.

—De acuerdo.

Hyong-chol no quiere irse a casa. Cuando se reúne con su hermana no tiene nada en concreto que decirle. La llamó pensando: «No

quiero irme a casa». Pero ¿ir a Yokchon-dong? Levanta una mano para parar un taxi. No lo entiende. Han llamado varias personas para decir que han visto a alguien como mamá con unas sandalias de goma azules. Curiosamente, todos afirman haberla visto en algún barrio donde él ha vivido. Kaebong-dong, Taerim-dong, Oksu-dong, debajo de los apartamentos Naksan de Tongsung-dong, Suyu-dong, Singil-dong, Chongnung. Si acudía, decían que la habían visto hacía tres días, o incluso una semana. Hubo alguien que dijo incluso que la había visto un mes antes de que desapareciera. Cada vez que le daban un soplo, iba al barrio que le habían indicado, solo, con sus hermanos o con padre. Aunque todos aseguraban haberla visto, no había encontrado a nadie como mamá que llevara unas sandalias de goma azules. Después de oír lo que tenían que contarle, lo único que podía hacer él era colgar volantes en los postes del barrio, en un árbol del parque o dentro de una cabina telefónica, por si acaso. Cuando pasaba por los lugares en los que vivió, se paraba y miraba donde ahora vivían otros.

No importa donde él vivió, mamá nunca fue sola a su casa. Siempre iba a recogerla alguien de la familia a la estación de Seúl o a la Terminal de Autobuses Expresos. Y, una vez en Seúl, mamá no iba a ninguna parte hasta que alguien la acompañaba a su siguiente destino. Cuando iba a casa de su hermano, él iba a buscarla, y cuando iba a casa de su hermana, ella iba a buscarla. Nadie lo dijo nunca en voz alta, pero en algún momento dado su familia y él decidieron tácitamente que mamá no podía ir sola a ningún sitio en esa ciudad. De modo que, cuando mamá iba a Seúl, siempre estaba acompañada. Después de poner el anuncio en el periódico y de repartir volantes, él cae en la cuenta de que ha vivido en doce barrios distintos. Se yergue y levanta la vista. Yokchon-dong, recuerda, fue el primer lugar donde consiguió comprar una casa.

—Dentro de unos días celebraremos el Chuseok...

En el taxi hacia Yokchon-dong, su hermana se frota las uñas con la mano. Él estaba pensando en lo mismo. Carraspea y frunce el entrecejo. El festival de Chuseok dura varios días. Cada año los medios de comunicación informan que se prevé que viaje más gente al extranjero que en todas las ediciones anteriores. Hasta hace un par de años, la gente criticaba a los que se iban al extranjero durante esas fiestas, pero ahora todos dicen sin rodeos: «Volveré, antepasados», y se van al aeropuerto. Al principio, cuando la gente empezó a celebrar los ritos ancestrales en sus apartamentos de veraneo, les preocupaba que los espíritus ancestrales no dieran con ellos, pero ahora subían a los aviones sin pensarlo dos veces.

Esta mañana su mujer ha comentado mientras leía el periódico:

—Aquí pone que más de un millón de personas viajarán al extranjero este año.

—La gente tiene mucho dinero —ha replicado él.

A lo que ella ha murmurado:

—Los que no pueden irse..., bueno, no son muy inteligentes.

Padre los miraba en silencio.

—A los chicos, como todos sus amigos se van al extranjero durante el Chuseok —ha continuado su mujer—, les ha dado por decir que a ellos también les gustaría ir. —Cuando él la ha mirado furioso, incapaz de seguir escuchándola, ella ha explicado—: Ya sabes lo sensibles que son los chicos para este tipo de cosas.

Padre se ha levantado de la mesa y se ha ido a su habitación.

—¿Estás loca? ¿Te parece apropiado tocar este tema justo ahora? —ha soltado Hyong-chol.

—Oye, solo he repetido lo que dicen los chicos —ha replicado ella —. ¿Acaso he dicho que yo quiera ir? ¿Ni siquiera puedo comentar lo

que dicen los chicos? Esto es frustrante. ¿Se supone que debo vivir sin abrir la boca? —Se ha levantado de la mesa y se ha ido.

—¿No deberíamos celebrar los ritos ancestrales? —pregunta Chi-hon.

—¿Desde cuándo piensas en ellos? ¿Nunca has venido a casa para las vacaciones y ahora te importa el Chuseok?

—Me equivoqué. No debería haber faltado.

Observa que su hermana deja de frotarse las uñas y mete las manos en los bolsillos de la chaqueta. Todavía no se ha quitado esa costumbre.

Cuando vivían juntos en Seúl y tenía que dormir con su hermano y hermana en la misma habitación, su hermana se colocaba en el lado de la pared, él se tumbaba en el centro y su hermano, al lado de la otra pared. Casi cada noche recibía una bofetada mientras dormía, y cuando abría los ojos se encontraba con la mano de su hermano en la cara. Se la apartaba con cuidado y estaba a punto de dormirse de nuevo cuando la mano de su hermana le caía sobre el pecho. Así era como solían dormir en la habitación grande de la casa, rodando de un lado para otro. Una noche soltó un grito cuando recibió un puñetazo en el ojo. Sus hermanos se despertaron.

—¡Eh, tú!

Su hermana, adivinando lo que había ocurrido, se apresuró a meter las manos en los bolsillos de los pantalones de algodón con los que dormía.

—¡Si vas a seguir así, vete a casa! —le gritó él.

Cuando se hizo de día, su hermana cogió todas sus cosas y se fue realmente a casa de mamá. Pero mamá la llevó de vuelta a Seúl, le

ordenó que se arrodillara delante de él y le pidiera perdón. Su hermana, obstinada, no se movió.

—¡Pídele perdón! —gritó mamá.

Pero ella no cedió.

Su hermana era dócil, pero si se le metía algo entre ceja y ceja nadie podía hacerle cambiar de opinión. Una vez, cuando él todavía estaba en secundaria, la obligó a que le limpiara las zapatillas de deporte. Normalmente ella obedecía y lo hacía. Pero ese día se enfadó, se llevó al arroyo las zapatillas nuevas pero mugrientas y las tiró al agua. Él corrió a lo largo de la orilla para recuperarlas. Con el tiempo aquello se convirtió en un recuerdo entrañable entre los dos hermanos, pero ese día él volvió a casa furioso con una sola zapatilla, verde por el agua lodosa y las algas que le colgaban, y se chivó. Aunque mamá cogió el atizador y preguntó a su hermana de dónde había sacado ese mal carácter, ella no pidió perdón. Lo que hizo fue enfadarse con mamá.

—¡Le he dicho que no quería! ¡Le he dicho que no quería! ¡A partir de ahora no voy a hacer nada que no quiera hacer!

En su pequeña habitación, mamá habló con su obstinada hermana.

—Te he dicho que le pidas perdón. Te he dicho que aquí tu hermano es como un padre para ti. Si no te corriges esa costumbre de coger tus bártulos y marcharte cada vez que tu hermano te regaña, no te la quitarás jamás. Cuando estés casada, si algo no sale como tú querías, ¿cogerás tus bártulos y te irás?

Cuanto más le suplicaba mamá que pidiera perdón, más hundía ella las manos en los bolsillos. Triste, mamá suspiró.

—Ahora la niña no me hace caso. La niña me ignora porque no soy nadie y no tengo estudios...

Solo entonces, cuando el lamento de mamá se convirtió en lágrimas, su hermana exclamó:

—¡No es eso, mamá! —Para impedir que siguiera llorando, tuvo que decir—: Me disculparé. Le diré que lo siento.

Y sacó las manos de los bolsillos y pidió perdón a Hyong-chol. Desde entonces su hermana dormía con las manos metidas en los bolsillos. Y, cada vez que él le levantaba la voz, ella las escondía rápidamente en ellos.

Después de que mamá desapareciera, cuando alguien señalaba algo, aunque fuera trivial, su obstinada hermana admitía, sumisa:

—Estaba equivocada. No debería haberlo hecho.

—¿Quién limpiará ahora las ventanas de casa? —le pregunta Chi-hon.

—¿De qué hablas?

—Si llamábamos en esta época del año, mamá siempre estaba limpiando las ventanas.

—¿Las ventanas?

—Sí, claro. Siempre decía: «¿Cómo vamos a tener las ventanas sucias cuando venga la familia para el Chuseok?».

Las numerosas ventanas de la casa desfilan ante los ojos de Hyong-chol. La casa, reconstruida hace pocos años, tiene ventanas en todas las habitaciones, sobre todo en el salón, mientras que en la casa vieja solo había un cristal en la puerta.

—Cuando le aconsejé que pagara a alguien para que las limpiara, dijo: «¿Quién va a venir hasta este agujero en el campo para hacer eso?». —Su hermana exhala un suspiro y frota el cristal de la

ventanilla del taxi—. Cuando éramos pequeños, mamá quitaba todas las puertas de la casa en esta época del año..., ¿te acuerdas?

—Sí.

—¿Te acuerdas?

—¡He dicho que sí!

—Mentiroso.

—¿Por qué crees que miento? Me acuerdo. Pegaba hojas de arce en las puertas, aunque la tía le reñía.

—¿De verdad te acuerdas? ¿Te acuerdas de que íbamos a casa de la tía para coger hojas de arce?

—Sí, me acuerdo.

Antes de que construyeran la nueva casa, mamá escogía un día soleado próximo al Chuseok y quitaba todas las puertas. Las frotaba con agua y las dejaba secar al sol, luego preparaba un engrudo y pegaba en ellas una nueva capa de papel de mora medio translúcido. Cuando Hyong-chol la veía quitar las puertas de los marcos y apoyarlas en la pared, pensaba: «Ah, ya casi estamos en Chuseok».

¿Por qué nadie ayudaba a mamá a pegar la nueva capa de papel, con la de hombres que había en la familia? Seguro que su hermana solo hacía el tonto, metía un dedo en el cubo del engrudo acuoso y revolvía. Mamá cogía la brocha y esparcía el engrudo sobre el papel, como si dibujara orquídeas para un cuadro tradicional en tinta, y ella sola pegaba el papel sobre los marcos limpios con golpes firmes. Sus gestos eran desenfadados y alegres. Hacía un trabajo que él ni siquiera se atrevería a intentar ahora, aunque es mucho mayor de lo que ella era entonces, y lo hacía con rapidez y garbo. Con una brocha grande en la mano, le pedía a su hermana, que jugaba con el

engrudo, o a él, que se ofrecía a ayudar, que fueran a coger hojas de arce coreano. En su jardín había muchos árboles: caquis, ciruelos, ailantos y azufaifos, pero mamá les pedía específicamente hojas de arce, y de esas no había en casa. Una vez, para conseguirlas, él salió de casa, cruzó los callejones y el riachuelo, y bajó por la nueva carretera hasta la casa de la tía. Mientras recogía hojas de arce, la tía le preguntó: «¿Qué vas a hacer con ellas? ¿Te ha pedido tu madre que se las lleves? ¿Qué tontería está haciendo? Si en invierno miras una puerta en la que hay una hoja de arce tienes más frío. ¡Pero ella va a hacerlo otra vez, aunque siempre le pido que no lo haga!».

Cuando él volvió con dos fajos de hojas de arce, mamá puso las dos más bonitas junto al pomo de la puerta principal, una a cada lado, y pegó varias capas de papel de mora encima. Las hojas decoraban la zona en la que se amontonaban más capas de papel para impedir que se rasgara, justo donde la gente apoyaba la mano para abrirla y cerrarla. En la puerta de Hyong-chol, mamá puso tres hojas más que en las demás y las colocó esparcidas como si fueran flores. Las apretó con cuidado con las palmas de las manos y le preguntó: «¿Te gustan?». Parecía la mano abierta de un niño. No importaba lo que hubiera dicho la tía, a él le parecían muy bonitas. Cuando respondió que eran preciosas, una gran sonrisa iluminó la cara de mamá. Para ella, que no soportaba empezar las vacaciones con las puertas resquebrajadas, agujereadas o gastadas de tanto abrirlas y cerrarlas de golpe durante el verano, pegar una nueva capa de papel en ellas encarnaba el verdadero comienzo del otoño y la llegada del Chuseok. Probablemente también quería impedir que la familia se resfriara con el viento más frío que seguía al verano. «¿Era eso lo más romántico que mamá tenía ocasión de experimentar en aquella época?», se preguntó.

Hunde sin saberlo las manos en los bolsillos de los pantalones, como su hermana. Las hojas de arce pegadas junto a los pomos de las puertas se quedaban en la casa, con la familia, después del Chuseok. Se quedaban con el invierno y la nieve; se quedaban hasta que brotaban nuevas hojas de arce en primavera.

La desaparición de mamá despierta recuerdos en su memoria que, como las puertas con hojas de arce, creía haber olvidado.

Yokchon-dong no es el viejo Yokchon-dong que recuerda. Cuando se compró su primera casa en Seúl, era un barrio de muchos callejones y casas bajas, pero ahora está lleno de edificios de muchas plantas y tiendas de ropa. Él y su hermana van arriba y abajo por delante y por detrás de los edificios de apartamentos, incapaces de encontrar el mercado de Sobu, que entonces estaba en medio del barrio. Al final preguntan a un estudiante y resulta que está en la dirección contraria. Una gran tienda ha reemplazado la cabina de teléfono junto a la que pasaba cada día. No consigue dar con la tienda de lanas donde su mujer aprendió a hacer jerséis para su hija recién nacida.

—¡Creo que está allí, hermano!

El mercado de Sobu, que él recordaba al otro lado de una larga carretera, queda escondido entre bulevares nuevos y él no ve bien los letreros.

—Dijo que estaba frente al mercado de Sobu... —Su hermana corre hacia la entrada y mira los puestos—. ¡Ahí está!

Él mira hacia donde señala su hermana y ve el rótulo FARMACIA SOBU, entre un snack bar y un cibercafé. El farmacéutico, de unos

cincuenta y cinco años y con gafas, levanta la vista cuando los dos hermanos entran.

—¿Ha sido usted quien nos ha llamado porque había visto el volante que le trajo su hijo? —pregunta su hermana.

El farmacéutico se quita las gafas.

—¿Cómo es que su madre ha desaparecido?

Esa es la pregunta más incómoda —y frecuente— que les hace la gente desde que mamá desapareció. Siempre hay en ella una mezcla de curiosidad y censura. Al principio explicaban todo con detalle: «Verá, estaba en la estación de metro de Seúl...», pero ahora se limitan a responder: «Simplemente pasó», y adoptan una expresión de dolor. Solo así logran ir más allá.

—¿Tiene demencia?

Su hermana se queda callada, así que él responde que no.

—Pero ¿cómo pueden estar tan tranquilos mientras la buscan? Hace un buen rato que los llamé. ¿No han podido venir hasta ahora? —pregunta el farmacéutico con reproche, como si no la hubieran encontrado allí solo por cuestión de tiempo.

—¿Cuándo la vio? ¿Se parecía a nuestra madre? —Su hermana saca el volante y la señala.

El farmacéutico dice que la vio hace seis días. Vive en el tercer piso de ese edificio, explica, y cuando bajó al amanecer para abrir la persiana de la farmacia vio a una anciana dormida junto a los cubos de la basura frente al snack bar de al lado. Dice que llevaba sandalias de goma azules. Había caminado tanto que se había hecho un corte profundo en el pie que casi dejaba ver el hueso. La herida se le había infectado tantas veces que prácticamente no había nada que hacer.

—Como farmacéutico, no podía permanecer al margen después de haber visto ese corte. Pensé que al menos tenía que desinfectarlo,

de modo que entré y salí con desinfectantes y algodón, y ella se despertó. Aunque un desconocido estaba tocándole el pie, se quedó inmóvil, totalmente inmóvil..., muy débil. Cuando te curan un corte así lo normal es gritar, pero ella no reaccionó. Eso me sorprendió. Estaba tan infectado que no paraba de salir pus. El olor también era horrible. No sé cuántas veces lo desinfecté. Cuando terminé, le apliqué pomada y lo tapé con una tirita. Pero no era lo bastante grande, así que le vendé el pie. Me pareció que tenía que protegerla de algún modo, así que entré para llamar a la policía, pero, cuando salí para preguntarle si conocía a alguien, la encontré comiendo rollos de sushi de la basura. Debía de estar hambrienta. Le dije que le daría algo de comer, que los tirara, pero no lo hizo, entonces se los arrebaté de las manos y los tiré yo mismo. Aunque no me había hecho caso, cuando se los quité no hizo nada. Le pedí que entrara en la tienda. Pero se quedó ahí sentada, como si no me entendiera. ¿Está sorda?

Su hermana se queda callada, así que él responde que no.

—Le pregunté: «¿Dónde vive? ¿Conoce a alguien que pueda venir a recogerla? Si sabe el número de alguien, le llamaré». Pero ella seguía quieta. Solo parpadeaba. Yo no podía hacer nada, de modo que entré y llamé a la policía, y cuando salí ya no estaba. Fue extraño. Solo estuve dentro unos minutos y ella ya se había ido.

—Nuestra madre no llevaba sandalias de goma azules —dice Chi-hon—. Llevaba unas sandalias beige. ¿Está seguro de que eran de goma azules?

—Sí. Llevaba una camisa azul claro y encima algo beige o blanco, estaba tan sucio que no sabría decirlo. Su falda tal vez era blanca pero se había ensuciado tanto que se veía beige. Era plisada. Tenía las pantorrillas ensangrentadas. Estaban..., bueno, llenas de picaduras de mosquito.

Exceptuando las sandalias de goma azules, así era como iba vestida mamá cuando desapareció.

—Aquí mamá lleva un *hanbok*. Tiene el pelo diferente... Va muy maquillada. No tenía este aspecto cuando desapareció. ¿Por qué pensó en nuestra madre cuando vio a esa señora? —Su hermana siempre parece esperar que sea una equivocación; la mujer que vio el farmacéutico era patética.

—Es la misma mujer. Tenía los mismos ojos. Cuidé vacas cuando era joven, de modo que he visto ojos como los suyos, impacientes y dóciles. La reconocí a pesar de lo cambiada que está porque los ojos eran los mismos.

Su hermana se desploma en una silla.

—¿Vino la policía?

—Llamé enseguida para avisarlos de que no hacía falta que vinieran. Como le he dicho, ella ya se había ido.

Él y su hermana salen de la farmacia y se separan; han quedado en que se reunirán dos horas después en el parque de uno de los nuevos edificios. Se levanta viento mientras él inspecciona las calles mal iluminadas que rodean los nuevos bloques de pisos que han reemplazado las casas bajas de sus tiempos y su hermana busca por los alrededores del mercado de Sobu, donde todavía quedan viejos callejones. Como la mujer descrita por el farmacéutico comía rollos de sushi de la basura del snack bar, él mira todos los cubos que hay delante de los edificios. También busca alrededor de los contenedores de reciclaje. Se pregunta dónde está la casa en la que vivió. Era la penúltima del callejón más largo del barrio. Además de largo era tan oscuro que cuando llegaba tarde del trabajo no podía evitar mirar varias veces atrás antes de llegar a la verja.

Su hermana lo está esperando en un banco de madera del parque. Al verlo acercarse con paso lento y los hombros hundidos, se levanta. A esa hora no hay niños en el parque, solo unos cuantos viejos que han salido a pasear.

¿Mamá estuvo en esa casa?

La primera vez que mamá fue a verlo, bajó del tren llevando un hervidor de níquel del tamaño de una olla lleno de gachas de alubias rojas. Él no tenía coche y, cuando le cogió el pesado hervidor de las manos, soltó: «¿Por qué has venido tan cargada?». Mamá no paraba de sonreír. En cuanto se adentraron en el callejón, señaló una casa y preguntó: «¿Es esta?». Y, cuando la pasaron de largo, señaló la siguiente y preguntó: «¿Es esta?». Sonreía de oreja a oreja cuando él se detuvo por fin frente a su casa y anunció: «Es esta». Cuando empujó con suavidad la verja, parecía tan emocionada como una niña que sale de su pueblo por primera vez. «¡Caramba, hay un patio! Con un caqui y... ¿Qué es esto? ¡Parras!» En cuanto puso un pie en la casa, llenó un bol con las gachas del hervidor y las salpicó por toda la casa. «Es para ahuyentar la mala suerte», dijo. Su mujer, que también se había convertido por primera vez en propietaria, abrió la puerta de una de las tres habitaciones y dijo emocionada: «Esta es tu habitación, madre. Cuando vengas a Seúl podrás instalarte aquí cómodamente». Mamá miró dentro y exclamó como pidiendo perdón: «¡Tengo mi propia habitación!».

Esa noche, pasadas las doce, Hyong-chol oyó un ruido fuera y miró por la ventana. Mamá estaba en el patio. Tocó la verja, puso una mano en la parra, se sentó en los escalones de la entrada. Miró el cielo nocturno y se acercó al caqui. Él abrió la ventana y gritó:

—¡Ven a dormir!

—¿Qué haces que no duermes? —dijo mamá, y, como si pronunciara su nombre por primera vez, añadió con cierto misterio —: Ven aquí, Hyong-chol.

Cuando llegó hasta ella, mamá se sacó un sobre del bolsillo y se lo puso en la mano.

—Ahora lo único que te falta es una placa con tu nombre. Utiliza este dinero para comprar una placa con tu nombre. —Él miró a mamá y el sobre abultado que tenía en la mano—. Siento no haber podido ayudarte a comprar esta casa —dijo ella.

Más tarde, al regresar del cuarto de baño al amanecer, él abrió la puerta de la habitación de mamá sin hacer ruido. Mamá y Chi-hon estaban tumbadas una al lado de la otra, profundamente dormidas. Mamá parecía sonreír en sueños; el brazo de su hermana estaba extendido hacia fuera, como siempre, libre.

Desde esa primera noche que mamá había pasado con él en la sala del turno de noche del centro social, no había tenido un lugar cómodo en el que mamá pudiera quedarse a dormir en Seúl. A menudo sus hermanos y él iban a recogerla porque llegaba en un autocar alquilado para asistir a la boda de algún pariente. Iba muy cargada. Antes incluso de que terminara la ceremonia, les metía prisa para volver a la habitación alquilada donde vivían. Se quitaba el traje que había llevado a la boda; de sus fardos salía rodando comida envuelta en periódicos, plásticos y hojas de calabaza. No tardaba ni un minuto en ponerse una camisa holgada y unos pantalones con estampado de flores que había metido en uno de los fardos. Los acompañamientos que salían de los periódicos, los plásticos y las hojas de calabaza eran colocados en fuentes y cuencos del armario, y mamá se frotaba bien las manos, quitaba rápidamente las fundas de los edredones y las lavaba. Hacía *kimchi*

con la col salada que había llevado, restregaba la cazuela ennegrecida por el fuego de carbón, limpiaba el hornillo portátil hasta que relucía, cosía de nuevo las fundas de los edredones en cuanto se secaban al sol sobre el tejado, luego lavaba el arroz, hacía salsa de pasta de judías y ponía la mesa para cenar. En la mesa había generosas raciones de carne estofada, anchoas salteadas y *kimchi* de hoja de sésamo que había traído de casa. Cuando sus hermanos y él se servían una cucharada de arroz, mamá ponía encima un pedazo de carne guisada. Le rogaban que comiera con ellos, pero ella respondía: «No tengo hambre». Después de lavarlo todo, llenaba la palangana de plástico con agua del grifo y salía a comprar una sandía para enfriarla en ella. Luego se ponía el vestido en un santiamén, el único que tenía y que solo llevaba en las bodas, y les decía: «Llevadme a la estación». Como era tarde, ellos le decían: «Quédate a pasar la noche y vete mañana, mamá». Pero ella respondía: «He de irme. Mañana tengo cosas que hacer». Lo único que tenía que hacer era trabajar en los arrozales y los campos. Esa clase de trabajo podía esperar. Pero mamá siempre regresaba en el tren nocturno. En realidad volvía porque solo había una habitación minúscula donde sus tres hijos adultos tenían que dormir apretujados, sin poder moverse, pero mamá se limitaba a decir: «He de irme. Mañana tengo cosas que hacer».

Hyong-chol siempre renovaba sus propósitos cuando acompañaba a mamá, exhausta, a la estación de Seúl para esperar el tren nocturno que la llevaría a casa con las manos vacías. «Ganaré dinero y me trasladaré a un piso de dos habitaciones. Alquilaré una casa. Compraré una casa en la ciudad. Entonces tendré una habitación en la que esta mujer podrá dormir cómoda.» Compraba un billete de andén y la acompañaba hasta el tren. Buscaba un asiento en un

vagón y le daba una bolsa con cosas para picar, quizá un batido de plátano o mandarinas.

—No te duermas. Acuérdate de bajarte en la estación de Chongup.

—Aquí tú haces de padre y madre de tus hermanos —le decía ella, a veces con tristeza, a veces con firmeza.

Viéndolo ahí de pie, frotándose las manos, con poco más de veinte años, mamá se levantaba de su asiento, le separaba las manos y le ponía la espalda recta.

—El hermano mayor debe tener un porte digno. Ha de ser el modelo. Si el hermano mayor se equivoca de camino, los demás también lo harán.

Cuando el tren estaba a punto de irse, los ojos de mamá se llenaban de lágrimas y decía:

—Lo siento, Hyong-chol.

Eran las tantas de la madrugada cuando mamá se apeaba en Chongup. El primer autobús que iba al pueblo no pasaba hasta las seis. Mamá se bajaba del tren y echaba a andar en la oscuridad hacia casa.

—Ojalá hubiéramos traído más volantes para colgarlos por aquí —dice Hyong-chol, metiendo las manos en los bolsillos contra el frío de la noche.

—Volveré mañana y lo haré —afirma Chi-hon, y se mete las manos en los bolsillos.

Mañana él tiene que acompañar a los ayudantes del jefe a la casa piloto de Hongchon. No puede permitirse el lujo de no ir.

—¿Le pido a mi mujer que lo haga?

—Déjala descansar. Ya está cuidando de padre.

—Podrías llamar a la pequeña.

—Me ayudará él.

—¿Él?

—Yu-bin. Cuando encontremos a mamá, me casaré con él. Mamá siempre quiso que me casara.

—Si tomar esa decisión te resulta tan fácil, ya deberías haberlo hecho.

—Cuando mamá desapareció, comprendí que hay una respuesta para cada cosa. Podría haber hecho todo lo que ella quería que hiciera. No era importante. No sé por qué me irritaba por cosas así. Tampoco pienso volver a subirme a un avión.

Hyong-chol da unas palmaditas a su hermana en el hombro y suspira. A mamá no le gustaba que su hermana cogiera aviones y se fuera al extranjero. En su opinión, a menos que hubiera una guerra y no se pudiera evitar, era absurdo abandonarte a la suerte de ese modo, como si no te importara la vida. Cuando la intromisión de mamá en ese tema fue a más, su hermana viajaba en avión en secreto. Tanto por trabajo como por placer, si tenía que subirse a un avión no se lo contaba a mamá.

—Eran tan bonitos los rosales de esa casa... —dice su hermana.

Él la mira en la oscuridad. También él estaba pensando en esos rosales. La primera primavera después de que él comprara la casa de Yokchon-dong, mamá fue a verlo y propuso que fueran a comprar rosas. ¿Rosas? Cuando la palabra volvió a salir de la boca de mamá, él tuvo que preguntar, como si no la hubiera oído bien:

—¿Quieres decir rosas?

—Rosas rojas. Vamos, ¿no hay ningún lugar donde las vendan?

—Sí.

Él la llevó a un vivero que proveía los rosales jóvenes que bordeaban las calles de Kupabal.

—Creo que es la flor más bonita —dijo ella, y compró muchos más rosales de los que él esperaba.

Más tarde cavó hoyos cerca del muro de la casa y los plantó. Nunca la había visto plantar algo por el mero placer de contemplarlo en lugar de para cosecharlo y comerlo, como judías, patatas, coles, rábanos o pimientos. Mirando por encima de su figura inclinada, le preguntó si no los estaba plantando demasiado cerca del muro. Ella levantó la vista y respondió:

—Así la gente que pase por la calle también podrá disfrutarlas.

Todos los años florecen los rosales en primavera. La gente que pasa junto al muro en la temporada de las rosas se detiene a inhalar su fragancia, como era el deseo de mamá. Cuando ha llovido, hay pétalos rojos desparramados a ambos lados del muro.

En el bar del centro comercial de Yokchon-dong, su hermana, que en vez de cenar se ha bebido dos cervezas de barril, saca un cuaderno del bolso, lo abre en una página determinada y lo empuja hacia él. Tiene la cara roja de haber bebido con el estómago vacío. Él acerca el cuaderno a la luz y lee. A diferencia de su personalidad, imaginativa y emocional, la letra de Chi-hon es sorprendentemente compacta:

Quiero leer a niños que no pueden ver.
Quiero aprender chino.
Quiero ser dueña de un pequeño teatro, si gano mucho dinero.
Quiero ir al Polo Sur.
Quiero ir de peregrinación a Santiago.

Debajo había treinta frases más que empezaban por «quiero».

—¿Qué es esto?

—La pasada Nochevieja hice una lista de lo que quería hacer con mi vida, aparte de escribir. Por diversión. Las cosas que quería hacer en los diez próximos años. No planeé hacer nada con mamá. Mientras lo escribía, no me di cuenta. Pero cuando lo leo ahora, después de que ha desaparecido...

Está borracho. Sale del ascensor y toca el timbre. No hay respuesta. Saca las llaves del bolsillo y, tambaleándose, abre la puerta. Después de despedirse de su hermana ha ido a dos bares más. Cuando ante sus ojos danzó la imagen de la mujer con sandalias de goma azules, la mujer que podría ser mamá, la mujer que había caminado tanto que las sandalias se le habían incrustado en la piel dejando el hueso casi al descubierto, se tomó otra copa.

La luz de la salita está encendida; reina el silencio. La estatua de María que le regaló mamá lo observa. Tambaleándose, se dirige hacia su dormitorio, pero antes se detiene y empuja sin hacer ruido la puerta de la habitación de su hija, donde padre se ha instalado. Lo ve dormido de lado sobre una estera en el suelo, junto a la cama de su hija. Entra y lo tapa con la manta que padre ha apartado en sueños, luego sale y cierra la puerta con suavidad. En la cocina, se sirve un vaso de agua de la botella que está sobre la mesa y mira alrededor mientras bebe. Nada ha cambiado. El zumbido de la nevera es el mismo, y el fregadero está lleno, como siempre, de platos amontonados; su mujer nunca tiene prisa por lavarlos. Baja la cabeza, entra en su dormitorio y mira a su mujer dormida. En su cuello brillan unas cuentas. Coge las mantas que la tapan y las aparta de un tirón. Ella se sienta y se frota los ojos.

—¿Cuándo has llegado? —pregunta, y a continuación suspira ante su brusquedad, que encierra un callado reproche: «¡Cómo puedes dormir!».

Desde que mamá desapareció, él no hace más que recriminar cosas a todos. Su enfado crece cuando llega a casa. Si su hermano llama para ver cómo va la búsqueda, él contesta a unas pocas preguntas y luego suelta: «¿Y tú no tienes nada que decirme? ¿Qué demonios estás haciendo?». Cuando padre anunció que volvía a casa porque no había nada que él pudiera hacer en Seúl, gritó: «¿Y qué vas a hacer en el campo?». Por las mañanas se va de casa sin mirar siquiera el desayuno que su mujer le ha preparado.

—¿Has estado bebiendo? —Su mujer le arranca las mantas de las manos y se tapa.

—¿Cómo puedes dormir? —Esta vez él eleva la voz.

Ella se estira el camisón.

—¡He dicho que cómo puedes dormir!

—¿Qué quieres que haga? —grita ella a su vez.

—¡Tú tienes la culpa! —Pronuncia mal las palabras. Hasta él sabe que es una exageración.

—¿Por qué es mi culpa?

—¡Deberías haber ido a recogerlos!

—Te dije que iba a llevar comida a Chin.

—¿Por qué tuviste que ir precisamente ese día? ¿Por qué fuiste justo cuando mis padres venían del campo para celebrar sus cumpleaños?

—¡Padre dijo que sabía el camino! Y no somos los únicos familiares que tienen en la ciudad. Y ese día querían ir a casa de tu hermano. Y tus hermanas también viven aquí. Tus padres no tienen por qué quedarse siempre en nuestra casa, ¡y no hay ninguna norma que diga que he de ser yo quien vaya a recogerlos! Hacía dos semanas que no iba a ver a Chin, y no tenía nada que comer, ¿cómo no iba a ir a verla? Yo también estoy cansada de ocuparme de Chin

y de todo. Está estudiando para su examen... ¿Sabes lo importante que es este examen para ella?

—¿Cuánto tiempo piensas llevar comida a una chica que ni siquiera se presenta en casa cuando su abuela ha desaparecido?

—¿Y qué podría hacer ella? Le dije que no hacía falta que viniera. Hemos buscado por todas partes. ¿Qué podemos hacer nosotros si ni siquiera la policía ha podido encontrarla? ¿Ir de puerta en puerta, tocar el timbre y preguntar: «¿Está aquí nuestra madre?». ¿Qué puede hacer Chin cuando ni siquiera los adultos podemos hacer nada? Un estudiante tiene que acudir a clase. ¿Vamos a dejar todos de hacer lo que debemos porque madre no está aquí?

—No digas que no está aquí. Solo ha desaparecido.

—¿Y qué quieres que haga yo? ¡Bien que tú vas a trabajar!

—¿Qué? —Coge un palo de golf de una esquina y está a punto de lanzarlo a la otra punta de la habitación.

—¡Hyong-chol! —Padre está de pie en el umbral.

Hyong-chol deja el palo de golf. Padre fue a Seúl a celebrar su cumpleaños porque a sus hijos les iba mejor. Si lo hubieran celebrado, como estaba previsto, mientras estaban sentados a la mesa del restaurante de cocina coreana tradicional donde semanas atrás su mujer había hecho una reserva, mamá habría dicho: «También estamos celebrando mi cumpleaños». Pero, con la desaparición de mamá, el cumpleaños de padre se ha quedado sin celebración y la tía se hizo cargo de los ritos ancestrales del verano.

Sigue a su padre hasta el pasillo.

—Toda la culpa es mía —dice padre, volviéndose hacia la puerta de la habitación de su nieta.

Hyong-chol guarda silencio.

—No os peleéis. Sé cómo te sientes, pero pelearse no sirve de nada. Desde que tu mamá me conoció ha llevado una vida muy

dura. Pero es una persona bondadosa. Así que estoy seguro de que al menos está viva. Y si está viva tendremos noticias.

Hyong-chol se queda callado.

—Quiero irme a casa.

Padre lo mira un rato y luego entra en la habitación. Mirando la puerta cerrada, Hyong-chol se muerde el labio y siente un ardor en el pecho. Se lo frota con las manos. Está a punto de frotarse la cara con las manos, como acostumbra hacer, pero se contiene. Todavía puede sentir el suave roce de las manos de mamá. Mamá no soportaba que se frotara las manos o se encorvara. Si lo hacía delante de ella, le apartaba inmediatamente las manos o le empujaba los hombros. Si estaba a punto de agachar la cabeza, le daba una palmada en la espalda y le decía: «Un hombre ha de tener un porte digno». No ha llegado a ser fiscal. Mamá siempre dijo que ese era el sueño de Hyong-chol, y él nunca comprendió que también era el sueño de ella. Solo lo veía como un deseo de juventud que no logró hacer realidad; nunca se le ocurrió pensar que también había decepcionado las aspiraciones de mamá. Cae en la cuenta de que mamá ha vivido toda su vida creyendo que ella había sido quien le había impedido realizar ese sueño. «Lo siento, mamá. No cumplí mi promesa.» Su corazón rebosa del deseo de no hacer nada más que cuidar de mamá cuando la encuentren. Pero ya ha perdido esa oportunidad.

Se desploma de rodillas en el suelo de la salita.

3

Ya estoy en casa

Hay una chica frente a la verja azul cerrada a cal y canto, mirando.

—¿Quién eres?

Cuando carraspeas detrás de ella, se vuelve. Tiene la frente lisa y el pelo pulcramente recogido, y le brillan los ojos de alegría.

—¡Hola! —dice.

Te quedas mirándola y ella sonríe.

—Esta es la casa de tía Park So-nyo, ¿verdad?

En la placa de la casa que ha estado tantos días vacía solo se lee tu nombre. Ha pasado mucho tiempo desde la última vez que oíste a alguien llamar «tía», y no «abuela», a tu mujer.

—¿Qué quieres?

—¿No está en casa?

Guardas silencio.

—¿Es verdad que ha desaparecido?

Miras fijamente a la chica.

—¿Quién eres?

—Soy Hong Tae-hee, de la Casa de la Esperanza de Namsan-dong.

¿Hong Tae-hee? ¿La Casa de la Esperanza?

—Es un orfanato. Estaba angustiada porque hace mucho que no viene y encontré esto. —La chica te enseña el anuncio que puso tu hijo en el periódico—. He venido un par de veces para preguntar qué había ocurrido, pero la verja siempre estaba cerrada. Hoy también

pensaba que volvería con las manos vacías, pero... Solo quiero saber qué ha pasado. Tenía que leerle un libro...

Levantas la piedra que hay delante de la verja, coges la llave de su escondite y abres. Empujas la verja de la casa que lleva tanto tiempo vacía y miras esperanzado. Pero no se oye nada.

Dejas pasar a Hong Tae-hee. ¿Leerle un libro? ¿A tu mujer? Nunca has oído hablar a tu mujer de la Casa de la Esperanza ni de Hong Tae-hee. En cuanto cruza la verja, la chica llama a tu mujer. Como si no pudiera creer que de verdad ha desaparecido. Al ver que no hay respuesta, su expresión se vuelve más cautelosa.

—¿Se fue de casa?

—No, ha desaparecido.

—¿Qué?

—Desapareció en Seúl.

—¿De verdad? —Tae-hee abre mucho los ojos.

Te explica que hace más de diez años que tu mujer va a la Casa de la Esperanza para bañar a los niños, lavarles la ropa y cuidar el jardín.

¿Tu mujer?

Tae-hee dice que tu mujer es una persona muy respetada en la Casa de la Esperanza y que dona cuatrocientos cincuenta mil wones al mes. Siempre ha dado esta cantidad.

¿Cuatrocientos cincuenta mil wones al mes?

Todos los meses tus hijos juntaban seiscientos mil wones y se los enviaban a tu mujer. Al parecer creían que dos ancianos podían vivir con esa cantidad en el campo. Y no es una suma pequeña. Al principio tu mujer compartía el dinero contigo, pero a partir de cierto momento dijo que se quedaba con todo. Tú quisiste saber adónde iba a parar, pero tu mujer te pidió que no le hicieras preguntas. Dijo que tenía derecho a utilizar ese dinero porque ella había sido quien

había criado a todos tus hijos. Parecía tenerlo planeado desde hacía tiempo. De lo contrario no habría dicho: «Creo que tengo derecho a utilizar este dinero». Eso no era propio de tu esposa. Sonó como algo sacado de una teleserie. Tu mujer debió de practicar la frase ella sola varios días.

Hace años, ninguno de vuestros hijos llamó el día de los Padres, en mayo. Tu mujer fue a la papelería de la ciudad y compró dos capullos de clavel, cada uno con una cinta en la que se leía: «Gracias por darme la vida y criarme». Te encontró a un lado de la carretera y te apremió a que volvieras a casa: «¿Y si viene alguien a vernos?». La seguiste hasta casa. Ella te persuadió para que entraras y cerraras la puerta, y te prendió un clavel en la solapa. «¿Qué dirá la gente si vas por ahí sin una flor en la solapa cuando todo el mundo sabe los hijos que tenemos? Por eso los he comprado.» Ella también se prendió una flor en la ropa. Como no paraba de caérsele, la sujetó con dos alfileres. Tú te la quitaste en cuanto saliste de nuevo de casa, pero tu mujer la llevó todo el día en el pecho.

Al día siguiente no se levantó de lo mal que se encontraba. Dio vueltas en la cama durante varias noches, luego se sentó de repente y te pidió que le transfirieras tres *majigi* de tierra a su nombre. Le preguntaste la razón y ella respondió que su vida no tenía sentido. Se sentía inútil desde que sus hijos habían seguido su camino. Cuando le explicaste que todas tus tierras también eran de ella y que si solo le transferías tres *majigi* saldría perdiendo, porque eso significaría que el resto era tuyo, pareció decepcionada y dijo: «Supongo que es cierto».

Pero se mostró firme al anunciar que quería todo el dinero que os pasaban vuestros hijos. No te veías con fuerzas para llevarle la contraria cuando se ponía así. Creías que acabaríais teniendo una

fuerte discusión si lo hacías. Aceptaste con una condición. Ella se quedaría con todo el dinero, pero no te pediría más. Tu mujer respondió que por ella, bien. No parecía que se comprara ropa ni que hiciera nada especial, pero, cuando echaste un vistazo a su cartilla, viste que alguien retiraba cuatrocientos cincuenta mil wones de la cuenta el mismo día de cada mes, todo de golpe. Si el dinero se retrasaba, llamaba a Chi-hon, que se ocupaba de reunir el dinero de los hermanos y enviarlo, para recordárselo. Eso tampoco era propio de tu mujer. No le preguntaste qué hacía con el dinero porque le habías prometido que no harías preguntas, pero imaginabas que cada mes ingresaba los cuatrocientos cincuenta mil wones en alguna cuenta de ahorros para volver a dar sentido a su vida. En una ocasión buscaste una libreta de ahorros, pero no encontraste ninguna. Si es cierto lo que dice Hong Tae-hee, tu mujer ha estado donando cuatrocientos cincuenta mil wones al mes a la Casa de la Esperanza de Namsan-dong. Te sientes intimidado por tu esposa.

Hong Tae-hee dice que, más que ella, son los niños los que están esperando a tu mujer. Te habla de un niño llamado Kyun, para quien tu mujer ha sido como una madre, que está muy triste porque tu esposa ha dejado de pronto de ir al orfanato. Dice que lo abandonaron antes de que cumpliera los seis meses, sin un nombre siquiera, y que tu mujer le puso Kyun.

—¿Has dicho Kyun?

—Sí, Kyun.

Hong Tae-hee dice que Kyun empezará la secundaria el año que viene, y que tu mujer prometió comprarle un uniforme y una cartera cuando lo hiciera. Kyun. Se te hiela el corazón. Escuchas en silencio a Hong Tae-hee. No puedes creer que tu mujer lleve más de una década yendo a un orfanato y tú no te hayas enterado. Te preguntas

si tu mujer desaparecida puede ser la misma persona de la que está hablando Hong Tae-hee. ¿Cuándo iba a la Casa de la Esperanza? ¿Por qué nunca te dijo nada? Miras la foto de tu mujer del anuncio del periódico que ha traído Hong Tae-hee y entras en tu habitación. Coges un álbum escondido en el fondo de un cajón y arrancas una foto. Tu mujer y tu hija de pie en el embarcadero de una playa, sujetándose la ropa, que flamea con el viento. Tiendes la foto a Tae-hee.

—¿Estás hablando de esta persona?

—¡Oh, es la tía! —exclama Tae-hee con alegría, como si tu mujer estuviera frente a ella.

Tu mujer, entrecerrando los ojos bajo el sol, te mira.

—Has dicho que tenías que leerle. ¿A qué te referías?

—Ella hacía todos los trabajos duros de la Casa de la Esperanza. Lo que más le gustaba era bañar a los niños. Era tan eficiente que, cuando se iba, todo el orfanato relucía de lo limpio que lo había dejado. Cuando yo le preguntaba qué podía hacer para agradecérselo, ella decía que no era nada, pero en cierta ocasión trajo un libro y me pidió que cada día le leyera en voz alta durante una hora. Dijo que era un libro que le gustaba mucho, pero que ya no podía leerlo porque tenía mal la vista.

Te quedas callado.

—Es este.

Miras el libro que Hong Tae-hee saca del bolso. Es el de tu hija.

—La escritora es de aquí. He oído decir que fue a la escuela del barrio. Creo que por eso a la tía le gusta. El último libro que le leí también era de esta escritora.

Coges el libro de tu hija. *El amor colmado*. De modo que tu mujer quería leer las novelas de tu hija... Nunca te lo dijo. Y a ti nunca se te pasó por la cabeza leérselas. ¿Alguien más de la familia está al

corriente de que tu mujer no sabe leer? Recuerdas lo dolida que pareció ella, como si la hubieras insultado, el día que te enteraste. Creía que tu comportamiento con ella —marcharte de casa cuando eras más joven, gritarle a veces, responder con rudeza a sus preguntas con un «¿Por qué quieres saberlo?»— se debía a que la mirabas por encima del hombro debido a su analfabetismo. Esa no era la razón por la que actuabas así, pero, cuanto más lo negabas, más se convencía ella de que era cierto. Te preguntas si de manera inconsciente la mirabas por encima del hombro, como ella se obstinaba en creer. No tenías ni idea de que una desconocida leía a tu mujer las novelas de Chi-hon. Cuánto debía de haberle costado ocultar a esa joven que no sabía leer. Tu mujer, que deseaba desesperadamente leer las novelas de Chi-hon, no podía desvelar que la escritora era su hija, de modo que, con el pretexto de tener mal la vista, le había pedido que se las leyera en voz alta. Te escuecen los ojos. ¿Cómo pudo contenerse de presumir de hija ante esa joven?

—Qué mala persona.

—¿Cómo dice? —Hong Tae-hee te mira sorprendida.

«Si tan desesperada estaba por leer sus libros, podría haberme pedido a mí que se los leyera.» Te frotas la cara, seca y áspera, con las manos. Si tu mujer te hubiera pedido que le leyeras esa novela, ¿se la habrías leído? Antes de que desapareciera, pasabas los días sin pensar en ella. Cuando lo hacías era para pedirle algo, echarle la culpa de algo o ignorarla. Los hábitos pueden ser terribles. Hablabas educadamente con los demás, pero tus palabras se volvían hoscas cuando te dirigías a tu mujer. A veces hasta la maldecías. Actuabas como si fuera superior a tus fuerzas hablar con ella con educación. Eso es lo que hacías.

—Ya estoy aquí —murmuras hacia la casa vacía en cuanto Hong Tae-hee se va.

Lo único que querías era largarte de esta casa..., cuando eras joven, después de casarte y después incluso de tener a tus hijos. Qué aislado te sentiste cuando comprendiste que ibas a pasarte la vida en esta casa, en este aburrido pueblo del sur del país, en el mismo lugar donde habías nacido. Cuando eso ocurrió, te fuiste sin decir nada y deambulaste por el país. Pero regresaste con los ritos ancestrales, como si obedecieras órdenes genéticas. Luego te marchaste otra vez y solo regresaste a rastras cuando caíste enfermo. Un día, después de recuperarte de alguna enfermedad, aprendiste a montar en motocicleta. Volviste a irte de casa, y llevabas de paquete a una mujer que no era tu esposa. A veces creías que nunca volverías. Querías forjarte otra vida, olvidar esta casa y establecerte por tu cuenta. Pero no conseguías aguantar más de tres estaciones lejos de aquí.

Cuando las cosas desconocidas lejos de casa se convirtieron en algo corriente, todo lo que tu mujer cultivaba y criaba flotó ante tus ojos: cachorros, pollos, patatas que nunca parabas de desenterrar... y tus hijos.

Antes de que la perdieras de vista en la estación de metro de Seúl, tu mujer solo había sido para ti la madre de tus hijos. Hasta que te diste cuenta de que quizá ya no volverías a verla, era como un árbol firme, un árbol que no desaparecería hasta que no lo talaran o lo arrancaran. Después de que la madre de tus hijos desapareciera, comprendiste que era tu mujer quien había desaparecido. Tu mujer, a quien habías olvidado durante cincuenta años, estaba presente en

tu corazón. Solo después de que desapareciera se hizo tangible para ti, como si pudieras alargar una mano y tocarla.

Hasta ahora no te habías dado cuenta del estado en que se encontraba tu mujer en los dos o tres últimos años. Sumida en el aturdimiento, se sorprendía a sí misma sin recordar nada. A veces se sentaba en una calle que conocía de sobra porque era incapaz de encontrar el camino a casa. Miraba con expresión interrogante un tarro o una jarra que llevaba cincuenta años utilizando. «¿Para qué sirve esto?» Se volvió descuidada con las tareas domésticas; por toda la casa había pelusa sin barrer. A veces no era capaz de seguir el argumento de la teleserie que veía todos los días. Se olvidaba de la canción que llevaba décadas cantando, la que empezaba con: «Si me preguntas qué es el amor...». A veces tu mujer parecía no recordar quién eras. Tal vez ni siquiera quién era ella.

Pero no siempre había sido así.

Tu mujer se acordaba de algún detalle, como si hubiera recuperado algo que se estaba evaporando. Un día comentó que en cierta ocasión envolviste dinero en papel de periódico y encajaste el fajo en el quicio de la puerta antes de irte. Te dijo que, aunque entonces se calló, agradeció que le hubieras dejado esos billetes. No sabía cómo se las habría arreglado si no hubiera descubierto ese dinero envuelto en papel de periódico. En otra ocasión te recordó que teníais que haceros un nuevo retrato de familia porque en el más reciente no salía el bebé de tu hija pequeña, que había nacido en Estados Unidos.

Solo ahora te das cuenta con dolor de que cerraste los ojos ante la confusión de tu mujer.

Cuando tu mujer tenía jaqueca y perdía el conocimiento, pensabas que estaba dormida; te molestaba que se tumbara con un paño enrollado en la cabeza y se pusiera a dormir en cualquier parte. Cuando se ponía nerviosa porque no podía abrir la puerta, le decías que mirara por dónde iba. Tú, que nunca te habías parado a pensar que tenías que cuidarla, no atinabas a comprender lo confusa que se había vuelto su noción del tiempo. Cuando preparaba alguna bazofia, la echaba al comedero de la pocilga vacía, se sentaba al lado, gritaba el nombre de la cerda que habíais tenido cuando erais jóvenes y decía: «Esta vez ten tres cerditos, no solo uno... Sería tan bonito...», creías que bromeaba. Hacía mucho tiempo esa cerda había tenido una camada de tres crías. Tu mujer las vendió para comprar una bicicleta a Hyong-chol.

—¿Estás en casa? ¡Ya estoy aquí! —gritas hacia la casa vacía, y te detienes para escuchar.

Esperabas que tu mujer contestara: «¡Has vuelto!», pero la casa continúa en silencio. Cuando volvías y gritabas: «¡Ya estoy aquí!», tu mujer asomaba la cabeza donde estuviera.

Tu mujer no se cansaba de reprenderte: «¿Por qué no dejas de beber? Podrías vivir sin mí, pero no puedes vivir sin alcohol. ¡Los niños me dicen que están preocupados por ti y tú sigues sin dejar esa costumbre!». Continuaba reprendiéndote aun mientras te tendía un vaso de té de uva japonés. «Si vuelves borracho a casa otra vez, te dejaré. ¿No te dijo el médico del hospital que el alcohol era lo peor para ti? ¡Si quieres dejar de ver este bonito mundo, sigue bebiendo!»

Así se desesperaba tu mujer cuando salías a comer con tus amigos y te tomabas unas copas, como si todo su mundo se hubiera trastocado. Nunca imaginaste que un día echarías de menos esas reprimendas que te entraban por un oído y te salían por el otro.

Pero no oyes nada, y eso que después de bajar del tren hiciste una parada en un restaurante donde sirven caldo de morcilla y te tomaste una copa con la esperanza de oír sus quejas cuando entraras en casa.

Miras la caseta del perro, junto a la verja del patio lateral. Cuando se murió el viejo perro, tu mujer se sintió sola y tú fuiste a la ciudad y volviste con otro. El perro tendría que haber hecho algún ruido, pero el silencio en la casa es absoluto. No ves la cadena por ninguna parte; tu hermana, cansada de tener que ir hasta allí para llevarle la comida, debe de habérselo llevado. En lugar de cerrar la verja, la dejas de par en par; entras en el patio y te sientas en el porche. Cuando tu mujer iba sola a Seúl, te sentabas a menudo en el porche, igual que ahora. Tu mujer te llamaba desde allí para preguntarte: «¿Has comido?», y tú a tu vez le preguntabas: «¿Cuándo vas a volver?». «¿Por qué? ¿Me echas de menos?» «No —decías tú—, no te preocupes por mí. Quédate todo el tiempo que quieras esta vez.» Pero daba igual lo que dijeras; después de oírte preguntar «¿Cuándo vas a volver?», ella regresaba, fuera cual fuese el motivo que la había llevado a Seúl. Cuando la reprendías: «¿Por qué has vuelto tan pronto? ¡Te dije que te quedaras todo lo que quisieras!», tu mujer respondía: «¿Crees que he vuelto por ti? He venido para dar de comer al perro», y te lanzaba una mirada furiosa.

Volvías a casa por todo lo que tu mujer cultivaba y criaba, aunque volver a casa significara desprenderte de todo lo que habías

obtenido en distintos lugares. Cuando cruzabas esta verja, tu mujer estaba desenterrando unos ñames o haciendo levadura con una toalla sucia enrollada en la cabeza mientras observaba a Hyong-chol sentado ante su escritorio. A tu hermana le gustaba decir que tus inclinaciones nómadas eran el resultado de tu costumbre juvenil de no dormir en casa para evitar que te llamaran a filas. Sin embargo, una vez fuiste a la comisaría porque estabas cansado de esconderte. Te sacó tu tío, un detective que solo tenía cinco años más que tú. «Aunque nuestra familia esté arruinada —dijo—, el primogénito del primogénito tiene que sobrevivir.» A pesar del declive de la familia, tenías que sobrevivir para mantener la tumba familiar y supervisar los ritos ancestrales. Pero, a los ojos de tu tío, eso no era motivo suficiente para poner un dedo debajo del cortapajas y perder un nudillo: no eras tú sino tu mujer quien cuidaba de la tumba familiar y se ocupaba de los ritos ancestrales cada estación. ¿Era ese el motivo? ¿Te convertiste en un vagabundo porque te viste obligado a marcharte de casa y a dormir a la intemperie cubierto de rocío? Es posible. La costumbre de dormir en la calle podría haber explicado tus escapadas. Cuando dormías bajo techo, te angustiaba que alguien entrara por la verja y te agarrara. Una vez incluso saliste corriendo en medio de la noche como si alguien te persiguiera.

Una noche de invierno regresaste a casa y descubriste que tus hijos habían crecido de golpe. Dormían acurrucados todos juntos porque fuera hacía mucho frío. Tu mujer cogió un cuenco de arroz que había dejado en el rincón más caldeado de la habitación y puso delante de ti una mesa pequeña cubierta con un mantel. Esa noche hubo tormenta de nieve. Tu mujer tostó hojas de algas en el brasero. El olor del aceite de perilla despertó a tus hijos, quienes, uno tras otro, se apiñaron alrededor de ti. Envolviste un poco de arroz en una hoja de alga y lo pusiste en la boca de cada niño. En la

boca de tu hijo mayor, en la boca del segundo, en la boca de tu hija mayor. Antes de que llegaras a tu hija pequeña, Hyong-chol ya estaba esperando más. Comían tan deprisa que no dabas abasto preparando los bocados de arroz. El apetito de tus hijos te asustó. Te preguntaste qué ibas a hacer con todos ellos. Fue entonces cuando decidiste que debías olvidarte del mundo exterior, que no podías volver a irte de esta casa.

—¡Ya estoy aquí!

Abres la puerta del dormitorio. Está vacío. Hay unas pocas toallas en una esquina; tu mujer las dejó allí antes de que os fuerais juntos a Seúl. El resto del agua con que tomaste tus pastillas esa mañana se ha evaporado del vaso que dejaste en el suelo. El reloj de pared marca las tres de la tarde y la sombra del bambú entra en la habitación, que da al patio trasero.

—He dicho que ya estoy aquí —te dices a ti mismo, con los hombros hundidos, en la habitación vacía.

¿En qué estabas pensando cuando no hiciste caso a tu hijo, que no quería que volvieras solo, y cogiste el tren a casa? En un pequeño rincón de tu corazón persistía la esperanza de que, cuando entraras y gritaras: «¿Estás en casa? ¡Ya estoy aquí!», tu mujer te recibiría como en los viejos tiempos: «¡Ya estás aquí!», tal vez mientras limpiaba las habitaciones, troceaba verduras en el cobertizo o lavaba arroz en la cocina. Pensaste que podía suceder. Pero no hay nadie. La casa, después de tanto tiempo vacía, parece desierta.

Te levantas y abres todas las puertas.

—¿Estás ahí? —preguntas en cada una.

Abres la puerta de tu dormitorio, la de la habitación de invitados, la de la cocina y la del cuarto de la caldera. Es la primera vez que

buscas a tu mujer con tanta desesperación. ¿Te buscaba ella así cada vez que te ibas de casa? Parpadeas y abres la ventana de la cocina para mirar en el cobertizo.

—¿Estás ahí?

Pero solo ves la tarima vacía.

A veces te quedabas ahí parado y observabas a tu mujer trajinando en el cobertizo, y ella miraba en tu dirección aunque no la llamaras y preguntaba: «¿Qué? ¿Necesitas algo?». Y tú preguntabas: «¿Dónde están mis calcetines? Quiero ir a la ciudad». Y ella se quitaba rápidamente los guantes de goma y entraba a buscarlos.

Te quedas mirando el cobertizo vacío y murmuras:

—Eh..., tengo hambre. Quiero comer algo.

Cuando decías que querías comer algo, tu mujer dejaba de inmediato lo que estuviera haciendo y, aunque hubiera estado cortando pimientos, doblando hojas de sésamo o salando coles, te decía: «He cogido *fatsia* en las colinas. ¿Quieres tortas de *fatsia*? ¿Te apetecen?». ¿Por qué no eras consciente entonces de que tenías una vida tranquila y afortunada? ¿Cómo es que recibías todo lo que tu mujer hacía por ti como si fuera lo más natural y tú ni siquiera le preparaste nunca una sopa de algas? Un día tu mujer volvió del pueblo y dijo: «¿Sabes el carnicero del mercado que te cae tan bien? Pues hoy pasaba por delante de su puesto cuando su mujer me ha llamado, de modo que me he detenido y me ha ofrecido una sopa de algas, y cuando le he preguntado: "¿Qué celebramos?", me ha respondido que era su cumpleaños y que su marido le había preparado la sopa por la mañana». Tú la escuchabas, y ella añadió: «No estaba especialmente sabrosa. Pero por primera vez he tenido envidia de la mujer del carnicero».

«¿Dónde estás...?» Si tu mujer volviera, no solo le prepararías sopa de algas, sino también tortitas. «¿Me estás castigando?» Hay

charcos de agua en tus ojos.

Te ibas de casa cuando querías y volvías cuando te daba la gana; nunca se te ocurrió pensar que tu mujer se iría de verdad.

Solo después de que tu mujer desapareciera recordaste la primera vez que la viste. Fue después de que las familias acordaran que los dos os casaríais, antes de que os conocierais. La guerra había terminado gracias a un alto al fuego firmado entre el comandante de las Naciones Unidas y el comandante comunista de Panmunjom, pero el mundo estaba más agitado que durante la guerra. En aquella época, por las noches, muchos soldados de Corea del Norte salían hambrientos de sus escondites en las colinas y saqueaban los pueblos. En cuanto caía la tarde, los padres con hijas en edad casadera se apresuraban a esconderlas. Corría el rumor de que los soldados de las colinas se llevaban a las mujeres jóvenes de los pueblos. Los había que cavaban hoyos cerca de las vías del tren y escondían allí a sus hijas. Otros se apiñaban todos juntos en la misma casa. Algunos se apresuraron a casar a sus hijas. Tu mujer había vivido en Chinmoe desde que nació hasta que se casó contigo. Tenías veinte años cuando tu hermana te dijo que ibas a casarte con una joven de Chinmoe en menos de un mes. Te explicó que era una joven cuyo horóscopo congeniaba perfectamente con el tuyo. Chinmoe. Era un pueblo de montaña que quedaba a unos diez *ri* de tu pueblo. En aquella época era habitual contraer matrimonio con alguien a quien no habías visto nunca. La ceremonia se celebraría en el patio de la casa de la joven en octubre, poco después de recoger los tallos de los arrozales. Cuando se fijó la fecha de la ceremonia, la gente te tomaba el pelo cada vez que sonreías; decían que debías

de estar contento de casarte. A ti la idea ni te gustaba ni te dejaba de gustar. Como tu hermana hacía todas las tareas domésticas en tu casa, todos decían que debías darte prisa en buscar esposa. Tenía sentido, pero se te ocurrió que no podrías vivir con una mujer a la que nunca habías visto.

Nunca quisiste vivir toda tu vida trabajando la tierra en este pueblo. En una época en que había tan poca mano de obra disponible que hasta los niños iban a los campos, tú vagabas por el pueblo con tus amigos. Hiciste planes de fugarte y abrir una cervecería en una ciudad con dos amigos. No pensabas en la boda, sino en cómo reunir el dinero para abrir la cervecería; así pues, ¿qué fue lo que hizo que encaminaras tus pasos hacia Chinmoe?

Tu prometida vivía en una casa de campo con un bosque de bambú en la parte de atrás y caquis maduros que colgaban de un árbol en una esquina. Llevaba una blusa de algodón y estaba sentada en el porche bordando un fénix en un bastidor. La luz brillante se reflejaba en el tejado y en el patio, pero la expresión de la joven era sombría. De vez en cuando levantaba la vista hacia el cielo despejado de otoño y estiraba el cuello. Observó unos gansos que volaban en hilera hasta que desaparecieron. Luego se levantó y salió de la casa. Sin que nadie te viera, la seguiste hasta los campos de algodón. Tu futura suegra estaba acuclillada recogiendo algodón.

—¡Mamá! —la llamó la joven.

—¿Qué? —respondió tu futura suegra, sin mirarla.

Y siguió recogiendo algodón. El algodón blanco danzaba en el aire fresco. Estabas a punto de dar media vuelta, pero algo hizo que te acercaras más y te escondieras entre los copetes blancos.

—¡Mamá! —gritó de nuevo la joven.

—¿Qué? —respondió tu futura suegra, sin mirar.

—¿Tengo que casarme?

Aguantaste la respiración.

—¿Qué?

—¿No puedo quedarme a vivir aquí contigo?

Las flores de algodón se agitaban en la brisa.

—No.

—¿Por qué no? —En la voz de la joven había dolor.

—¿Quieres que se te lleven los hombres de las montañas?

Tu prometida guardó silencio un momento, luego se desplomó en el campo de algodón y, con las piernas estiradas, se echó a llorar. Ya no era la joven recatada y acicalada a la que habías visto bordando en el porche de la casa. Lloraba con tanta pena que, al verla, a ti también te entraron ganas de llorar. Entonces tu futura suegra salió del campo de algodón y se acercó a ella.

—Escucha, te sientes así porque todavía eres muy joven. Si no fuera por la guerra, te quedarías unos años más conmigo. Pero ¿qué podemos hacer si el mundo se ha vuelto tan aterrador? Casarse no es malo. Es algo que no puedes evitar. Naciste en las montañas y no pude llevarte a la escuela. Si no te casas, ¿qué será de ti? Cuando comparé tu horóscopo con el del novio, vi que seríais muy afortunados. No perderás ningún hijo y tendrás muchos, y todos crecerán y saldrán adelante. ¿Qué más quieres? Viniste al mundo como ser humano y tienes que vivir feliz con tu compañero. Has de tener tus hijos, amamantarlos y criarlos. Deja de llorar, deja de llorar. Te haré unas mantas del algodón más puro.

La joven siguió llorando ruidosamente y tu futura suegra le dio unas palmaditas en la espalda.

—Para, deja de llorar...

Pero tu prometida no paró y tu futura suegra también se echó a llorar.

Si no hubieras visto por pura casualidad a las dos mujeres llorando abrazadas en el campo de algodón, es posible que te hubieses marchado en octubre. Pero cuando pensabas en esa joven bordando en el porche, en la joven que había llamado a gritos a su madre en el campo de algodón, y en que algún soldado podía llevársela a las montañas sin dejar rastro, ya no podías marcharte.

Cuando volviste a la casa vacía después de que desapareciera tu mujer, dormiste durante tres días seguidos. En la casa de Hyong-chol no conseguías conciliar el sueño; por la noche te tumbabas y cerrabas los ojos. Tenías el oído tan aguzado que tus ojos se abrían al instante si alguien salía de la habitación de enfrente para ir al cuarto de baño. Durante las comidas te sentabas a la mesa por respeto a los demás, aunque no tuvieras hambre, pero en tu casa vacía no comiste nada y dormiste como un muerto.

Creías que no querías mucho a tu mujer porque te casaste con ella después de haberla visto solo una vez, pero cada vez que te ibas de casa y pasabas un tiempo fuera, ella reaparecía en tus pensamientos. Las manos de tu mujer eran capaces de criar cualquier vida. Tu familia nunca había tenido mucha suerte con los animales. Antes de que tu mujer entrara a formar parte de ella, todos los perros que habíais tenido habían muerto antes de daros una camada. Comían raticida y se caían por el retrete. Una vez, sin que nadie se diera cuenta, el perro se coló en el sistema de calefacción de debajo del suelo, tú te diste cuenta de que olía a chamuscado, lograste abrirlo y lo sacaste muerto. Tu hermana decía que tu familia no debería tener perro, pero tu mujer llegó de la casa de los vecinos con un cachorro recién nacido; le tapaba los ojos con

una mano. Creía que los perros eran tan listos que, si no les tapabas los ojos cuando te los llevabas, volvían con su madre. Dio de comer al cachorro debajo del porche, y este creció y tuvo cinco o seis crías. A veces había hasta dieciocho cachorros acurrucados debajo del porche. En primavera tu mujer camelaba a las gallinas para que incubaran los huevos y lograba que criaran treinta o cuarenta pollos, sin contar con los que capturaba algún milano negro. Cuando tu mujer esparcía semillas en el huerto, las hojas verdes brotaban con furia; tardaban menos en salir que ella en arrancar los brotes tiernos para comerlos. Plantaba y cosechaba patatas, zanahorias, ñames. Cuando plantó berenjenas de semillero, colgaron por todas partes durante el verano y entrado el otoño. Todo lo que tocaba tu mujer crecía con abundancia. No tenía tiempo para quitarse de la cabeza la toalla empapada en sudor. En cuanto asomaban las malas hierbas en los campos, sus manos las arrancaban, y cortaba las sobras de la mesa en pequeños trozos y las echaba a los cachorros. Atrapaba ranas, las hervía y hacía puré para las gallinas, y recogía los excrementos de los pollos y los enterraba en el huerto, una y otra vez. Todo lo que tocaba tu mujer se volvía fértil y florecía, crecía y daba fruto. Su don era tal que hasta tu hermana, que no se cansaba de encontrarle defectos, la llamaba y le pedía ayuda para sembrar sus campos y plantar pimientos.

El tercer día que pasas en casa, te despiertas en medio de la noche y te quedas quieto, mirando el techo. ¿Qué es eso? Tienes la mirada clavada en una caja con el símbolo del yin y el yang que hay encima del armario y te apresuras a levantarte. Te asalta el recuerdo de un día en que tu mujer se despertó al amanecer y te llamó. No

respondiste, aunque estabas despierto, porque no querías que te molestara.

—Debes de estar dormido —dijo, y soltó un suspiro—. No vivas más que yo, por favor.

Permaneciste quieto.

—Tengo tu sudario preparado. Está en esa caja del yin y el yang que hay encima del armario. El mío también está allí. Si yo me voy primero, no te asustes. Cógelo. He derrochado un poco. Los he hecho con el mejor cáñamo. Me dijeron que ellos mismos lo habían plantado y tejido. Te quedarás asombrado cuando lo veas. Es precioso.

Tu mujer murmuraba como si pronunciara un encantamiento, aunque no sabía si escuchabas.

—Cuando la tía Tamyang murió, su marido se deshizo en lágrimas. Dijo que la tía, antes de morir, le había hecho prometer que no le compraría un sudario caro. Le contó que se había planchado el *hanbok* de la boda y le había pedido que se lo pusiera cuando la mandara al otro mundo. Dijo que lamentaba irse primero, sin ver siquiera cómo se casaba su hija, y que no debía gastar dinero en ella. El tío Tamyang se inclinó hacia mí mientras me lo explicaba y lloró tanto que me dejó la ropa empapada. Me dijo que solo la había hecho trabajar mucho, y que no era justo que se muriera ahora que ya no pasaban tantas estrecheces, y que ella le había hecho prometer que no le compraría un vestido bonito ni siquiera cuando muriera. Yo no quiero hacer eso. Quiero llevar ropa bonita. ¿Quieres verla?

Como no te moviste, tu mujer volvió a suspirar profundamente.

—Tú deberías irte antes que yo. Creo que eso sería lo mejor. Dicen que las personas venimos a este mundo siguiendo un orden y nos vamos sin orden, pero deberíamos irnos en el mismo orden en que

llegamos. Como tú eres tres años mayor que yo, deberías irte tres años antes. Si eso no te gusta, vete tres días antes. Yo seguiría viviendo en esta casa y, si no pudiera arreglármelas sola, me iría a casa de Hyong-chol y les echaría una mano pelando ajos y lavando. Pero ¿qué harías tú? No sabes hacer nada. Toda la vida te ha atendido alguien. Lo estoy viendo. A nadie le gusta que un viejo callado y maloliente ocupe una habitación. Ahora somos una carga para nuestros hijos, no servimos para nada. La gente dice que se sabe en qué casa vive un viejo porque el olor llega hasta la calle. Una mujer sabe arreglárselas, pero un hombre que vive solo se vuelve patético. Por mucho que quieras tener una larga vida, no vivas más que yo. Te daré un buen entierro y te seguiré, puedo hacerlo.

Subes a una silla para coger la caja que hay encima del armario. En realidad son dos cajas. Por el tamaño, parece que la de delante es la tuya y la de detrás la de tu mujer. Son mucho más grandes de lo que te pareció cuando estabas tumbado. Ella dijo que no había visto una tela más bonita en toda su vida, que había ido muy lejos para comprarla. Abres la caja y ves ropa de cáñamo, un sudario envuelto en un algodón de un blanco deslumbrante. Deshaces todos los nudos. El cáñamo para cubrir el colchón, cáñamo para cubrir la manta, cáñamo para envolver los pies, cáñamo para envolver las manos, todo dentro, en orden. «Dijiste que me enterrarías primero y luego me seguirías...» Parpadeas y miras las fundas que deberían envolver los dedos de tus manos y de tus pies, y los de tu mujer, después de morir.

Dos niñas entran corriendo por la verja lateral y se acercan a ti gritando:

—¡Abuelo!

Son las hijas de Tae-sop, que viven cerca del arroyo. Enseguida te dejan para explorar la casa. Deben de estar buscando a tu mujer. Tae-sop, que tiene un restaurante chino en Taejon, dejó a sus dos hijas con su anciana madre, tan anciana que apenas podía cuidar de sí misma, y nunca regresó. Tal vez no le fue muy bien. Tu mujer, cuando veía a las niñas, siempre chasqueaba la lengua y decía: «Aunque Tae-sop sea como es, ¿qué clase de persona es su mujer para hacer algo así?». Los vecinos murmuraban que la mujer de Tae-sop había huido con el cocinero del restaurante. Tu mujer, no su abuela, era quien se ocupaba de que las niñas comieran. Una vez vio que no habían comido y se las llevó a casa para darles de desayunar; a la mañana siguiente las niñas volvieron con cara soñolienta. Tu mujer puso dos cucharas más en la mesa y las sentó; después de eso, las niñas venían cada día a la casa a las horas de comer. A veces llegaban antes de que la comida estuviera lista; entonces se tumbaban boca abajo a jugar, y cuando la mesa estaba puesta se acercaban corriendo y se sentaban. Se llenaban la boca como si no fueran a ver comida nunca más. Tú te quedabas pasmado, pero tu mujer se ponía de su parte, como si fueran sus nietas secretas, y decía: «Deben de tener mucha hambre para hacer eso. Ahora no es como antes, cuando pasábamos estrecheces. Es bonito tenerlas aquí, así no estamos tan solos».

Cuando las niñas empezaron a venir a las horas de todas las comidas, tu mujer preparaba un plato de berenjenas y hacía caballa al vapor incluso por la mañana. Si tus hijos llegaban de Seúl con fruta o un pastel, los guardaba hasta que las niñas asomaban la cabeza por la puerta a eso de las cuatro de la tarde. Las niñas enseguida empezaron a esperar un tentempié, además de las tres comidas, y tu mujer dio por hecho que debía dárselo. No

comprendes cómo se las arreglaba para darles de comer cuando Pyong-sik, el dueño de la tienda del pueblo, tuvo que acompañarla un día a casa porque la había encontrado sentada en la parada del autobús sin saber cuál debía coger para volver a casa. O cuando se fue al huerto a coger *adlay* y Ok-chol la encontró sentada en los campos más allá de las vías del tren. ¿Qué habían comido las niñas en su ausencia? Tú no te acordaste de ellas mientras estuviste en Seúl.

—Abuelo, ¿dónde está la abuela? —te pregunta la niña mayor, después de mirar en el pozo, en el cobertizo y en el patio trasero, y de abrir incluso las puertas de todas las habitaciones.

Es la mayor la que hace la pregunta, pero la pequeña se acerca derecha a ti a la espera de una respuesta. Te entran ganas de preguntar lo mismo. ¿Dónde está realmente? ¿Sigue en este mundo? Les dices que esperen, rascas un poco de arroz del tarro, lo lavas y lo echas en la arrocera eléctrica. Las niñas corren por la casa y abren las puertas de todas las habitaciones. Como si en algún momento tu mujer fuera a salir de una de ellas. Titubeas, no sabes cuánta agua echar porque nunca habías hecho eso antes; añades media taza más y aprietas el interruptor.

Aquel día, en el metro que salió de la estación de Seúl, ¿cuántos minutos tardaste en darte cuenta de que tu mujer no estaba contigo en ese vagón en movimiento? Diste por hecho que había subido detrás de ti. Cuando el metro se detuvo en la estación de Namyong y volvió a ponerse en marcha, se apoderó de ti un terror repentino. Antes de que pudieras examinar siquiera la causa de ese sentimiento, la desesperación por haber cometido un grave error que ya no era posible subsanar te atenazó el alma. El corazón te latía con tanta fuerza que podías oírlo. Temías mirar atrás. En cuanto te volviste, golpeando sin querer el hombro de la persona que

estaba a tu lado, y se confirmó que habías dejado a tu mujer en la estación de Seúl, que te habías subido al metro y este había salido sin ella, comprendiste que tu vida había sufrido un daño irreparable. No tardaste ni un minuto en darte cuenta de que tu vida se había descarrilado debido a tus rápidos andares, debido a tu costumbre de caminar siempre delante de tu mujer durante todos esos años de matrimonio, primero cuando eras joven, y luego ya mayor, así durante cincuenta años. Si en el momento en que subías al vagón te hubieras vuelto para asegurarte de que te seguía, ¿habrían acabado así las cosas? Los comentarios que tu mujer hizo durante años... Tu mujer, que siempre se quedaba atrás cuando ibais juntos a alguna parte, te seguía con la frente perlada de sudor y gruñía a tus espaldas: «Podrías ir un poco más despacio, a mi ritmo. ¿Qué prisa tenemos?», y que, si por fin te parabas para esperarla, sonreía avergonzada y decía: «Voy demasiado despacio, ¿verdad?».

Te decía: «Lo siento, pero ¿qué diría la gente si nos viera? Si nos vieran, a nosotros que vivimos juntos, caminar uno siempre tan delante y el otro tan atrás, pensarían: "Esos deben de odiarse tanto que no pueden andar el uno al lado del otro". No es bueno causar esta impresión. No te cogeré de la mano ni nada parecido, pero ve un poco más despacio. ¿Qué harás si me pierdes de vista?».

Debía de saber que pasaría eso. Lo que más veces te repitió tu mujer desde que la conociste a los veinte años fue que caminaras más despacio. ¿Por qué no le hiciste caso si se pasó toda la vida pidiéndotelo? Te parabas y la esperabas, pero nunca caminabas a su lado como ella quería..., ni una sola vez.

Desde que tu mujer desapareció, cada vez que piensas en tus rápidos andares te parece que el corazón te va a estallar.

Toda tu vida has caminado delante de tu mujer. A veces doblabas una esquina sin siquiera mirar atrás. Cuando tu mujer te llamaba, le preguntabas refunfuñando por qué caminaba tan despacio. Y así pasaron cincuenta años. Cuando la esperabas, ella se detenía a tu lado, con las mejillas encendidas, y decía con una sonrisa: «De todos modos, me gustaría que fueras más despacio». Diste por hecho que así sería el resto de vuestra vida. Pero desde aquel día en que abandonaste la estación de Seúl a bordo del vagón de metro, ese día que ella estaba solo unos pasos detrás de ti, tu mujer no te ha alcanzado.

Levantas una pierna, la que te han operado de artritis, y la apoyas en la barandilla del porche mientras observas cómo las niñas devoran el arroz poco cocido con solo *kimchi* para acompañar. Después de la operación, se acabaron los dolores y los problemas de circulación, pero no puedes doblar la pierna izquierda.

—¿Quieres que te ponga una compresa caliente?

Casi puedes oír a tu mujer preguntártelo. Sus manos moteadas de oscuras manchas de sol, sus manos que ponían una olla con agua a hervir, sumergían una toalla en el agua caliente y te la ponían sobre la rodilla aunque no respondieras. Cada vez que veías sus manos amorfas apretando la toalla sobre tu rodilla, esperabas que viviera al menos un día más que tú. Esperabas que, al morir, las manos de tu mujer te cerraran los ojos, te lavaran el cuerpo ya frío frente a tus hijos y te pusieran el sudario.

—¿Dónde estás? —gritas a tu mujer desaparecida, a la que se quedó atrás, en cuanto se van las niñas después de comer, con una pierna apoyada en el porche de la casa vacía.

Gritas tratando de no sucumbir a los sollozos que han estado trepando por tu garganta desde que tu mujer desapareció. No

podías gritar ni llorar delante de tus hijos ni tus nueras, pero ahora, debido a la rabia o lo que sea que sientes, las lágrimas se deslizan por tus mejillas, incontenibles. Lágrimas que no brotaron cuando tus vecinos enterraron a tus padres, que murieron con solo dos días de diferencia cuando el cólera hizo estragos en el pueblo. No tenías ni diez años y no pudiste llorar aunque querías. Después del entierro, bajaste de la montaña tiritando de frío y miedo. Lágrimas que no rodaron por tu cara durante la guerra. Tu familia tenía una vaca. De día, mientras los soldados surcoreanos estaban apostados en tu pueblo, arabas los campos con esa vaca. En esa época, los soldados norcoreanos bajaban de las montañas al amparo de la noche y se llevaban a personas y vacas. Cuando se ponía el sol, ibas a la ciudad con la vaca, la atabas junto a la comisaría y dormías apoyado en el estómago del animal. Al amanecer regresabas al pueblo con ella y arabas los campos. Una noche no fuiste a la comisaría porque creías que los soldados norcoreanos habían abandonado la región, pero mientras dormías invadieron el pueblo y trataron de llevarse al animal. No soltaste a la vaca, aunque te dieron patadas y te golpearon. Corriste tras ella, apartaste de un empujón a tu hermana, que intentaba impedírtelo, y cuando te golpearon con la culata de un rifle no lloraste. Tú, que no derramaste una sola lágrima cuando te tiraron con otros aldeanos a un arrozal anegado, acusado de reaccionario porque tu tío era detective; tú, que no lloraste cuando una lanza de bambú te atravesó el cuello..., estás llorando con desconsuelo. Te das cuenta de lo egoísta que eras al desear que tu mujer te sobreviviera. Y que fue tu egoísmo lo que te hizo pasar por alto que estaba muy enferma. En un rincón de tu corazón debías de saber que tu mujer, que a menudo parecía dormir cuando llegabas a casa por la noche, solo tenía los ojos cerrados porque el dolor de cabeza era demasiado fuerte. Pero no le dabas muchas vueltas. En

algún momento te diste cuenta de que tu mujer salía para dar de comer al perro, pero en cambio se encaminaba hacia el pozo, o que salía de casa, pero al llegar a la verja se detenía en seco porque no se acordaba de adónde iba, hasta que se daba por vencida y volvía a entrar. Te limitaste a observarla cuando entraba a rastras en la habitación, lograba con gran esfuerzo encontrar una almohada y se echaba con el entrecejo fruncido. Siempre eras tú el que se quejaba de alguna dolencia y tu mujer la que te cuidaba. Cuando ella alguna vez te decía que le dolía el estómago, tú eras la clase de persona que replicaba: «Y a mí la espalda». Si caías enfermo, tu mujer te ponía una mano en la frente, te frotaba el estómago, iba a la farmacia para comprar medicinas y te preparaba potaje de judías mungo. Pero, cuando ella no se encontraba bien, te limitabas a decirle que se tomara algo.

Te das cuenta de que nunca le ofreciste a tu mujer ni un vaso de agua tibia cuando no podía retener los alimentos durante días, con el estómago revuelto.

Todo empezó cuando vagabas por el país empeñado en tocar los tambores tradicionales. Dos semanas después volviste a casa y tu mujer acababa de dar a luz a tu hija. Tu hermana, que la había asistido, dijo que había sido un parto fácil, pero tu mujer tenía diarrea. Tan fuerte que estaba pálida y los pómulos se le marcaban mucho a pesar de que acababa de tener un bebé. Su estado no mejoraba. Te pareció que no se curaría a menos que hicieras algo. Diste dinero a tu hermana para que comprara un remedio de medicina china.

Sentado en el porche de la casa vacía, lloras cada vez más.

De pronto caes en la cuenta de que esa fue la única vez que compraste un medicamento para tu mujer. Tu hermana compró tres paquetes del remedio chino, lo hirvió y se lo dio. Después, cuando tu mujer tenía problemas de estómago, siempre decía: «Si hubiera tenido otros dos paquetes del remedio chino me habría curado».

A tus parientes les gustaba tu mujer. Cuando iban a veros, tú te limitabas a decirles hola cuando llegaban y adiós cuando se marchaban, pero tus numerosos parientes iban a tu casa por tu mujer. Todo el mundo decía que su comida rebosaba cariño. Aunque solo fuera al huerto a buscar verduras para hacer sopa de pasta de judías y un plato de col salada, la gente lo devoraba todo con avidez y elogiaba la sopa de pasta de judías y la col salada. Tus sobrinos pasaban con vosotros las vacaciones escolares y, cuando se iban, decían que habían engordado tanto que no podían abrocharse el uniforme. Todo el mundo decía que el arroz de tu mujer engordaba. Cuando tus vecinos y tú plantabais arroz en tus arrozales, y tu mujer les llevaba pez sable con arroz y patatas nuevas para almorzar, todos dejaban de trabajar para llenarse la boca de comida. Incluso la gente que pasaba por allí se detenía a comer. Los vecinos se peleaban por ayudar en tus campos. Decían que, cuando comían la comida de tu mujer, se quedaban tan ahítos que podían hacer el doble de trabajo antes de volver a tener hambre. Si un vendedor de melones o de ropa se asomaba por la verja mientras comíais, tu mujer era la clase de persona que lo invitaba a sentarse y comer. Tu mujer, que compartía alegremente la comida con los desconocidos, se llevaba bien con todo el mundo menos con tu hermana.

Cuando tu mujer tenía problemas de estómago, se quejaba como si el agravio hubiera ocurrido el día anterior. «Me habría ido tan bien tomar dos paquetes más del remedio chino. Hasta tú dijiste que

necesitaba dos dosis más porque acababa de dar a luz y tenía que recuperarme. Pero tu hermana repuso con cara larga: "¿Para qué quieres más? Ya es suficiente". Y no me trajo más. Si hubiera tomado otros dos paquetes, ahora no estaría pasando por todo esto.» Pero tú no te acordabas de nada. Y, aunque ella siempre estaba con la misma cantinela, nunca le compraste el remedio cuando tenía diarrea.

«Debería haber tomado más medicina. Ahora nada me hace efecto.» Cuando tu mujer tenía diarrea, dejaba de comer. Tú no entendías cómo alguien podía estar sin comer durante días. Cuando eras joven hacías la vista gorda; solo cuando te hiciste algo mayor le preguntaste si no debería comer algo. Ella respondió con aire desgraciado: «Los animales no comen cuando están enfermos. Las vacas, los cerdos... cuando están enfermos dejan de comer. También los pollos. El perro no come cuando está enfermo. Si está enfermo, no mira la comida ni aunque le ofrezca algo rico, cava un hoyo delante de la caseta y se tumba encima. Unos días después se levanta y entonces come. Las personas somos iguales. Tengo el estómago mal, y la comida, aunque esté buenísima, dentro de mí es como veneno».

Cuando la diarrea no se le cortaba, molía caquis secos y comía una cucharada. Se negaba a ir al hospital. No hacía caso cuando le decías: «¿Cómo van a curarte unos caquis secos? Ve al hospital, a que te vea el médico, y compra un medicamento en la farmacia». Al final, si insistías, replicaba: «¿No te he dicho que no voy a ir al hospital?», y no dejaba que volvieras a sacar el tema.

Un año te fuiste de casa en verano y cuando volviste en invierno encontraste un bulto en el pecho izquierdo de tu mujer. Le comentaste que no era normal, pero ella ni se inmutó. Solo cuando el pezón se le hundió y le supuró, la llevaste al hospital de la ciudad,

con la toalla de faena todavía enrollada en la cabeza. En el momento no pudieron deciros qué era, pero la examinaron y os dijeron que tardarían diez días en tener los resultados. Tu mujer suspiró. ¿Qué pasó durante esos diez días? ¿Qué estabais haciendo tan importante para que no pudieseis ir a recoger los resultados? ¿Por qué pospusisteis el momento de saber qué le pasaba? Cuando finalmente le salió un absceso en el pezón, cogiste a tu mujer y la llevaste de nuevo al hospital. El médico dijo que tenía cáncer de mama.

«¿Cáncer?» Tu mujer dijo que era imposible: no tenía tiempo para quedarse en la cama enferma, tenía demasiadas cosas que hacer. El médico explicó que tu mujer no encajaba con el perfil de persona con riesgo de contraer cáncer de mama: no había tenido hijos a una edad avanzada, había amamantado a sus cinco hijos, no había tenido el período demasiado joven, pues le vino el mismo año en que se casó contigo, y no comía carne (de hecho, no se la podía permitir). Pero en el pecho izquierdo de tu mujer crecían células cancerígenas. Si hubieras regresado para saber los resultados de inmediato, no habrían tenido que quitarle el pecho. Después de la operación, con el torso todavía vendado, tu mujer plantó patatas. Al enterrarlas en el campo, que ya no era tuyo porque lo habías vendido para pagar la operación, declaró: «¡Nunca volveré a un hospital!». No solo se negaba a ir a un hospital, sino que tampoco dejaba que te acercaras a ella.

Poco antes de que fuerais a Seúl para celebrar tu cumpleaños, tu mujer volvió a tener problemas de estómago. Te preocupó que hiciera el viaje encontrándose tan débil, pero ella te pidió que fueras a la ciudad y compraras plátanos, pues había oído hablar de un remedio. Antes de que os fuerais a Seúl, se comió una mezcla de dos caquis secos y medio plátano en tres comidas seguidas. Aunque nunca se había quedado en cama durante más de una semana

después de dar a luz, ese problema de estómago la tuvo en cama diez días. Y empezó a olvidar las fechas de los ritos ancestrales. Cuando hacía *kimchi*, de pronto se detenía y se quedaba ahí sentada mirando el vacío. Si le preguntabas qué pasaba, decía: «No sé si he puesto ajo o no...». Cogía una cazuela llena de pasta de judías fermentadas con las manos desnudas y se quemaba. Tú pensabas: «Ya no es joven». Pensabas: «A mí se me pasan los días sin siquiera acordarme de los tambores tradicionales, que tanto me gustaban. A esta edad nuestro cuerpo ya no responde del mismo modo». Pensabas: «Ya va siendo hora de que algo se estropee». Dabas por sentado que los achaques eran un compañero constante a esa edad y creíste que tu mujer también pasaba por esa fase.

—¿Estás en casa?

Abres los ojos de golpe al oír la voz de tu hermana. Por un momento crees que es la voz de tu mujer, aunque sabes muy bien que solo tu hermana se presentaría en tu casa a una hora tan temprana.

—¡Voy a entrar! —grita, y abre la puerta de tu dormitorio.

Lleva una bandeja con un cuenco de arroz y varios platos de acompañamiento, todo cubierto con un trapo blanco. Deja la bandeja en un extremo de la habitación y te mira. Vivió aquí contigo hasta que hace cuarenta años se construyó una casa junto a la carretera nueva, y desde entonces se despierta al amanecer, fuma un cigarrillo, se alisa el pelo, se lo sujeta con una horquilla y se va a tu casa; da una vuelta alrededor a la luz del amanecer y vuelve a la suya. Tu mujer siempre oía los pasos de tu hermana rodeando la casa desde el patio delantero al patio lateral y hasta el trasero. Los pasos de tu hermana eran el sonido que despertaba a tu mujer.

Gruñía, se daba la vuelta, murmuraba: «Ha vuelto», y se levantaba. Tu hermana solo daba una vuelta alrededor de tu casa y se iba. Tal vez quería comprobar que seguía intacta. Cuando era joven perdió a sus dos hermanos mayores al mismo tiempo, luego perdió a sus padres con dos días de diferencia, y durante la guerra casi te perdió a ti. Después de casarse, en lugar de ir ella a la casa de sus suegros, su marido vino a vivir a tu pueblo. La herida de la pérdida de su joven marido en un incendio doméstico poco después de casarse arraigó en lo hondo de su ser y se convirtió en un gran árbol, tan grande que no podía talarse.

—¿Ni siquiera te molestas en dormir en tu estera?

Los ojos de tu hermana, que solían ser feroces y resueltos como los de una joven viuda sin hijos, ahora parecen cansados. Su pelo, pulcramente peinado y sujeto con una horquilla, está del todo blanco. Es ocho años mayor que tú, pero tiene una postura más erguida. Se sienta a tu lado, saca un cigarrillo y se lo pone entre los labios.

—¿No habías dejado de fumar? —preguntas.

Sin responder, tu hermana lo enciende con un mechero con el nombre de un bar de la ciudad y da una calada.

—El perro está en mi casa. Puedes traértelo si quieres.

—Déjalo allí de momento. Creo que debo volver a Seúl.

—¿Qué vas a hacer allí?

No contestas.

—¿Por qué has vuelto solo? ¡Deberías haberla encontrado y traído de vuelta!

—Pensé que tal vez me estaría esperando aquí.

—Si hubiera vuelto, yo te habría llamado de inmediato, ¿no crees?

Te quedas callado.

—¿Cómo puedes ser tan inútil? ¿Cómo puede perder un marido a su esposa? ¿Cómo has podido volver aquí como si nada cuando esa pobre mujer está por ahí sola?

Miras a tu hermana de pelo blanco. Nunca la habías oído hablar así de tu mujer. Tu hermana siempre chasqueaba la lengua con desaprobación. Durante los dos años que siguieron a tu boda le dio la lata porque no se quedaba embarazada, pero, cuando tu mujer tuvo a Hyong-chol, tu hermana dijo con desdén: «Tampoco es que haya hecho nada del otro mundo». Vivió con tu familia durante los años en que tu mujer tenía que moler el grano en el mortero de madera para todas las comidas y ni una sola vez se ofreció a ayudarla. Pero cuidó de ella cuando dio a luz.

—Quería decirle varias cosas antes de morirme. ¿A quién voy a decírselas ahora si ella no está? —se queja tu hermana.

—¿Qué querías decirle?

—No son solo un par de cosas...

—¿Te refieres a lo mezquina que eras con ella?

—¿Te dijo ella que era mezquina?

Miras a tu hermana sin reírte siquiera. «¿Me estás diciendo que no lo eras?» Todo el mundo se daba cuenta de que tu hermana se comportaba más como una suegra que como una cuñada. Todo el mundo lo pensaba. Tu hermana no soportaba oír eso. Afirmaba que las cosas debían ser así porque no había ningún mayor en la familia. Es posible.

Tu hermana saca otro cigarrillo de la pitillera y se lo lleva a los labios. Se lo enciendes. La desaparición de tu mujer debe de haberla empujado a fumar otra vez. Aunque te cuesta recordarla sin un cigarrillo en la boca. Lo primero que hace cada mañana cuando se despierta es buscar a tientas uno, y a lo largo del día busca los cigarrillos antes de ponerse a hacer algo, antes de ir a alguna parte,

antes de comer, antes de acostarse. En tu opinión, fumaba demasiado, pero nunca le dijiste que lo dejara. En realidad, no podías. Cuando la viste justo después de que su marido muriera en el incendio, estaba mirando fijamente la casa quemada, fumando. Se quedó ahí sentada, fumando un cigarrillo tras otro, sin llorar ni reír. En lugar de comer o dormir, fumaba. Tres meses después del incendio te llegaba el olor a tabaco antes de acercarte a ella, lo llevaba impregnado en los dedos.

—Ya no viviré mucho. —Tu hermana decía eso desde que había cumplido los cincuenta—. Todos estos años, la vida que me ha tocado en suerte me ha parecido bastante... dura y triste. ¿Qué me queda? No tengo hijos ni nada. Cuando murieron nuestros hermanos pensé que debería haber muerto yo en lugar de ellos, pero luego murieron nuestros padres y, aunque me quedé en estado de shock, pude cuidar de ti y de Kyun. Parecía que nos habíamos quedado solos en el mundo. Y, como mi marido murió en ese incendio antes de que pudiera cogerle cariño..., tú no eres solo mi hermano, también eres mi hijo. Mi hijo y mi amor...

Seguramente era cierto.

Si no, cuando estuviste postrado en cama, medio paralizado por un infarto cerebral en la mediana edad, tu hermana no habría cruzado los campos para recoger el rocío de la cosecha en primavera, verano y otoño porque había oído decir que, si uno bebía cada día un bol de rocío del amanecer, se curaba. Para llenar un bol de rocío antes de que saliera el sol, se despertaba en medio de la noche y esperaba a que se hiciera de día. Por esa época tu mujer dejó de quejarse de ella y empezó a tratarla con respeto, como si fuera realmente su suegra. «¡No creo que yo pudiera hacer eso por ti!», te decía con una mirada llena de asombro.

—Antes de morir, quería decirle que lamento tres cosas —continúa tu hermana.

—¿Qué cosas?

—Que lamento lo de Kyun, y la vez que le chillé por talar el albaricoquero, y no haberle comprado más remedio cuando tuvo problemas de estómago...

Kyun. Guardas silencio.

Tu hermana se levanta y señala la bandeja cubierta con el trapo blanco.

—Ahí te dejo comida. Cómela cuando tengas hambre. ¿Te apetece ahora?

—No, aún no tengo hambre. Acabo de despertarme.

Tú también te levantas. Sigues a tu hermana mientras recorre la casa. La casa, sin los cuidados de las manos de tu mujer, está cubierta de polvo. Tu hermana quita el polvo de las tapas de los tarros al salir por el patio trasero.

—¿Crees que Kyun fue al cielo? —pregunta de pronto.

—¿Por qué hablas de él?

—Kyun también debe de estar buscándola. De pronto lo veo en mis sueños. Me pregunto cómo sería ahora de haber vivido.

—¿Qué quieres decir? Sería viejo, como tú y como yo.

Cuando tu mujer de diecisiete años se casó contigo, que tenías veinte, tu hermano pequeño Kyun estaba en sexto. Era un niño inteligente que destacaba entre sus compañeros. Era perspicaz, abierto, guapo y sacaba buenas notas. Cuando la gente pasaba por su lado, se volvía para mirarlo y se preguntaba quién sería la afortunada familia que lo tenía de hijo. Pero debido a vuestras estrecheces económicas no pudo seguir estudiando, aunque os lo suplicó a tu hermana y a ti. Casi puedes oírlo: «Por favor, mándame

a la escuela, hermano. Por favor, mándame a la escuela, hermana». Cada día lloraba a mares pidiéndoos que lo llevarais a la escuela. Habían pasado unos años desde la guerra, pero vuestra situación era lamentable; erais increíblemente pobres. A veces piensas en esos tiempos como si fueran un sueño. Sobreviviste de milagro después de que te clavaran una lanza de bambú en el cuello, pero te encontrabas en una situación desesperada como primogénito de una gran familia, responsable de dar de comer a todos. Tal vez por eso querías irte de esta casa, por lo difícil que era todo. Era difícil conseguir comida, y más aún llevar a tu hermano a la escuela. Al ver que tu hermana y tú no le hacíais caso, él acudió a tu mujer.

—Por favor, cuñada, mándame a la escuela. Por favor, mándame a la escuela. Te compensaré durante toda mi vida.

Tu mujer te preguntó:

—Si lo desea tan desesperadamente, ¿no deberíamos mandarlo a la escuela como fuera?

—¡Yo tampoco pude ir! Al menos él ha podido acabar la primaria —replicaste tú.

Tú no pudiste ir por tu padre. Después de haber perdido a sus dos hijos mayores en una epidemia, tu padre, que era médico de medicina china, no te dejaba ir a ninguna parte donde hubiera mucha gente, ya fuera la escuela o cualquier otro lugar. Tu padre, sentado contigo rodillas con rodillas, te enseñó los caracteres chinos.

—Llevémoslo a la escuela —insistió tu mujer.

—¿Cómo?

—Podríamos vender el jardín.

Cuando tu hermana oyó esto, gritó:

—¡Vas a ser la ruina de esta familia!

Y mandó a tu mujer de vuelta a su pueblo natal.

Diez días después, borracho, tus pies te llevaron a la casa de tus suegros por la noche. Recorriste el camino de montaña tambaleándote y, cuando llegaste a la casa, te paraste cerca de la ventana iluminada de la habitación trasera, la más cercana al bambú. No fuiste con la idea de llevarte contigo a tu mujer. Fue el vino de arroz lo que te guio hasta allí, el *makgoli* que te ofreció un vecino después de haberle ayudado a arar sus campos. Aunque no eras tú el que había mandado a tu mujer de vuelta a su pueblo, no podías entrar en la casa de tus suegros así sin más, como si no hubiera pasado nada. De modo que te quedaste ahí, apoyado en la pared de tierra. Oíste hablar a tu suegra y a tu mujer, como hacía no mucho en los campos de algodón. Tu suegra alzó la voz y dijo:

—¡No vuelvas a esa maldita casa! Ve por tus cosas y deja a esa familia.

Tu mujer, sorbiendo ruidosamente, insistió:

—Aunque me muera, voy a volver a esa casa. ¿Por qué iba a dejarla? ¡También es mi casa!

Te quedaste apoyado contra la pared hasta que la luz del amanecer se abrió paso en el bosque de bambú. Cuando tu mujer salió para preparar el desayuno, la agarraste. Se había pasado toda la noche llorando y sus grandes ojos oscuros e inocentes estaban tan hinchados que se habían convertido en dos rendijas. Cogiste la mano de tu mujer y tiraste de ella hacia el bosque de bambú, de vuelta a casa. Cuando pasasteis el bosque, le soltaste la mano y caminaste delante de ella. El rocío te mojaba los pantalones. «¡Ve un poco más despacio!», te decía tu mujer entre jadeos, quedándose a la zaga.

Cuando llegasteis a casa, Kyun echó a correr hacia tu mujer.

—¡Cuñada! ¡Cuñada! Te prometo que no iré a la escuela. ¡Pero no vuelvas a irte!

Tenía los ojos llenos de lágrimas; había renunciado a su sueño. A partir de ese momento se dedicó a ayudar a tu mujer en las tareas de la casa. Cuando trabajaban en los campos de la colina y no podía ver a tu mujer detrás de los altos tallos, gritaba: «¡Cuñada!», y tu mujer respondía: «¿Sí?». Y Kyun sonreía y volvía a gritar: «¡Cuñada!». Kyun gritaba y tu mujer respondía, y Kyun gritaba de nuevo y ella volvía a responder. Los dos acababan así la jornada en la colina, llamando y respondiendo. Kyun era un compañero fiel para tu mujer cuando tú te ibas de casa. Cuando se hizo más fuerte, araba los campos con la vaca en primavera y cosechaba el arroz en otoño antes que nadie. A finales de otoño iba a primera hora al huerto de las coles y las recogía todas. En esos tiempos la gente descascarillaba el arroz sobre esteras de paja en los mismos arrozales. Cada mujer montaba una especie de cepillo, un artilugio con dientes metálicos sujeto a un bastidor de madera de cuatro patas, y pasaba los tallos a través de él para que los granos saltaran. Todas las aldeanas tenían su cepillo; iban a los campos de la familia a la que le tocaba trillar ese día, los instalaban y separaban el grano hasta la caída del sol. Un año, Kyun, que había crecido casi diez centímetros desde el año anterior, fue a trabajar a la cervecería de la ciudad. Con su primera paga compró un cepillo y lo llevó a casa para regalárselo a tu mujer.

—¿Para qué es ese cepillo? —preguntó ella.

Kyun sonrió.

—Tu cepillo es el más viejo del pueblo. Ni siquiera parece que pueda tenerse en pie.

Tu mujer te había comentado que su cepillo era tan viejo que le costaba más que a las demás mujeres desprender el grano y que quería uno nuevo. Pero sus palabras te habían entrado por un oído y salido por el otro. Pensabas: «Su cepillo está bien, ¿qué sentido

tiene comprar uno nuevo?». Tu mujer agarró el cepillo nuevo que Kyun le había comprado y se enfadó con él, o tal vez contigo.

—¿Por qué me haces este regalo cuando ni siquiera pudimos llevarte a la escuela?

—No es nada —dijo él, colorado.

Kyun se llevaba bien con tu mujer. Tal vez la veía como una madre. Después de regalarle el cepillo, cada vez que tenía dinero compraba cosas para la casa. Cosas que tu mujer necesitaba. Fue él quien le compró la fuente de níquel.

—Es lo que utilizan las otras mujeres —explicó, un poco avergonzado—. Mi cuñada es la única que lleva un pesado cubo de caucho.

Tu mujer preparaba distintas clases de *kimchi* y utilizaba la fuente de níquel para llevar el almuerzo a los campos. Después de usarla, la limpiaba y la guardaba encima del armario. La utilizó hasta que el níquel se gastó y se volvió blanca.

Te levantas bruscamente y entras en la cocina. Abres la puerta trasera y miras la estantería hecha de palos de esa habitación multiusos. Hay varias mesitas con las patas plegadas. En un extremo está la vieja fuente de níquel.

Cuando tu mujer dio a luz a tu segundo hijo, tú no estabas en casa. Kyun estuvo con ella. Más tarde te enteraste de lo que ocurrió. Era invierno, hacía frío y no había leña. Para tu mujer, que estaba acostada en una habitación helada después de dar a luz, Kyun cortó el viejo albaricoquero del patio. Echó los troncos al horno de debajo del suelo de la habitación y los prendió. Tu hermana irrumpió en el dormitorio y amonestó a tu mujer, preguntándole cómo había sido

capaz de hacer algo así: talar un árbol de la familia cuando decían que si lo hacías sus miembros empezaban a morir.

—¡Lo he hecho yo! —gritó Kyun—. ¿Por qué la acusas a ella?

Tu hermana agarró a Kyun por el cuello.

—¿Te ha dicho ella que lo cortes? ¡Idiota! ¡Estúpido!

Pero Kyun no se dejó amedrentar. Sus grandes ojos oscuros brillaban en su cara pálida.

—¿Querías que se muriera de frío en una habitación helada después de tener un bebé? —preguntó.

Poco después de ese incidente, Kyun se fue de casa para ganar dinero. Estuvo fuera cuatro años. Cuando volvió, sin un penique, tu mujer lo recibió con cariño. Pero Kyun había cambiado durante su ausencia. Se había convertido en un joven robusto, pero ya no había vida en sus ojos y parecía deprimido. Cuando tu mujer le preguntaba qué había hecho y dónde había estado, él no respondía. Ni siquiera le sonreía. Tú simplemente pensaste que el mundo exterior no lo había tratado bien.

Fue en el lugar donde estaba el albaricoquero. Hacía unos veinte días que Kyun había vuelto a casa. Tu mujer entró corriendo en el almacén de la ciudad donde estabas jugando una partida de yut; estaba pálida. Insistió en que a Kyun le pasaba algo, que tenías que volver de inmediato a casa. Pero tú estabas inmerso en la partida y le dijiste que fuera yendo. Tu mujer se quedó ahí parada un momento, perpleja, luego tiró de la estera de paja donde estabais jugando la partida de yut y le dio la vuelta.

—¡Se está muriendo! —gritó—. ¡Se está muriendo! ¡Tienes que venir!

Tu mujer se comportaba de una forma tan extraña que empezaste a caminar hacia la casa con un nudo en el estómago.

—¡Deprisa! ¡Deprisa! —gritaba tu mujer, que iba delante. Era la primera vez que te adelantaba; corría.

Kyun yacía en el lugar donde antes se alzaba el albaricoquero. Se retorcía, le salía espuma por la boca, tenía la lengua fuera.

—¿Qué le pasa?

Miraste a tu mujer, pero estaba abrumada de dolor.

Como fue tu mujer quien encontró a Kyun en ese estado, tuvo que acudir varias veces a la comisaría de policía. Antes de que determinaran la causa de su muerte, el rumor de que había envenenado a su cuñado con pesticida se extendió hasta el pueblo vecino.

—¡Has matado a mi hermano pequeño! —le gritó tu hermana, con los ojos enrojecidos.

Tu mujer no perdió la calma mientras los detectives le hacían preguntas.

—Si creen que lo maté yo, enciérrenme.

Una vez un agente tuvo que llevarla a casa porque se negaba a irse de la comisaría y suplicaba que la encerraran. Tu mujer, en su dolor, se mesaba el pelo y se agarraba el pecho. Abría la puerta, corría al pozo y bebía agua helada. Mientras tanto tú corrías como un loco por las colinas y los campos gritando el nombre de tu hermano muerto: «¡Kyun! ¡Kyun!». El ardor en el pecho se extendió y no podías soportar el calor de tu cuerpo. «¡Kyun!» Hubo un tiempo en que los muertos no hablaban y los que se quedaban atrás se volvían locos.

Ahora te das cuenta de lo cobarde que fuiste. Has vivido toda tu vida amontonando tu dolor sobre tu mujer. Kyun era tu hermano, pero era tu mujer quien necesitaba consuelo. Sin embargo, como te negabas a hablar de ello, la dejaste de lado.

Aunque estaba destrozada por el dolor, fue tu mujer quien se ocupó de contratar a alguien para que enterrara a Kyun. Pasaron los años y tú nunca preguntaste los detalles.

—¿No quieres saber dónde está enterrado? —preguntaba ella a veces.

Tú guardabas silencio. No querías saber.

—No estés resentido con él por haberse marchado de ese modo... Eres su hermano. Además, no tenía padres. Debes ir a visitarlo. Ojalá pudiéramos darle un nuevo entierro en la tumba de nuestros antepasados.

—¿De qué me serviría saber dónde está enterrado ese cabrón? —gritabas.

Una vez que los dos caminabais por una carretera, tu mujer se detuvo.

—La tumba de Kyun está cerca de aquí. ¿Quieres ir? —preguntó.

Fingiste no oírla. ¿Por qué la heriste de ese modo? Hasta hace dos años, el día del aniversario de la muerte de Kyun tu mujer preparaba comida y se la llevaba a la tumba. Bajaba de las colinas oliendo a *soju* y con los ojos enrojecidos.

Después de lo de Kyun tu mujer cambió. Si antes era alegre, dejó de sonreír. Cuando lo hacía, la sonrisa desaparecía enseguida. Antes se dormía en cuanto se acostaba, cansada del trabajo en los campos, pero ahora pasaba las noches en vela. No volvió a dormir profundamente hasta que tu hija menor se hizo farmacéutica y le recetó somníferos. Tu pobre mujer, que ni siquiera podía dormir. Tal vez tu mujer desaparecida todavía tiene somníferos por disolver en el cerebro. La vieja casa había sido reconstruida dos veces desde la muerte de Kyun. Cada vez que la reconstruíais, tirabas los trastos

viejos que habíais amontonado en un rincón. Pero tu mujer se ocupaba de la fuente de níquel; no quería que nadie le pusiera las manos encima. Tal vez temía que se mezclara con las demás cosas y se perdiera. La fuente de níquel era lo primero que llevaba a la carpa improvisada donde vivíais mientras reconstruían la casa. En cuanto la terminaban, lo primero que ella hacía era llevar dentro la fuente de níquel y ponerla en un estante de la nueva casa.

Hasta que tu mujer desapareció, no se te ocurrió pensar que tu silencio acerca de Kyun debió de hacerla sufrir. Pensabas: «¿Qué sentido tiene hablar del pasado?». Cuando tu hija te comentó: «El médico ha preguntado si mamá ha sufrido alguna vez un profundo shock. ¿Hay algo que yo no sepa?», tú negaste con la cabeza. Cuando tu hija añadió: «El médico ha recomendado que vaya a un psiquiatra», la interrumpiste con: «¿Quién necesita un psiquiatra?». Siempre pensaste en Kyun como en algo que tenías que olvidar con los años, y te parecía que por fin lo habías logrado. Incluso tu mujer, después de cumplir los cincuenta, dijo: «Ya no veo a Kyun en mis sueños. Tal vez ha logrado llegar al cielo». Y pensaste que ella también lo había superado. Pero en los últimos años había empezado a hablar de nuevo de él. Y tú que creías que lo había olvidado.

Hace unos meses, tu mujer te despertó en plena noche.

—¿Crees que Kyun no lo habría hecho si lo hubiéramos mandado a la escuela? —Luego susurró, casi para sí—: Cuando nos casamos, Kyun fue tan bueno conmigo... Yo era su cuñada, pero no pude mandarlo a la escuela a pesar de que se moría por ir. No creo que haya conseguido llegar al cielo todavía.

Tú gruñiste y te diste la vuelta, pero tu mujer siguió hablando:

—¿Por qué lo hiciste? ¿Por qué no lo mandaste a la escuela? ¿No te sentías fatal cuando lloraba de ese modo porque no podía estudiar? Prometió que encontraría el modo de continuar si lo matriculábamos.

Tú no querías hablar con nadie acerca de Kyun. Kyun también era una cicatriz en tu alma. Aunque el albaricoquero ya no estaba, recordabas muy bien dónde había muerto. Sabías que tu mujer a veces se quedaba mirando fijamente ese lugar. No querías hurgar en tu herida. En la vida había cosas peores.

Carraspeas un par de veces.

Solo cuando desapareció tu mujer pensaste que esa noche deberías haber hablado con franqueza sobre Kyun con ella. Kyun seguía viviendo en su corazón a medida que se vaciaba. En medio de la noche, tu mujer corría al cuarto de baño, se acuclillaba junto al retrete y alargaba las manos como si tratara de apartar a alguien, gritando: «¡No fui yo! ¡No fui yo!». Si le preguntabas si había tenido una pesadilla, parpadeaba y te miraba sin comprender, como si no se acordara. Eso sucedía cada vez más a menudo.

¿Por qué no te paraste a pensar en las veces que tu mujer tuvo que ir a declarar a la comisaría, o en el rumor que corrió de que ella lo había matado? ¿Por qué solo ahora comprendes que Kyun podría tener algo que ver con las jaquecas de tu mujer? Deberías haberla escuchado, al menos una vez. Deberías haberle dejado decir lo que quería decir. Los años de silencio, después de haberle echado la culpa y de no haberle dejado hablar siquiera de ello..., toda esa presión podía haberla empujado hacia el dolor. Cada vez más a menudo la encontrabas parada en algún lugar, desorientada. «No consigo recordar qué iba a hacer», decía. Aunque a veces la jaqueca era tan fuerte que apenas podía andar, se negaba a ir al hospital. Te

insistió en que no dijeras nada a tus hijos sobre sus dolores de cabeza. «¿Para qué? Están ocupados.»

Cuando se enteraron, ella lo encubrió diciendo: «Ayer tuve una, pero ahora estoy bien». Una vez se sentó en la cama en medio de la noche y cuando hiciste un ruido te preguntó con cara pétrea: «¿Por qué te has quedado conmigo todos estos años?». Aun así, siguió preparando salsas y cogiendo ciruelas japonesas para hacer jugo. Los domingos iba a la iglesia sentada detrás de ti en la moto, y a veces proponía que fuerais a comer fuera; decía que quería comer comida preparada por otro en algún lugar donde sirvieran mucho *panchan*. Cuando la familia habló de juntar todos los ritos ancestrales en un día, ella dijo que esperaran a que le tocara ocuparse de ellos a la mujer de Hyong-chol, que ella llevaba toda la vida preparándolos de uno en uno y seguiría haciéndolo así mientras viviera. Pero, a diferencia de antes, ahora se olvidaba de cosas para la mesa del rito ancestral y tenía que ir cuatro o cinco veces a la ciudad. Diste por sentado que eso podía pasarle a cualquiera.

Al amanecer suena el teléfono. «¿Tan temprano?» Lleno de esperanza, te apresuras a contestar.

—¿Padre?

Es tu hija mayor.

—¿Padre?

—Sí.

—¿Por qué has tardado tanto en ponerte? ¿Por qué no has contestado al móvil?

—¿Qué ha pasado?

—Me quedé de piedra cuando te llamé ayer a casa de Hyong-chol... ¿Por qué has vuelto a casa? Deberías habérmelo dicho. No

puedes irte así sin más y no contestar al teléfono.

Tu hija debe de haberse enterado hace poco de que has vuelto a casa.

—Estaba durmiendo.

—¿Durmiendo? ¿Todo el tiempo?

—Supongo.

—¿Qué vas a hacer ahí solo?

—Por si viene aquí.

Tu hija se queda callada. Tragas saliva, tienes la garganta seca.

—¿Quieres que vaya?

De todos tus hijos, Chi-hon es la que más energía ha puesto en buscar a tu mujer. En parte probablemente porque está soltera. El farmacéutico de Yokchon-dong fue la última persona que llamó para decir que había visto a alguien como tu mujer. Tu hijo puso más anuncios en el periódico, pero no ha habido más pistas. La policía dijo que había hecho todo lo posible y que solo podían esperar que alguien llamara, pero tu hija iba cada noche de un servicio de emergencia a otro y comprobaba todos los pacientes sin familia.

—No... Solo llama si te enteras de algo.

—Si prefieres no estar solo, vuelve enseguida, padre. O pídele a la tía que se quede contigo.

La voz de tu hija suena extraña. Como si hubiera estado bebiendo. Parece que arrastre las palabras.

—¿Has estado bebiendo?

—Solo un par de copas. —Está a punto de colgar.

¿Bebiendo hasta el amanecer? Pronuncias su nombre con apremio. Ella responde en voz baja. La mano con que agarras el teléfono está húmeda. Te flaquean las piernas.

—Ese día tu madre no se encontraba lo bastante bien para ir a Seúl. No deberíamos haber ido... El día anterior tuvo jaqueca y metió

la cabeza en un recipiente lleno de hielo. Si alguien la llamaba, no lo oía. Por la noche la encontré con la cabeza dentro del congelador. Le dolía muchísimo. Aunque se olvidó de preparar el desayuno, dijo que teníamos que ir a Seúl... Todos estabais esperándonos. Pero yo debería haberle dicho que no. Creo que con la edad estoy perdiendo el juicio. Una parte de mí pensó: «Esta vez, en Seúl, la obligaremos a ir al hospital». Tal como estaba, debería haberla agarrado, pero yo no la trataba como a una persona enferma, y en cuanto llegamos a Seúl me adelanté... Salió el viejo hábito. Eso fue lo que ocurrió. —Las palabras que no podías pronunciar delante de tus hijos han brotado de tu boca.

—Padre...

Escuchas.

—Creo que todo el mundo se ha olvidado de mamá. No llama nadie. ¿Sabes por qué a mamá le dolía tanto la cabeza ese día? Porque yo soy mala. Así me lo dijo. —Tu hija arrastra las palabras.

—¿Eso te dijo?

—Sí... Creía que no podría ir a la fiesta de cumpleaños, así que llamé desde China y le pregunté qué hacía y ella me dijo que estaba poniendo licor en una botella. Para el pequeño. Ya sabes cuánto le gusta beber. No sé. No valía la pena, pero me enfadé mucho. Mi hermano tiene que dejar de beber... Mamá iba a llevar licor porque es algo que le gusta a su niño. De modo que le dije: «No lo lleves. Si bebe y monta una escena, será culpa tuya. Así que, por favor, sé lista». Mamá dijo con un hilo de voz: «Tienes razón», y luego dijo que iría a la ciudad y compraría unos pasteles de arroz, siempre trae pasteles de arroz para tu cumpleaños. Y yo le dije: «No lo hagas. Total, nadie se los come, nos los llevamos a casa y los metemos en el congelador». Le pedí que no se comportara como una pueblerina y que fuera a Seúl sin llevar nada. Me preguntó si era verdad que

metíamos los pasteles de arroz en el congelador, y yo dije: «Sí, todavía tengo unos cuantos de hace tres años». Y ella se echó a llorar. Le pregunté: «Mamá, ¿por qué lloras?», y ella dijo: «Eres mala». Le había dicho todo eso para que las cosas le resultaran más fáciles. Cuando me dijo que era mala creo que perdí un poco la cabeza. Hacía mucho calor en Pekín ese día. Me enfadé tanto que grité: «¡Vale! ¡Espero que te alegres de tener una hija mala! ¡Muy bien, soy mala!». Y le colgué.

Permaneces callado.

—Mamá no soporta que le gritemos..., y nosotros siempre lo hacemos. Quería llamarla otra vez para disculparme, pero me olvidé porque estaba haciendo un millón de cosas a la vez: comer, ver la ciudad, hablar con gente. Si hubiera llamado y me hubiera disculpado, a ella no le habría dolido tanto la cabeza... y habría podido seguirte.

Tu hija está llorando.

—¡Chi-hon!

Ella guarda silencio.

—Tu madre se sentía muy orgullosa de ti.

—¿Qué?

—Si salías en el periódico, doblaba la hoja, la metía en el bolso y la sacaba y la miraba una y otra vez... Si se encontraba con alguien en la ciudad, sacaba la hoja y presumía de ti.

Chi-hon calla.

—Si alguien le preguntaba qué hacía su hija, decía que escribía palabras. Tu madre pidió a una chica del orfanato de la Casa de la Esperanza de Namsan-dong que le leyera tu libro en voz alta. Tu madre sabía qué escribías. Cuando esa chica le leía tu libro, a tu madre se le iluminaba la cara y sonreía. De modo que, pase lo que pase, tienes que seguir escribiendo bien. Siempre hay un momento

adecuado para decir algo... Me he pasado la vida sin hablar con tu madre. O perdía la oportunidad o daba por hecho que ella ya lo sabía. Ahora siento que podría decirlo todo, pero no hay nadie que me escuche. ¿Chi-hon?

—¿Sí?

—Por favor..., cuida de tu madre.

Acercas más el auricular al oído y escuchas los tristes sollozos de tu hija. Sus lágrimas parecen correr por el cable del teléfono. Se te llena la cara de lágrimas. Aunque todo el mundo lo olvide, tu hija lo recordará. Que tu mujer amaba realmente el mundo y que tú la amabas a ella.

4

Otra mujer

Hay tantos pinos aquí...

¿Cómo es posible que exista un barrio así en esta ciudad? Está tan bien escondido... ¿Ha nevado hace poco? Hay nieve en las ramas. Déjame ver, hay tres pinos delante de tu casa. Es como si ese hombre los hubiera plantado aquí para que yo me siente. Oh, no puedo creer que esté hablando de él. Pasaré a visitarte a ti primero y luego iré a verlo a él. Eso haré. Creo que es lo que debo hacer.

Los apartamentos y el estudio donde viven tus hermanos me parecen todos iguales. Es difícil distinguir unos de otros. ¿Cómo es que todos son idénticos? ¿Cómo pueden vivir en espacios iguales? Creo que estaría bien que vivieran en casas diferentes. ¿No sería agradable tener un cobertizo y una buhardilla? ¿No sería agradable vivir en una casa donde los niños tuvieran lugares en los que esconderse? Tú solías esconderte en el desván, lejos de tus hermanos, que querían mandarte a hacer toda clase de recados. Ahora hasta en el campo están brotando bloques de pisos iguales entre sí. ¿Has subido hace poco al tejado de nuestra casa? Desde allí se ven todos los edificios altos de la ciudad. Cuando erais pequeños, nuestro pueblo ni siquiera tenía una línea de autobús. Tiene que ser peor en esta ajetreada ciudad, cuando hasta en el campo empieza a ser así. Solo desearía que los edificios no fueran todos iguales. Parecen tan idénticos que no sé adónde ir. No consigo dar con los

apartamentos y el estudio de tus hermanos. Ese es mi problema. A mis ojos, todos tienen la misma entrada y la misma puerta, pero todo el mundo se las arregla para encontrar el camino a casa, incluso en plena noche. Incluso los niños.

Tú, en cambio, vives aquí, y esto es muy agradable.

Por cierto, ¿dónde estamos? Puam-dong en Chongno-gu, en Seúl... ¿Esto es Chongno-gu? Chongno-gu... Chongno-gu... ¡Ah, Chongno-gu! La primera casa que compró tu hermano mayor cuando se casó estaba en Chongno-gu. Tongsung-dong en Chongno-gu. Me dijo: «Madre, esto es Chongno-gu. Me pongo contento cada vez que escribo mi dirección. Chongno es el centro de Seúl, y ahora estoy viviendo aquí. ¡Un paleto de campo ha logrado llegar hasta Chongno!». Él lo llamaba Chongno-gu, pero vivía en una escuálida casa de alquiler en una empinada colina llamada algo así como Naksan. Cuando subí hasta allí arriba llegué sin aliento. «¿Cómo puede haber un lugar así en esta ciudad? ¡Es más campestre que nuestro pueblo!», pensé. Pero eso mismo digo de donde vives tú. ¿Cómo puede existir un lugar así en esta ciudad?

El año pasado, cuando volviste a Seúl después de pasar tres años en el extranjero, te llevaste un chasco cuando con el dinero que teníais no pudisteis alquilar el apartamento donde habíais vivido. Pero supongo que entonces encontrasteis este barrio.

Es como un pueblo en el campo. Hay un café y una galería de arte, pero también un molino. He visto que hacen pasteles de arroz. Me he quedado mirando un buen rato porque me recordaba los viejos tiempos. ¿Ya es casi Año Nuevo? Había un montón de gente haciendo esos pasteles blancos y alargados. ¡Incluso en esta ciudad hay un barrio donde hacen pasteles de arroz cuando llega Año Nuevo! En Año Nuevo llevaba un gran cubo de arroz al molino para

hacer pasteles. Me echaba el aliento en las manos heladas y esperaba mi turno.

Pero no debe de ser muy práctico vivir aquí con tres hijos. Y debe de ser muy pesado para tu marido ir a trabajar a Sollung cada día. ¿Tienes un mercado cerca?

Una vez me dijiste: «Cuando voy al mercado tengo la sensación de que compro un montón, pero todo se acaba tan deprisa... He de comprar tres Yoplait si quiero darle uno a cada niño. Eso significa que, si quiero tener para tres días, ¡he de comprar nueve, mamá! Asusta pensarlo. Compro un montón y al momento ha desaparecido todo». Extendiste los brazos para demostrarme cuánto. Es normal, claro, tienes tres hijos.

Tu hijo mayor, con las mejillas rojas por el frío, está a punto de apoyar la bicicleta en la verja y entrar cuando se lleva un susto. Abre la verja y grita:

—¡Mamá!

Ahí estás: sales por la puerta delantera con una chaqueta de punto gris y un bebé en brazos.

—¡Mamá! ¡El pájaro!

—¿El pájaro?

—¡Sí, delante de la verja!

—¿Qué pájaro?

Tu hijo mayor está señalando la verja sin decir nada. Le pones la capucha a tu bebé para que no coja frío y te acercas. En el suelo hay un pájaro gris. Está cubierto de manchas oscuras de la cabeza a las alas. Las alas parecen completamente heladas, ¿verdad? Sé que estás pensando en mí mientras lo miras. Por cierto, cariño, cuántos pájaros hay alrededor de tu casa... ¿Cómo puede haber tantos?

Estos pájaros de invierno dan vueltas alrededor de tu casa y no dicen ni pío.

Hace unos días viste una urraca temblando debajo de tu membrillo y, pensando que tenía hambre, entraste, cogiste unas migas del pan que estaban comiendo tus hijos y las tiraste debajo del árbol. También pensaste en mí entonces. Recordaste que yo solía vaciar un cuenco de arroz pasado debajo del caqui para los pájaros que se posaban en sus desnudas ramas invernales. Por la tarde, más de veinte pájaros se refugiaron debajo del membrillo, donde habías esparcido las migas de pan. Había un pájaro con las alas tan grandes como la palma de tu mano. Desde entonces, todos los días tiras migas debajo del membrillo para los pájaros de invierno hambrientos. Pero este pájaro está delante de la verja, no debajo del membrillo. Sé qué especie es. Es un chorlito gris. Qué extraño... Son pájaros que vuelan en bandadas. ¿Qué hace aquí? Son pájaros que viven cerca del mar. Los vi en Komso, donde vivía ese hombre. Vi chorlitos grises buscando algo que comer en las marismas, cuando bajaba la marea.

Te quedas inmóvil frente a la verja y tu hijo mayor te sacude el brazo.

—¡Mamá!

Guardas silencio.

—¿Está muerto?

No respondes. Solo miras el pájaro con cara sombría.

—¡Mamá! ¿Está muerto? —pregunta tu hija, que sale al oír el alboroto.

Pero tú no contestas.

Suena el teléfono.

—¡Mamá, es la tía!

Debe de ser Chi-hon. Le coges el teléfono a tu hija.

Se te nubla la cara.

—¿Qué vamos a hacer si tú te vas?

Chi-hon tiene que coger otra vez un avión. Las lágrimas brotan. Creo que también te tiemblan los labios. De pronto gritas en el teléfono:

—Todos sois demasiado... ¡sois demasiado!

Cariño, tú no eres así. ¿Por qué le gritas a tu hermana?

Incluso cuelgas de un porrazo. Eso es lo que hace tu hermana contigo y conmigo. El teléfono vuelve a sonar. Lo miras largo rato y, como no para de sonar, contestas.

—Lo siento, hermana. —Tu voz se ha calmado. Escuchas en silencio lo que tu hermana te dice. Entonces tu cara se pone roja. Gritas de nuevo—: ¿Qué? ¿Santiago? ¿Un mes? —Te pones aún más roja—. ¿Me estás pidiendo permiso? ¿Por qué me lo pides si ya has decidido ir? ¿Cómo puedes hacernos esto? —La mano con que agarras el teléfono está temblando—. Hay un pájaro muerto frente a mi verja. Acabo de tener un mal presentimiento. ¡Creo que a mamá le ha pasado algo! ¿Por qué no la hemos encontrado todavía? ¿Por qué? ¿Y cómo puedes irte ahora? ¿Por qué todos os comportáis así? ¿Tú también vas a comportarte así? ¡No sabemos dónde está mamá con este frío gélido y todos hacéis lo que os da la gana!

Cariño, cálmate. Tienes que entender a tu hermana. ¿Cómo puedes decir eso cuando sabes por lo que ha pasado en los últimos meses?

—¿Qué? ¿Quieres que me ocupe yo? ¿Yo? ¿Qué crees que puedo hacer con tres niños? Estás huyendo, ¿verdad? Porque es una carga demasiado grande. Siempre has sido así.

Cariño, ¿por qué estás haciendo esto? Parecía que lo estabas llevando bien. Has vuelto a colgar de un porrazo y estás llorando. El bebé llora contigo. La nariz se le pone roja. Incluso la frente. La niña también está llorando. Tu hijo mayor sale de su habitación y os encuentra a los tres llorando. Vuelve a sonar el teléfono. Te apresuras a contestar.

—Hermana... —Te caen las lágrimas de los ojos—. ¡No te vayas! ¡No te vayas, hermana!

Al final intenta tranquilizarte. No lo consigue, de modo que dice que va para allí. Cuelgas y te quedas ahí quieta, con la vista baja. El bebé trepa hasta tu regazo. Lo abrazas. La niña te acaricia la mejilla. Le das unas palmaditas en la espalda. Tu hijo mayor se inclina sobre sus deberes de matemáticas delante de ti, para que te pongas contenta. Le acaricias el pelo.

Chi-hon empuja la verja y entra.

—¡Oh, Yun! —dice, y te coge el bebé de los brazos.

El bebé, que es tímido con la gente, trata de zafarse de su tía y volver contigo.

—Quédate conmigo un poquito —dice ella mientras trata de acunar al bebé, que se echa a llorar.

Chi-hon te lo devuelve. Una vez en los brazos de su mamá, el bebé sonríe a su tía; las lágrimas le cuelgan todavía de las pestañas. Chi-hon sacude la cabeza y le acaricia la cara. Las dos hermanas estáis sentadas en silencio. Chi-hon, que ha venido a todo correr a pesar de la nieve porque no conseguía calmarte por teléfono, ahora no dice nada. Tiene un aspecto horrible: la cara hinchada, los ojos abultados. Parece que hace mucho que no duerme bien.

—¿Vas a irte? —preguntas a tu hermana después de un largo silencio.

—No.

Chi-hon se tumba en el sofá boca abajo, como si acabara de soltar una pesada carga. Está tan cansada que no puede con su cuerpo. Pobrecilla. Finge ser fuerte, pero por dentro es muy frágil. ¿Qué está haciendo, agotándose de este modo?

—¡Hermana! ¿Estás dormida?

Le sacudes el hombro, pero luego la acaricias. Miras a tu hermana dormida. Incluso cuando os peleabais de pequeñas, las dos os calmabais enseguida. Cuando entraba a regañaros, estabais dormidas cogidas de la mano. Vas a buscar una manta a tu dormitorio y la tapas con ella. Chi-hon frunce el entrecejo. Qué inconsciente. ¿Cómo ha conducido hasta aquí con lo cansada que está?

—Lo siento, hermana... —murmuras, y Chi-hon abre los ojos y te mira.

—Ayer conocí a su madre —dice como si hablara consigo misma—. La mujer que sería mi suegra si nos casáramos. Está viviendo con su hija. Su hija tiene un pequeño restaurante llamado Swiss. Está soltera. La madre es muy menuda y tranquila. Sigue a la hija a todas partes; la llama «hermana». La hija le da de comer, la acuesta y la lava diciendo: «Qué bien te portas», y la madre empezó a llamarla «hermana». Su hermana me dijo: «Si es por nuestra mamá que no te casas, no te preocupes». Me dijo que seguiría viviendo con ella, comportándose como si fuera su hermana mayor. Que se iba a tomar unas vacaciones en enero, pero que lo había arreglado todo para que su mamá se quedara en una residencia. Ese es el único momento en que yo debo ir a verla, cuando ella no esté. Me contó que desde hace veinte años se toma un mes de vacaciones en enero, con los beneficios del restaurante. Parecía contenta, aunque su propia madre la llamara «hermana». Sonrió y dijo: «Mi mamá me

ha cuidado hasta ahora; ha habido una inversión de papeles. Es lo justo». —Hace una pausa y te mira—. Dime algo sobre mamá.

—¿Sobre mamá?

—Sí, algo sobre mamá que solo sepas tú.

—Nombre: Park So-nyo. Fecha de nacimiento: 24 de julio de 1938. Aspecto: baja, pelo entrecano con permanente, pómulos marcados, la última vez que se la vio llevaba una camisa azul celeste, una chaqueta blanca y una falda plisada beige. Vista por última vez...

Los ojos de Chi-hon se vuelven más pequeños hasta cerrarse, empujados hacia el sueño.

—No sé de mamá —dices—. Solo sé que ha desaparecido.

Tengo que irme, pero parece que no puedo. Se me ha ido todo el día aquí sentada.

Oh, no.

Sabía que iba a pasar. Parece una escena sacada de una comedia. Dios mío, qué caos. ¿Cómo puedes reírte en esta situación? Tu hijo mayor te está diciendo algo, se está poniendo el gorro. ¿Qué dice? Ah, quiere ir a esquiar. Le dices que no puede. Llevas diciéndoselo desde que os mudasteis aquí. No ha podido evitar quedarse atrás en los estudios y estas vacaciones tiene que estudiar con papá para asegurarse de que podrá seguir bien las clases cuando vuelva al colegio. Si no lo hace, será muy difícil que pase curso. Mientras se lo explicas, el pequeño, que acaba de aprender a andar, está a punto de comerse el arroz que ha caído de la mesa. Debes de tener ojos en las manos. Estás hablando con tu hijo mayor, pero con las manos estás apartando del niño el arroz mezclado con polvo. Se echa a llorar, pero luego se aferra a tus piernas. Le coges con soltura una mano justo cuando está a punto de caerse mientras le explicas al mayor por qué tiene que estudiar.

—¡Quiero volver! —grita él, mirando alrededor, tal vez sin escucharte—. ¡No me gusta vivir aquí!

La niña sale corriendo de la habitación.

—¡Mamá!

Lloriquea porque tiene el pelo enredado. Te pide que le hagas una trenza, deprisa, porque tiene que ir al colegio. Te pones a peinarla sin dejar de hablar con tu hijo mayor.

Cielos, los tres niños cuelgan de ti en este momento.

Mi querida hija, los escuchas a los tres a la vez. Tu cuerpo está entrenado para atender sus necesidades. Sientas a tu hija a la mesa y la peinas, y cuando tu hijo mayor te dice que aun así quiere ir a esquiar, prometes hablar con su papá, y al ver que el pequeño se ha caído al suelo, dejas rápidamente el cepillo para ayudarlo a levantarse y le limpias la nariz, luego coges de nuevo el cepillo y acabas de peinar a tu hija.

Te vuelves para mirar por la ventana. Me ves posada en el membrillo y tus ojos se clavan en los míos.

—Nunca había visto ese pájaro —murmuras.

Tus hijos también me miran.

—¡Quizá es un pariente del que encontramos ayer muerto delante de la verja, mamá! —La niña te coge de la mano.

—No..., ese pájaro no era como este.

—¡Sí, sí que lo era!

Ayer enterrasteis al pájaro muerto debajo del membrillo. El mayor cavó un hoyo y la mediana hizo una cruz de madera. El pequeño armó mucho follón. Tú recogiste el pájaro, le plegaste las alas y, cuando lo pusiste en el hoyo que había cavado tu hijo mayor, tu hija dijo: «¡Amén!». Después llamó a su papá al trabajo y le explicó el funeral: «¡Le he hecho una cruz de madera, papá!».

El viento ha derribado la cruz de madera.

Mientras oyes cotorrear a tus hijos, te acercas a la ventana para mirarme mejor. Tus hijos te siguen hasta la ventana y me miran fijamente. Oh, dejad de mirarme, niños. Perdonadme, pero cuando nacisteis me preocupé más por vuestra madre que por vosotros. La niña me mira; tiene el pelo pulcramente trenzado. Cuando tú naciste, nieta mía, tu mamá no pudo darte de mamar. Cuando dio a luz a tu hermano mayor, salió del hospital una semana después, pero contigo hubo complicaciones y estuvo ingresada más de un mes. Yo cuidé de tu mamá entonces. Cuando tu otra abuela fue a verla al hospital, tú llorabas, y tu abuela le dijo a tu mamá que te diera de mamar para que dejaras de llorar. Viendo cómo tu mamá te ponía en su pecho aunque no tenía leche, te miré furiosa, apenas una recién nacida. Incluso eché a tu abuela de la habitación, te cogí de los brazos de tu madre y te di una palmada en el trasero. La gente dice que, cuando un bebé llora, la abuela paterna dice: «El bebé llora, tiene hambre», y la abuela materna dice: «El bebé llora tanto que está agotando a su madre». Yo era así. Tal vez no te acuerdes, pero te gustaba más tu otra abuela. Cuando me veías, decías: «¡Hola, abuela!». Pero cuando veías a tu otra abuela gritabas: «¡Abu!», y corrías a sus brazos. Yo me sentía culpable cada vez; pensaba que seguramente sabías que te había pegado en el trasero poco después de nacer.

Estás tan mayor y tan guapa...

Mira tu espesa melena negra. Cada trenza es una buena mata de pelo, como cuando tu mamá era pequeña. Yo nunca pude hacerle trenzas a tu mamá. Ella quería llevar el pelo largo, pero yo siempre se lo cortaba por encima de los hombros. No tenía tiempo para

sentarla en mis rodillas y cepillarle el pelo. Es posible que tu mamá esté cumpliendo a través de ti su deseo de la niñez de llevar trenzas largas. Me está mirando, pero su mano te acaricia el pelo. Se le han enturbiado los ojos. Dios mío, está pensando en mí otra vez.

Escucha, cariño. ¿Puedes oírme con este estruendo? He venido a pedirte perdón.

Por favor, perdóname por la cara que puse cuando regresaste a Seúl con el tercer bebé en los brazos. El día que me miraste sorprendida y balbuceaste: «¡Mamá!» es como un peso en mi corazón. ¿Por qué? ¿Porque no tenías pensado tener un tercer hijo? ¿O porque te dio vergüenza decirme que esperabas otro hijo cuando tu hermana mayor ni siquiera se había casado todavía? Por la razón que fuera, ocultaste el hecho de que esperabas un tercer hijo en esas tierras lejanas, sufriste tú sola los mareos matinales, y solo cuando estabas a punto de dar a luz nos anunciaste que ibas a tener un hijo. Yo no hice nada para ayudarte cuando lo tuviste, y cuando regresaste te dije: «¿En qué estabas pensando? ¿En qué estabas pensando para tener un tercer hijo?».

Lo siento, cariño. Os pido disculpas a ti y al bebé. Es tu vida, y tú eres mi hija, una hija con una asombrosa capacidad de concentración cuando se trata de resolver problemas. Por supuesto que encontrarás una solución a tu situación. Olvidé por un momento quién eras cuando te dije eso. También siento todas las caras que ponía sin darme cuenta cada vez que te veía después de que regresaras de Estados Unidos. Estabas tan ocupada... Te iba a ver de vez en cuando y siempre estabas ocupada persiguiendo a los niños. Recogías ropa del suelo, les dabas de comer, levantabas a un niño caído, cogías la cartera del colegio de tu hijo mayor cuando llegaba a casa y lo abrazabas cuando corría hacia ti gritando:

«¡Mamá!». Estuviste ocupada preparando comida para tus hijos hasta un día antes de entrar en el quirófano para que te extirparan un quiste del útero. No sabes lo triste que me puse cuando fui a tu casa para cuidar de tus hijos y abrí la puerta de la nevera. Había comida para cuatro días ordenada en los estantes. Con los ojos hundidos, me explicaste: «Mamá, mañana dales lo que hay en el estante de arriba, pasado mañana lo que hay debajo...». Eres esa clase de persona. La clase de persona que tiene que hacerlo todo con sus propias manos. Por eso, cuando tuviste el tercer bebé, te dije: «¿En qué estabas pensando?». La víspera de la operación, recogí la ropa que te habías quitado y dejado fuera del cuarto de baño mientras te duchabas. Había goterones de jugo de ciruela en la camisa, las mangas estaban deshilachadas, las costuras de los pantalones holgados se estaban abriendo, los tirantes del viejo sostén tenían millones de puntitos, y no se sabía cuál era el estampado de las braguitas, si flores, gotas de agua u ositos, solo eran salpicaduras de color. A diferencia de tu hermana, siempre habías sido una niña pulcra y aseada. La niña que se lavaba las zapatillas blancas solo por una manchita del tamaño de un guisante. Me pregunté por qué habías estudiado tanto si ibas a acabar viviendo así. Cariño, hija mía. Recuerdo cuánto te gustaban los niños cuando eras pequeña. Eras la clase de niña que daba sin pensarlo su comida al hijo del vecino si te parecía que la quería. Incluso de pequeña, cuando veías a un niño llorar, te acercabas a él, le secabas las lágrimas y lo abrazabas. Me había olvidado por completo de que eras así. Me afectaba verte con ropa vieja y el pelo recogido atrás, absorta en criar a tus hijos, sin pensar siquiera en volver a trabajar. Estoy hablando del día en que te dije: «¿Cómo puedes vivir así?» mientras fregabas el suelo del dormitorio de rodillas. Por favor, perdóname por haber dicho eso. Aunque entonces no me pareció

que entendieras de qué hablaba. Al final dejé de ir a tu casa. No quería verte vivir así cuando habías recibido una buena educación y tenías un talento que otros envidiarían. ¡Mi querida hija! Coges el toro por los cuernos, sin huir, y siempre sales adelante. Pero a veces me enfadaba por la vida que habías escogido.

Cariño.

Por favor, recuerda que siempre fuiste una fuente de felicidad para mí. Eres mi cuarta hija. Nunca te lo he dicho, pero, para ser exactos, eres la quinta. Antes de ti hubo un bebé que se fue al otro mundo al nacer. Tu tía me asistió en el parto, me dijo que era un niño, pero que no lloró. Tampoco abrió los ojos. Nació muerto. Tu tía se ofreció a buscar a alguien para que lo enterrara, pero no quise. Tu padre no estaba en casa entonces. Me pasé cuatro días encerrada en mi habitación con el bebé muerto. Era invierno. Por la noche, la nieve se reflejaba en el papel de mora de la ventana. El quinto día me levanté, puse el bebé muerto en una tinaja, lo llevé a las montañas y allí lo enterré. La persona que cavó la tierra helada no fue tu padre, sino ese hombre. Si no hubiéramos enterrado a ese bebé, tendrías tres hermanos mayores. A ti te parí sola. ¿Hubo alguna razón para eso? No. No. No hubo ninguna razón. Cuando dije que te tendría sola, tu tía se ofendió. Nunca se lo he dicho a nadie, pero me daba más miedo volver a tener un hijo muerto que parir sola. No quería enseñárselo a nadie. Si me salía otro hijo muerto, quería enterrarlo yo misma y no bajar de la montaña. Cuando empecé a tener contracciones no avisé a tu tía. Llevé agua hirviendo a mi habitación y senté a tu hermana, que era muy pequeña, junto a mi cabeza. Ni siquiera grité. No quería que nadie se enterara, por si el bebé nacía muerto. Pero saliste tú, caliente y escurridiza. Cuando te di una palmada en el trasero antes de lavarte, rompiste a llorar. Al mirarte,

tu hermana se rio a carcajadas. Dijo: «Bebé», y acarició tu suave mejilla. Embriagada por tu presencia, no sentí el dolor. Más tarde me di cuenta de que tenía la lengua ensangrentada. Así fue como naciste. Fuiste la niña que vino a este mundo para reconfortarme cuando estaba muerta de pena y de miedo de que me naciera otro hijo muerto.

Cariño.

Al menos por ti pude hacer todo lo que hacían las otras madres. Te di de mamar durante más de ocho meses porque tenía mucha leche. Te mandé a un lugar llamado «guardería», que era algo nuevo en nuestra familia, y te compré unas zapatillas de deporte en lugar de unos zapatos de goma. Y sí, cuando fuiste al colegio hice yo misma la tarjeta con tu nombre. Tu nombre fueron las primeras letras que escribí en mi vida. Practiqué tanto... Te prendí en el pecho un pañuelo y la tarjeta con tu nombre y te llevé yo misma al colegio. Te preguntarás qué tenía eso de especial. Para mí, mucho. Verás, cuando Hyong-chol fue a la escuela, no lo llevé yo. Por si me hacían escribir algo. Ponía excusas y lo mandaba con tu tía. Todavía oigo a tu hermano quejarse de que a todos los demás los acompañaba su mamá y que él tenía que ir con su tía. Cuando el segundo de tus hermanos fue al colegio, lo mandaba con Hyong-chol. A tu hermana también la acompañaba Hyong-chol. Por ti y solo por ti fui al pueblo y compré una cartera de colegio y un vestido con volantes. Me sentía tan feliz de poder hacerlo... Y pedí a ese hombre que te construyera un escritorio, por pequeño que fuera. Tu hermana no tuvo escritorio. Todavía saca el tema a veces, dice que los hombros se le ensancharon porque tenía que hacer los deberes encorvada en el suelo. Me sentía muy orgullosa cuando te veía sentada ante tu escritorio, estudiando y leyendo. Cuando estudiabas para entrar en la universidad, hasta te preparaba el almuerzo. Cuando te quedabas

a estudiar hasta tarde en el colegio, te esperaba en la puerta para acompañarte a casa. Y me hacías muy feliz. Eras la mejor estudiante de nuestro pequeño pueblo.

Cuando te aceptaron en la mejor universidad de Seúl, en la Facultad de Farmacia, tu título de bachillerato colgó en una pancarta de felicitación en tu honor. Cuando alguien me decía: «¡Qué hija tan inteligente tienes!», estoy segura de que la sonrisa me llegaba hasta las orejas. No sabes lo orgullosa que me sentía de ser tu madre cuando pensaba en ti. No había podido hacer nada por mis otros hijos y, aunque también eran hijos míos, nunca me sentí así con ellos; me sentía culpable y arrepentida. Tú fuiste la hija que me liberó de esos sentimientos. Cuando fuiste a la universidad y participaste en las manifestaciones, no me metí contigo como lo había hecho con tus hermanos. No fui a verte cuando hiciste huelga de hambre en esa famosa iglesia que dicen que está en Myongdong. Cuando la cara se te llenó de granos, tal vez por el gas lacrimógeno, te dejé en paz. Pensé: «No sé qué está haciendo exactamente, pero estoy segura de que lo hace porque puede». Cuando viniste al campo con tus amigos y organizasteis clases para la comunidad, cociné para vosotros. Tu tía dijo que si no te controlaba acabarías volviéndote comunista, pero yo te dejaba hablar y comportarte con libertad. No pude hacer lo mismo con tus hermanos. A ellos los reñí y traté de disuadirlos. Cuando la policía dio una paliza a tu segundo hermano mayor, calenté sal y se la puse en la espalda para aliviarle el dolor, pero lo amenacé con suicidarme si seguía haciendo eso. Temía que tu hermano pensara que era estúpida. Sé que hay cosas que la gente tiene que hacer cuando es joven, pero yo hice todo lo posible por impedírselo. Contigo no. Aunque no sabía qué era lo que querías cambiar, no intenté detenerte. Un año, cuando ibas a la universidad, fuimos juntas al Ayuntamiento siguiendo un cortejo

fúnebre. Era junio y yo estaba en Seúl porque había nacido tu sobrina.

Tengo muy buena memoria, ¿verdad?

Pero no es cuestión de memoria: fue un día inolvidable. Para mí fue esa clase de día. Estabas a punto de salir de casa al amanecer y, al verme, me preguntaste:

—Mamá, ¿quieres venir?

—¿Adónde?

—Donde estudió tu segundo hijo.

—¿Por qué? Ni siquiera es tu universidad.

—Hay un funeral, mamá.

—Bueno..., ¿por qué debería ir?

Te quedaste mirándome en silencio y estabas a punto de cerrar la puerta detrás de ti cuando volviste a entrar. Yo estaba doblando los pañales de tu sobrino recién nacido y me los arrancaste de las manos.

—¡Ven conmigo!

—Es casi la hora de desayunar. Tengo que preparar sopa de algas para tu cuñada...

—¿Se morirá si un día no come sopa de algas? —preguntaste con aspereza, algo nada propio de ti. Y me obligaste a que me cambiara de ropa—. Solo quiero ir contigo, mamá. ¡Vamos!

Me gustaron esas palabras. Todavía me acuerdo del tono de tu voz cuando tú, una universitaria, me dijiste a mí, que nunca me había acercado a una universidad, que te acompañara porque: «Solo quiero ir contigo, mamá».

Era la primera vez que veía a tanta gente junta. ¿Cómo se llamaba el chico que había muerto al ser alcanzado por un disparo de gas lacrimógeno y que solo tenía veinte años? Te lo pregunté muchas veces y tú me lo dijiste muchas veces, pero me cuesta recordarlo.

¿Quién era ese chico que había logrado reunir a tantas personas? ¿Cómo podía haber tanta gente? Te seguí en el cortejo fúnebre hasta la plaza del Ayuntamiento, y te buscaba y te cogía la mano una y otra vez por miedo a perderte. Me dijiste: «Mamá, si nos perdemos, no des vueltas. Quédate donde estés. Así podré encontrarte».

No sé por qué me acuerdo ahora de estas palabras. Debería haberlas recordado cuando no pude subir al vagón con tu padre en la estación de Seúl.

Cariño, tú me diste muchos buenos recuerdos como ese. Las canciones que cantabas mientras caminabas cogiéndome de la mano, el sonido de toda esa gente entonando el mismo canto... No lo entendía, pero era la primera vez que iba a una plaza. Me sentía orgullosa de que me hubieras llevado allí. No parecías mi hija. Te veía muy distinta de como eras en casa. Eras como un halcón feroz. Por primera vez vi cuánta determinación había en tus labios y cuán firme era tu voz. Cariño, hija mía. Después de eso, cada vez que iba a Seúl me sacabas de casa, lejos del resto de la familia, y me llevabas al teatro o a las tumbas reales. Me llevaste a una librería que vendía música y me pusiste unos auriculares en los oídos. Por ti me enteré de que en Seúl había un lugar como Kwanghwamun, que existía la llamada plaza del Ayuntamiento y que en este mundo había películas y música. Pensé que tu vida sería distinta de la de los demás. Como eras la única hija que se había librado de la pobreza, lo único que deseaba para ti era que te libraras de todo. Y, con esa libertad, a menudo me enseñabas otro mundo, así que yo deseaba que fueras aún más libre. Quería que fueras tan libre que vivieras la vida por otras personas.

Creo que ya me voy.

Pero, oh...

El bebé parece soñoliento. Babea y se le cierran los ojos. Ahora que los dos mayores están en el colegio, todo está en silencio. Pero ¿qué es esto? La casa es un caos. Cielos, nunca había visto una casa tan desordenada. Quiero ordenarla por ti..., pero ya no puedo. Mi hija se está quedando dormida mientras duerme a su bebé. Debes de estar tan cansada... Mi niña se duerme acurrucada con su bebé. Estamos en pleno invierno, ¿por qué sudas tanto? Cariño, hija mía. Relaja la cara, por favor. Si duermes con esta expresión de agotamiento te saldrán arrugas. Tu rostro juvenil ha desaparecido. Tus ojos pequeños como la luna creciente se han vuelto aún más pequeños. Ahora ni siquiera cuando sonríes se atisba la gracia de tu juventud. Si he vivido lo bastante para verte con arrugas, no puedo decir que mi vida haya sido corta. Sin embargo, cariño, nunca habría imaginado que vivirías así, con tres hijos. Eras tan diferente de tu temperamental hermana, que enseguida se enfadaba, lloraba y ponía morros si no se salía con la suya... Tú te trazabas un plan e intentabas seguirlo tal como habías previsto. Cuando me dijiste: «Mamá, yo no sabía que tendría tres hijos, pero cuando me quedé embarazada supe que tendría al bebé», te vi como a una extraña. Siempre pensé que sería tu hermana quien tendría un montón de hijos. Tú nunca te enfadas. De todos tus hermanos, eres la única que sabe decir las cosas con calma, punto por punto, incluso a alguien que esté enfadadísimo. Por eso pensé que te plantearías tener un solo hijo. A diferencia de tu hermana, que tenía rabietas porque quería un escritorio como el de tus hermanos, tú nunca pedías nada. Cuando te veía encorvada en el suelo, te preguntaba qué hacías, y respondías: «Estoy haciendo los deberes de matemáticas». Tu hermana nunca miró siquiera un libro de

matemáticas, pero a ti se te daban muy bien. Eras una niña con un poder de concentración asombroso para resolver problemas. Cuando dabas con la solución, sonreías feliz.

Pero no eres capaz de dar con la solución a mi desaparición. Por eso sufres. Como tienes tres hijos, no puedes salir a buscarme como te gustaría. Solo puedes llamar a tu hermana cada tarde y decir: «Hermana, ¿se sabe algo de mamá?». Cariño, hija mía. Como tienes tres hijos, no has podido buscarme como te habría gustado ni has podido llorar a tus anchas. No he podido hacer gran cosa por ti últimamente, pero pensé mucho en ti cuando tenía la cabeza despejada. En ti y en tu vida, en que tienes que criar a tus tres hijos, incluido el bebé que acaba de aprender a andar. Me reprochaba que lo único que podía hacer por ti era preparar *kimchi* y mandártelo. El día que viniste a verme con el bebé y, al quitarte los zapatos, dijiste con una sonrisa: «Mira, mamá, me he puesto los calcetines desparejados», se me rompió el corazón. Qué ocupada debías de estar para que tú, que siempre habías sido tan pulcra, no tuvieras tiempo de buscar un par de calcetines iguales... A veces, cuando tenía la cabeza despejada, pensaba en todo lo que quería hacer por ti y por tus hijos, y eso me daba fuerzas para seguir viviendo. Pero luego las cosas cambiaron.

Quiero quitarme estas sandalias de goma azules, los tacones están desgastados. Y mi polvorienta ropa de verano. Quiero deshacerme de este aspecto tan desaseado; ni siquiera me reconozco. Tengo la sensación de que se me va a abrir la cabeza. Vamos, cariño, levanta un poco la tuya. Quiero abrazarte. Tengo que irme. Túmbate y apoya la cabeza en mi regazo. Descansa un poco. No estés triste por mí. Fui feliz tantos días de mi vida porque te había tenido.

Ah, aquí estás.

Cuando fui a tu casa de Komso, la cancela de madera que daba a la playa estaba rota y la puerta del dormitorio estaba cerrada con llave; debía de llevar mucho tiempo vacía. ¿Por qué cerraste el dormitorio con llave y dejaste la puerta de la cocina abierta? El viento del océano la había abierto y cerrado de golpe tantas veces que la madera estaba medio resquebrajada.

Pero ¿por qué estás en el hospital? ¿Y qué hace este médico? No te está curando, solo te hace preguntas tontas. No para de preguntarte cómo te llamas. ¿Por qué lo hace? ¿Y por qué no le dices tu nombre? Solo tienes que decir «Lee Eun-gyu», así que ¿por qué no le respondes y le obligas a repetirlo una y otra vez? En serio, ¿por qué está haciendo esto el médico? Ahora ha cogido un barco de juguete y te ha preguntado: «¿Sabe qué es esto?». ¿Es una broma? ¡Es un barco! ¿Qué quiere decir con «Sabe qué es esto»? Pero lo más extraño es tu reacción. ¿Por qué no respondes? Vamos, ¿de verdad no lo sabes? ¿Quieres decir que no te acuerdas de cómo te llamas? ¿De verdad no sabes que eso es un barco de juguete?

—¿Cuántos años tiene? —vuelve a preguntar el médico.

—¡Cien!

—No, por favor, dígame cuántos años tiene.

—¡Doscientos!

Te estás comportando como un viejo gruñón. ¿Por qué dices que tienes doscientos años? Tienes cinco menos que yo, eso son... El médico vuelve a preguntarte cómo te llamas.

—¡Shin Gu!

—Por favor, piense detenidamente.

—¡Baek Il Sup!

¿El actor Shin Gu? ¿El Baek Il Sup de la televisión? ¿Estás hablando del Shin Gu y del Baek Il Sup que me gustan a mí?

—Por favor, no haga eso. Piense y díganos qué es esto.

Sorbes por la nariz. ¿Qué ocurre? ¿Qué haces aquí y por qué te hacen preguntas tan tontas? ¿Por qué lloras y no eres capaz de responder unas preguntas tan fáciles? Nunca te había visto llorar. Siempre era yo la que lloraba. Tú me has visto llorar muchas veces, pero esta es la primera vez que yo te veo llorar a ti.

—¡Vamos, dígame otra vez cómo se llama, por favor!

Te quedas callado.

—¡Una vez más!

—¡Park So-nyo!

Ese no es tu nombre, es el mío. Recuerdo el día en que me preguntaste cómo me llamaba. Permaneces pavimentado en mi corazón como una vieja carretera. Como los guijarros en un campo de guijarros, la tierra en la tierra, el polvo en el polvo, las telarañas en las telarañas. Yo era joven entonces. No creo que pensara nunca en mi juventud mientras la viví, pero, cuando pienso en cuando te conocí, veo mi cara joven. Una tarde volvía del molino a casa por la nueva avenida, levantando polvo, con mi fuente de níquel llena de harina sobre la cabeza. Mis pasos juveniles eran rápidos. Me dirigía a casa para hacer una masa con la harina y preparar sopa de copos de masa para los niños. El molino estaba a cuatro o cinco *ri* de distancia, al otro lado del puente. Tenía la frente cubierta de sudor debido a la fuente llena de harina que llevaba sobre la cabeza. Tú pasaste por mi lado en bicicleta, te detuviste en la carretera y me llamaste:

—¡Disculpe!

Yo seguí andando, mirando al frente. Mis pechos estaban a punto de salirse del *chogori*, que llevaba con unos pantalones holgados.

—Baje esa fuente y démela. Se la llevaré en la bicicleta.

—¿Cómo voy a fiarme de un desconocido que pasa? —repliqué, pero aflojé mi paso juvenil.

En realidad, la fuente pesaba tanto que tenía la sensación de que me estaba aplastando la cabeza. Había doblado una toalla a modo de cojín y la había puesto bajo la fuente, pero era como si la frente y el puente de la nariz estuvieran a punto de hundírseme.

—No llevo ninguna carga en la bicicleta. ¿Dónde vive?

—En el pueblo, pasado el puente...

—A la entrada del pueblo hay una tienda, ¿verdad? Se la dejaré allí. Así podrá andar más libremente. Parece muy pesada y yo no llevo nada en la bicicleta. Si me la da, podrá caminar más deprisa y llegará antes a casa.

Te miré mientras te bajabas de la bicicleta y mordí el extremo de la toalla que me caía sobre la cara, la toalla que había puesto debajo de la fuente. Comparado con el padre de Hyong-chol, tenías un aspecto vulgar, entonces y ahora. Estabas pálido como si no hubieras trabajado un solo día de tu vida, y tu cara alargada y caballuna, y tus ojos de párpados caídos no eran lo que se dice atractivos. Tus cejas, pobladas y rectas, te hacían parecer honesto. Tu boca te hacía parecer respetable y de fiar. Tus ojos, que me miraban en silencio, me resultaron familiares, como si los hubiera visto antes en alguna parte. Al ver que en lugar de darte la fuente te estudiaba la cara, te volviste para subirte de nuevo en la bicicleta.

—No tengo ningún motivo oculto. Solo quería ayudarla porque eso parece muy pesado. No puedo obligarla a que me deje ayudarla si no quiere que lo haga.

Pusiste un pie en el firme pedal de tu bicicleta. Fue entonces cuando te di rápidamente las gracias y me bajé la fuente de la

cabeza. Observé cómo desabrochabas las gruesas correas de la parte trasera de la bicicleta y sujetabas con ellas la fuente.

—¡La dejaré en la tienda!

Te alejaste a toda velocidad por la avenida... Tú, un hombre a quien acababa de conocer, llevabas la comida de mis hijos. Me quité la toalla que llevaba enrollada en la cabeza, me sacudí el polvo de los pantalones y te observé desaparecer en la bicicleta. Una nube de polvo os envolvió a ti y a tu bicicleta; me froté los ojos y observé cómo te hacías cada vez más pequeño. Sin ese peso en la cabeza me sentí aliviada. Eché a andar por la avenida agitando los brazos libres y una agradable brisa me atravesó la ropa. ¿Cuándo fue la última vez que había caminado sola sin nada en las manos, sobre la cabeza o a la espalda? Levanté la vista hacia los pájaros que volaban en el cielo oscuro y, tarareando una canción que solía cantar con mi madre cuando era joven, me encaminé hacia la tienda. Busqué la fuente desde lejos. Miré la puerta de la tienda mientras me acercaba, pero la fuente que debería haber estado allí no estaba. Mi corazón empezó a latir con fuerza. Apresuré el paso. Me daba miedo preguntar a la mujer de la tienda: «¿Han dejado una fuente para mí?». Si lo hubieras hecho, yo ya la habría visto, pero no la veía. Con la toalla en la mano corrí hacia el dueño de la tienda, que me miró interrogante. Solo entonces lo entendí: me habías robado la cena de mis hijos. Se me llenaron los ojos de lágrimas. ¿Por qué había dado la fuente a un hombre al que nunca había visto, por qué me había fiado de él? ¿En qué estaba pensando? ¿Por qué lo había hecho? Todavía puedo sentir el pavor que me inundó cuando mi inquietud momentánea al ver desaparecer tu bicicleta en el horizonte se hizo realidad. No podía volver a casa con las manos vacías. Tenía que encontrar esa fuente con la harina como fuera. Recordaba el ruido que había oído cuando fui al cobertizo por la mañana a coger grano

para el desayuno. No podía rendirme sabiendo que en esa fuente había harina para diez días. Seguí andando, buscándote a ti y tu bicicleta, que debía de haber pasado a toda velocidad por delante de la tienda. Caminé y caminé, preguntando a todo el que me cruzaba si había visto a un hombre como tú. Tu identidad quedó al descubierto enseguida. Así de descuidado eras. Ni siquiera vivías lejos. Cuando averigüé que vivías en una casa con tejado de zinc a unos cinco *ri* de nuestro pueblo, antes de que la carretera llegara a la ciudad, eché a correr. Si te alcanzaba antes de que la usaras, podría regresar a casa con toda la harina.

Cuando vi tu bicicleta delante de una casa destartalada al pie de una colina entre arrozales, por la carretera que llevaba a tu pueblo, entré gritando: «¡Ahhh!». Y entonces lo vi todo. Tu anciana madre sentada en el viejo porche, con los ojos hundidos. Tu hijo de tres años chupándose el dedo. Y tu mujer en medio de un parto difícil. Había entrado con la intención de recuperar la fuente que me habías robado. Pero lo que hice fue descolgar una cazuela de la pared de la oscura y estrecha cocina. Puse a hervir agua. Te aparté, pues estabas al lado de tu mujer sin saber qué hacer, y le cogí una mano. No la conocía, pero le grité: «¡Empuja! ¡Empuja más!». No sé cuánto tiempo pasó hasta que oímos llorar al bebé. En tu casa no había ni una brizna de alga para preparar una sopa a tu mujer. Tu anciana madre era ciega y parecía tener un pie en el otro mundo. Asistí en el parto y preparé una masa con harina de mi fuente para hacer sopa de copos de masa, la repartí en unos cuantos boles y llevé un poco de caldo a la habitación donde estaba la madre del bebé. ¿Cuántas décadas han pasado desde que me puse la fuente de nuevo sobre la cabeza y volví a casa? ¿Acaso el hombre que está ahora a tu lado es el bebé que nació aquel día? Te pasa una esponja por la mano. Te da la vuelta y te la pasa por la espalda. Ha pasado mucho tiempo.

Tu cuello antaño terso está lleno de arrugas. Ya no tienes las cejas pobladas y no reconozco tu boca.

—¡Padre! ¿Cómo te llamas? —dice tu hijo, en lugar del médico—. ¿Sabes cómo te llamas?

—Park So-nyo.

No, ese es mi nombre.

—¿Quién es Park So-nyo, padre?

Yo también estoy intrigada. ¿Qué soy para ti? ¿Quién soy para ti?

Siete u ocho días después de nuestro encuentro no podía quitarme de la cabeza tu situación, de modo que cogí un manojo de algas y pasé por tu casa, pero allí solo estaba tu hijo recién nacido, no tu mujer. Me explicaste que después del parto había sufrido tres días de fiebre alta y que finalmente había dejado este mundo; estaba tan desnutrida que no había resistido el parto. Tu anciana madre se mecía en el viejo porche; no estaba claro si se enteraba de lo que pasaba. Y el niño de tres años... Supongo que el hombre que está junto a tu lecho de enfermo es el niño de tres años, no el recién nacido.

No sé qué fui para ti, pero tú fuiste mi amigo de toda la vida. ¿Quién hubiera pensado que seríamos amigos todos estos años con lo decepcionada que me sentí el día que nos conocimos porque me robaste la harina que necesitaba para alimentar a mis hijos? Nuestros hijos no nos entenderían. Les resultaría más fácil entender que miles de personas mueren en la guerra que entendernos a ti y a mí.

Aunque sabía que tu mujer había muerto, no podía irme así sin más, de modo que puse en remojo las algas que había llevado. Hice una masa con el resto de la harina que te había dado unos días antes y preparé sopa de algas con copos de masa. Puse un bol en la mesa para cada persona y estaba a punto de irme cuando de

repente me detuve y me llevé el recién nacido al pecho. Hubo un tiempo en que no tuve suficiente leche para mi propia hija. Tú ibas por el pueblo con el bebé y las mujeres se ofrecían a darle el pecho. La vida a veces es asombrosamente frágil, pero ciertas vidas son increíblemente fuertes. Mi hija mayor dice que, cuando arrancas malas hierbas con un tractor, estas se aferran a las ruedas y esparcen semillas, por lo que se reproducen al mismo tiempo que las arrancas. Tu bebé se aferró con ferocidad a mi pecho. Succionó con tanta fuerza que tuve la sensación de que me aspiraría, así que le di unas palmadas en el trasero, que todavía tenía marcas rojas del parto. No funcionó, de modo que tuve que apartarlo a la fuerza. Un bebé que ha perdido a su madre al nacer se niega por instinto a soltar un pezón. Dejé el bebé, me volví para irme y me preguntaste cómo me llamaba. Eras la primera persona que me lo preguntaba desde que me había casado. Bajé la cabeza, de pronto tímida.

—Park So-nyo.

Te reíste. No sé por qué hice lo que hice a continuación. Quería que te rieras una vez más. Y, aunque no me lo preguntaste, te dije que mi hermana mayor se llamaba Tae-nyo, que significa Niña Grande. Así nos llamábamos: Niña Pequeña y Niña Grande. Te reíste otra vez. Luego dijiste que tu nombre era Eun-gyu y que el de tu hermano mayor era Kum-gyu. Que tu padre os puso nombres con las palabras «plata» y «oro» con la esperanza de que ganarais dinero y fuerais ricos. Que a ti te llamó Cofre de Plata y a tu hermano, Cofre de Oro. Que tal vez por eso tu hermano, el Cofre de Oro, vivía un poquito mejor que tú, el Cofre de Plata. Esta vez me reí yo. Tú te reíste al verme reír. Entonces y ahora estás mejor cuando te ríes. Así que no frunzas el entrecejo delante del médico y sonríe. Sonreír no cuesta dinero.

Hasta que tu bebé tuvo tres semanas, fui a tu casa una vez al día para darle el pecho. A veces era a primera hora de la mañana, otras en medio de la noche. ¿Pudo ser una carga para ti? Eso fue todo lo que hice por ti, pero durante los treinta años que siguieron acudí a ti cada vez que atravesaba un bache. Creo que empecé a acudir a ti después de lo que le pasó a Kyun. Porque quería morirme. Porque pensé que era mejor morir. Todos me pusieron las cosas difíciles; tú fuiste el único que no me hizo preguntas. Me dijiste que todas las heridas cicatrizaban con el tiempo, que no pensara en nada y que hiciera con tranquilidad lo que tenía que hacer. Si no hubieras estado allí, no sé qué habría sido de mí. Porque estaba loca de dolor. Fuiste tú quien enterró a mi cuarto hijo, el hijo que nació muerto, en las montañas. Ahora que lo pienso, ¿te fuiste a vivir a Komso porque yo era demasiado para ti? Tú no estabas hecho para vivir en la costa o para ser pescador. Eras alguien que labraba la tierra y plantaba semillas. Alguien que no tenía tierra propia y cultivaba la de los demás. Debería haber comprendido, cuando te marchaste a Komso, que te fuiste porque te resultaba difícil soportarme. Me doy cuenta de que fui horrible contigo.

El primer encuentro debe de ser importante. Estoy segura de que, en el fondo, siempre pensé que estabas en deuda conmigo y lo demostré haciendo lo que quería contigo. Del mismo modo que te encontré cuando me robaste la harina en la bicicleta, te encontré cuando te fuiste a Komso sin avisar. No encajabas en Komso. Se te veía fuera de lugar junto al mar. Todavía veo la cara que pusiste al ver los campos de sal de la costa. No he olvidado esa expresión, pero ahora que pienso en ello creo que tal vez tu cara estaba diciendo: «¿Ha sido capaz de venir a buscarme incluso aquí?».

Por ti, Komso se convirtió en un lugar que nunca olvidaría. Hasta entonces, siempre que ocurría algo que no podía manejar yo sola, te

buscaba. Y, en cuanto recobraba cierta tranquilidad de espíritu, me olvidaba de ti. O creía olvidarte. Cuando me viste en Komso, lo primero que me preguntaste fue: «¿Qué ha pasado?». No te lo dije entonces, pero era la primera vez que acudía a ti no porque hubiera pasado algo, sino solo para verte.

Excepto esa vez que huiste a Komso, siempre estuviste en el mismo lugar, hasta que dejé de necesitarte. Gracias por quedarte. Si fui capaz de continuar viviendo fue gracias a eso. Siento haber ido a verte cada vez que me sentía inquieta y ni siquiera haber dejado que me cogieras la mano. Aunque era yo la que te buscaba, cuando parecía que eras tú el que acudía a mí, te trataba mal. Eso no fue muy amable por mi parte, y lo siento, lo siento muchísimo. Al principio fue porque me resultaba embarazoso, luego porque me parecía que no debía y por último porque era vieja. Eras mi pecado y mi felicidad. Quería parecer digna a tus ojos.

A veces te contaba cosas y te decía que las había leído, pero en realidad no las había leído. Se las preguntaba a mi hija y luego te las contaba. Una vez te dije que había un lugar llamado Santiago en un país llamado España. Tú no parabas de preguntar: «¿Dónde dices que está?», y te costaba memorizar el nombre. Te dije que allí hay un camino de peregrinaje y que se tarda treinta y tres días en recorrerlo. Chi-hon quería ir, por eso me habló de ese lugar, pero te lo conté como si fuera yo la que quería ir. Y tú dijiste: «Si tantas ganas tienes, podríamos ir juntos un día de estos». Al oírte, el corazón me dio un vuelco. Creo que después de ese día no volví a acudir a ti. La verdad es que no sé dónde está ese lugar y no tengo ningún interés en conocerlo.

¿Sabes qué pasará con todas las cosas que hicimos juntos en el pasado? Cuando se lo pregunté a mi hija, aunque era a ti a quien

quería preguntárselo, mi hija dijo: «Es extraño oírte decir algo así, mamá». Y añadió: «¿No se filtran en el presente en lugar de desaparecer?». ¡Qué palabras tan difíciles! ¿Entiendes lo que significan? Según ella, todo lo ocurrido forma parte del presente, de tal modo que las cosas del pasado se mezclan con las cosas actuales, las cosas actuales se mezclan con las cosas del futuro, y las cosas del futuro se mezclan con las cosas del pasado, solo que no nos damos cuenta. Pero yo ya no puedo continuar.

¿Crees que lo que está sucediendo ahora está relacionado con las cosas del pasado y las del futuro, pero que no nos damos cuenta? No lo sé. ¿Podría ser cierto? A veces, cuando miro a mis nietos, creo que han caído de alguna parte y que no tienen nada que ver conmigo. Nada en absoluto.

¿Se filtrará en alguna parte el hecho de que la bicicleta que montabas cuando te conocí era robada, y que antes de que me vieras por la avenida con la fuente de harina sobre la cabeza pensabas vender esa bicicleta robada por un manojo de algas? ¿O que, al ver que no podías venderla, fuiste a dejarla donde la habías encontrado, pero el dueño te sorprendió y te encontraste en apuros? ¿Se filtrarán esos hechos en una página del pasado y nos traerán hasta aquí?

Sé que después de mi desaparición saliste a buscarme. Sé que tú, un hombre que nunca había puesto un pie en Seúl, fuiste a la estación de Seúl, te subiste al metro y detuviste a toda la gente que se parecía a mí. Y que pasaste muchas veces por mi casa, esperando tener noticias. Que querías conocer a mis hijos y saber qué había pasado. ¿Por eso te has puesto tan enfermo?

Te llamas Lee Eun-gyu. Cuando el médico vuelva a preguntártelo, no digas «Park So-nyo», di «Lee Eun-gyu». Por fin voy a soltarte. Tú

fuiste mi secreto. Estuviste en mi vida, una presencia que nadie que me conoce imaginaría. Y, aunque nadie sabía que estabas en mi vida, fuiste la persona que me ofreció una balsa en cada rápido y me ayudó a salir ilesa de la corriente. Me alegraba que estuvieras allí. He venido a decirte que fui capaz de vivir mi vida porque podía acudir a ti cuando estaba preocupada, no cuando me sentía feliz.

Ahora tengo que irme.

La casa está helada.

¿Por qué has cerrado la puerta con llave? Deberías haberla dejado abierta para que los niños de los vecinos puedan entrar a jugar. No hay rastro de calor en ninguna parte. Es como un bloque de hielo. Nadie ha apartado la nieve a pesar de lo mucho que ha nevado. El patio está de un blanco deslumbrante. De todos los lugares posibles cuelgan carámbanos. Cuando los niños eran pequeños los rompían y hacían luchas de espadas con ellos. Supongo que nadie ha venido a esta casa porque yo no estoy. Hace mucho que no ha pasado nadie. Tu motocicleta está apoyada contra el cobertizo. Y también está helada. Ojalá dejaras de ir en moto. ¿Quién va en moto a tu edad? ¿Crees que sigues siendo joven? Aquí va mi reprimenda, una vez más. Por otro lado, se te veía apuesto en la moto, no parecías un hombre de campo. Cuando eras joven y llegabas en moto al pueblo, con tu cazadora de cuero y el pelo engominado, todo el mundo se volvía para mirarte. Creo que hay una foto de esa época en alguna parte... En el marco de encima de la puerta del dormitorio principal... Oh, ahí está. No tenías ni treinta años. Tu cara rezumaba pasión; nada que ver con ahora.

Recuerdo la primera casa en la que vivimos, antes de que la reconstruyéramos. Le tenía mucho cariño. Pero no creo que fuera solo cariño. Vivimos cuarenta y tantos años en esa casa que ya no existe. Yo siempre estaba allí. Siempre. Tú, en cambio, estabas y no estabas. No sabía nada de ti, como si nunca fueras a volver, y de pronto volvías. Tal vez es por eso. Todavía veo ante mis ojos la vieja casa, como iluminada. Me acuerdo de todo. Todo lo que ocurrió en esa casa. Lo que ocurrió los años que nacieron los niños, cómo te esperé y me olvidé de ti y te odié y volví a esperarte. Ahora la casa ha quedado atrás. No hay nadie en ella, y solo la nieve blanca protege el patio.

Una casa es algo muy extraño. Todas las cosas se gastan con el uso, y a veces puedes notar el veneno de una persona si te acercas mucho a ella, pero nada de eso ocurre con una casa. Incluso una buena casa se viene abajo enseguida si no entra nadie en ella. Una casa solo está viva cuando vive gente en ella, rozando sus paredes y durmiendo bajo su techo. Mira, un lado del tejado se ha hundido con la nieve. En primavera tendrás que llamar para que lo arreglen. Hay una pegatina con el nombre y el número de la compañía en el armario del televisor de la salita, pero no sé si lo sabes. Si los llamas, vendrán a repararlo. En invierno no puedes dejar la casa así, vacía. Si no vive nadie en ella, deberías venir de vez en cuando y encender la caldera.

¿Has ido a Seúl? ¿Me estás buscando allí?

Esta habitación, donde puse los libros que Chi-hon me envió antes de irse a Japón, también está helada. Los libros parecen congelados. Después de poner los libros en ella se convirtió en mi habitación preferida. Cuando notaba que iba a dolerme la cabeza, entraba en ella y me tumbaba. Al principio parecía que mejoraba. No quería

decirte que me dolía. Pero, en cuanto abría los ojos, el dolor me invadía y ni siquiera podía cocinar para ti. No quería que me vieras como una enferma. Eso hacía que me sintiera muchas veces sola. Entraba en la habitación de los libros y me tumbaba. Un día, aferrándome la cabeza que me palpitaba con fuerza, me prometí que antes de que regresara de Japón leería al menos un libro de los que ella había escrito. Y fui a aprender a leer, agarrándome la cabeza. No podía continuar. Cuando trataba de aprender, mi estado empeoraba. Me sentía sola porque no podía decirte que estaba aprendiendo a leer. Decir algo así hubiera herido mi orgullo. Cuando por fin aprendí, quise hacer una cosa más aparte de leer con mis propios ojos un libro de mi hija: escribir una carta de despedida a todos los miembros de mi familia, antes de llegar a esto.

El viento sopla con tanta fuerza... El viento arrastra la nieve por el patio, la desplaza de un lugar a otro.

Las noches de verano en que sacábamos el brasero a este patio y hacíamos bollos al vapor fueron los mejores momentos que pasamos en él. Hyong-chol encendía un fuego con residuos orgánicos para ahuyentar a los mosquitos, y los más pequeños se sentaban en la tarima y esperaban a que los bollos terminaran de cocerse sobre el brasero. En cuanto ponía los bollos recién hechos en una bandeja de mimbre, las manos salían disparadas y los bollos desaparecían. Los niños tardaban menos tiempo en comerlos que yo en hacerlos. Mientras echaba ramitas al brasero, los veía tumbarse de nuevo en la tarima, a la espera de otra tanda de bollos, y me asustaba un poco. ¡Cómo comían! A pesar del fuego, los mosquitos se me pegaban a los brazos y los muslos y me chupaban la sangre, y mientras la noche se hacía más oscura, los niños se comían los bollos y esperaban a que yo hiciera más. Había noches de verano en

que, uno por uno, se quedaban dormidos, tumbados unos sobre otros, esperando. Mientras dormían, yo terminaba de hacer el resto de los bollos, los ponía en una cesta encima de la tarima, los tapaba y me echaba a dormir. El rocío del amanecer endurecía ligeramente la capa superior de los bollos hechos al vapor. En cuanto los niños se despertaban, se acercaban a la cesta y comían más. Por eso a mis hijos todavía les gustan los bollos fríos, con la capa exterior un pelín seca. Había noches de verano como esa. Noches de verano en que caían estrellas del cielo.

Cuando deambulaba por las calles, no podía recordar nada y me sentía confusa, pero echaba mucho de menos este lugar. No sabes cuánto eché de menos esto, este patio, el porche, el jardín de flores, el pozo. Después de vagar durante un buen rato, me senté en una calle y dibujé en el polvo lo primero que se me ocurrió. Y fue la casa. Dibujé la verja, dibujé el jardín de flores, dibujé el estante con los tarros de barro, dibujé el porche. No podía recordar nada aparte de la casa, la casa anterior a esta casa, esa casa que había desaparecido hacía mucho, con la cocina tradicional, el patio trasero a la sombra de las hojas de un nogal blanco y el cobertizo junto a la pocilga. Esa verja con sus dos puertas de hierro galvanizado, la pintura azul desconchada. La verja de esa casa, con una pequeña puerta en el lado izquierdo y el buzón a la derecha. En pocas ocasiones hubo que abrir las dos puertas a la vez, pero la puerta más pequeña, con un tirador de madera, siempre estaba abierta al callejón. Nunca cerrábamos las puertas con llave. Aunque no estuviéramos en casa, los hijos de los vecinos entraban por la puerta de esa verja azul y jugaban hasta que se ponía el sol. Durante la ajetreada temporada de la labranza, mi hija pequeña volvía de la escuela a casa, se montaba en la bicicleta colocada en el soporte de debajo del caqui y pedaleaba. Cuando yo llegaba a casa, la

encontraba sentada en el borde del porche y corría hacia mis brazos gritando: «¡Mamá!». Cuando mi segundo hijo se escapó de casa, le dejé comida en el rincón más caliente de la habitación y abrí las puertas de la verja de par en par. Cuando alguien tropezaba con el cuenco de arroz y lo volcaba, yo lo ponía derecho. Si el viento me despertaba en medio de la noche, salía y apuntalaba las puertas abiertas con piedras grandes, para que el viento no pudiera cerrarlas. Tenía los ojos y los oídos entrenados para diferenciar cada ruido que hacía la verja.

El armario también está helado.

Las puertas ni siquiera pueden abrirse, pero debe de estar vacío. Cuando empezó a dolerme tanto la cabeza estuve tentada de acudir a ese hombre, a quien hacía tanto tiempo que no veía. Pensé que quizá así mejoraría. Pero no fui. Aplaqué mi deseo de ir y seguí con mis asuntos. Notaba que se acercaba el día en que no podría reconocer nada de puro aturdimiento. Quería ocuparme de todas las cosas que eran mías cuando aún era capaz de reconocerlas. Envolví en tela la ropa que no utilizaba, que había tenido colgada en el armario porque era incapaz de tirarla, y la quemé en los campos. La ropa interior que Hyong-chol me había comprado con su primer sueldo llevaba décadas en el armario, todavía con las etiquetas. Mientras la quemaba, me pareció que se me partía la cabeza en dos. Quemé todo lo que pude, excepto las mantas y las almohadas, pues mis hijos podían utilizarlas si venían a casa en vacaciones. Quemé las mantas de algodón que mi madre hizo para mí cuando me casé. Saqué todo lo que había guardado hacía mucho tiempo y lo miré de nuevo. Lo que nunca utilizaba porque lo reservaba para algo, como los platos que había reunido para regalárselos a mi hija mayor cuando se casara. Si hubiera sabido que no iba a casarse, se los

habría dado a la pequeña, que está casada y tiene tres niños. Pero pensé estúpidamente que tenía que dárselos a Chi-hon porque así lo había planeado. Después de ciertas dudas, los saqué y los rompí. Lo sabía. Sabía que llegaría un día en que no recordaría nada. Y, antes de que eso sucediera, quería ocuparme de todo lo que había utilizado alguna vez. No quería dejar nada atrás. Los armarios del fondo también están vacíos. Rompí todo lo rompible y lo enterré.

En ese armario helado, la única ropa de invierno que debe de haber es el abrigo de visón negro que mi hija me compró. Cuando cumplí cincuenta y cinco años no tenía ganas de comer ni de salir. Me pasaba el día pensando en cosas desagradables, con la sensación de que se me caía la cara a pedazos. Cuando abría la boca, me parecía que olía mal. Durante más de diez días no dije una palabra. Trataba de ahuyentar los pensamientos negativos, pero cada día un pensamiento triste se añadía a mi colección. Aunque estábamos en pleno invierno, metía las manos en agua fría y me las lavaba una y otra vez, una y otra vez. Y un día fui a la iglesia. Me detuve en el cementerio de la iglesia. Me incliné a los pies de la Santa Madre, que sostenía a su hijo muerto, para rogarle que me ayudara a salir de la depresión, que ya no podía seguir soportando, y se apiadara de mí. Pero de pronto me detuve y me pregunté qué derecho tenía a pedir algo a alguien que sostenía a su hijo muerto. Durante la misa me fijé en el abrigo de visón negro que llevaba la mujer de delante. Atraída por su suavidad, sin darme cuenta bajé la cabeza hacia él. El visón, como una brisa de primavera, acarició mi cara arrugada. Y entonces fluyeron las lágrimas que había estado conteniendo. Cuando traté de mantener la cabeza apoyada en el abrigo de visón, la mujer se apartó. Al volver a casa, llamé a mi hija pequeña y le pedí que me comprara un abrigo de visón. Era la primera vez que abría la boca en diez días.

—¿Un abrigo de visón, mamá?

—Sí, un abrigo de visón.

Se quedó callada.

—¿Vas a comprármelo o no?

—Este año no hace frío. ¿Tienes dónde llevar un abrigo de visón?

—Sí.

—¿Piensas ir a alguna parte?

—No.

Ella se rio con ganas de mis cortantes respuestas.

—Entonces ven a Seúl. Iremos juntas a comprarlo.

Mientras entrábamos en los grandes almacenes y nos dirigíamos a la sección de abrigos de visón, mi hija no paraba de mirarme. Yo no tenía ni idea de que mi abrigo de visón, que era un poco más corto que el que me había acariciado la cara, el de la mujer de la iglesia, fuera tan caro. Mi hija no me lo dijo. Cuando llegamos a casa con el abrigo, a mi nuera se le salieron los ojos de las órbitas.

—¡Un abrigo de visón, madre!

Me quedé callada.

—Qué afortunada eres, madre. Tener una hija que te compra cosas tan caras... Yo ni siquiera le he podido comprar a mi madre una bufanda de zorro. Dicen que un abrigo de visón pasa de generación en generación. Cuando fallezcas, deberías dejármelo a mí.

—¡Basta! ¡Es la primera vez que mamá me pide que le compre algo para ella!

Cuando mi hija gritó a su cuñada como si estuviera enfadada, comprendí por qué había mirado la etiqueta una y otra vez, y por qué no había parado de mirarme. Acababa de licenciarse y trabajaba en la farmacia de un hospital. Cuando volví de Seúl, cogí el abrigo de visón, fui a unos grandes almacenes de la ciudad y pregunté a la

chica de la sección de abrigos de visón cuánto costaba. Me quedé helada. ¡Quién iba a pensar que una prenda de ropa podía costar tanto! Llamé a mi hija para decirle que debíamos devolverlo y ella respondió: «Mamá, tienes todo el derecho a tener ese abrigo. Debes ponértelo».

En esta región hace calor hasta en invierno, de modo que solo podía llevar el abrigo unos pocos días al año. Pasé tres años seguidos sin utilizarlo. Cuando me asaltaban los pensamientos depresivos, abría el armario y hundía la cara en el abrigo de visón. Y pensaba: «Cuando muera, se lo dejaré a mi hija pequeña».

Aunque ahora hace mucho frío, en primavera el jardín volverá a florecer. El peral del vecino dará flores y nos llegará su olor. Los rosales con sus capullos de color rosa pálido mostrarán sus espinas. Las malas hierbas junto al muro crecerán altas y fuertes con las primeras lluvias primaverales. Una vez compré treinta patitos en la ciudad, debajo del puente, y los solté en el patio. Se precipitaron hacia el jardín de flores y las pisotearon todas. Cuando corrían en manada con los pollos, costaba distinguir unos de otros. De todos modos, en primavera siempre armaban mucho ruido en el patio. Fue en este patio donde mi hija, que estaba cavando debajo de un rosal para abonarlo porque decía que así daría más flores, al ver un gusano retorciéndose en la tierra, tiró la azada a un lado y entró corriendo en casa; la azada cayó sobre un pollo y lo mató. Recuerdo las ráfagas de olor a tierra cuando caía un chaparrón en verano, y el perro, los pollos y los patos que andaban sueltos por el patio se cobijaban bajo el porche, en las jaulas de las gallinas y junto al muro. Recuerdo las gotas de barro que formaba la lluvia repentina. En las noches de viento de finales de otoño, las hojas del caqui del patio lateral se caían y volaban en remolinos. Las oíamos arrastrarse

por el patio durante toda la noche. Las noches de crudo invierno, el viento empujaba la nieve y la amontonaba en el porche.

Alguien está abriendo la verja. ¡Ah, es la tía!

Fuiste una tía para mis hijos y una hermana para mí, pero nunca pude llamarte «hermana». Te comportabas más bien como una suegra. Veo que has venido a echar un vistazo a la casa porque ha nevado y ha hecho mucho viento. Pensaba que nadie la cuidaba; había olvidado que tú estás aquí. Pero ¿por qué cojeas? Siempre has sido tan flexible... Supongo que tú también estás envejeciendo. Ten cuidado con la nieve.

—¿Hay alguien en casa?

Tu voz sigue siendo potente.

—No hay nadie, ¿verdad?

Gritas aun a sabiendas de que no hay nadie. Te sientas en el borde del porche sin esperar una respuesta. ¿Por qué has venido sin abrigarte? Pillarás un resfriado. Miras la nieve del patio como si tuvieras la cabeza en otra parte. ¿En qué estás pensando?

—Tengo la sensación de que hay alguien más aquí...

Me falta poco para ser un fantasma, tía.

—No sé qué haces vagando por ahí con este frío.

¿Estás hablando conmigo?

—Pasó el verano, pasó el otoño y ya es invierno... No sabía que podías ser tan cruel. ¿Qué va a ser de esta casa sin ti? No es más que un caparazón vacío. Te fuiste con ropa de verano y no has vuelto, aunque ya es invierno... ¿Ya estás en el otro mundo?

Aún no. Sigo vagando por aquí.

—El ser más triste es el que muere fuera de su hogar... Por favor, ten cuidado y vuelve.

¿Estás llorando?

Tus ojos, largas rendijas, miran el cielo gris y se llenan de lágrimas. Tus ojos ya no asustan. Tus ojos severos me daban tanto miedo que, la verdad, nunca te miraba a la cara para no encontrármelos. Pero creo que me gustabas más cuando no te andabas con tonterías. Ahora no pareces tú, ahí sentada con los hombros hundidos. Nunca te oí decir nada agradable cuando vivía, así que ¿por qué tengo que mirar ahora tu figura abatida? No me gusta verte tan débil. No solo te tenía miedo. Si pasaba algo malo y no sabía qué hacer, siempre pensaba: «¿Qué haría la tía?». Y hacía lo que creía que tú harías. De modo que también eras mi modelo. Ya sabes que tengo carácter. Todas las relaciones del mundo son recíprocas, no las determina una sola parte. Y ahora vas a tener que cuidar del padre de Hyong-chol, que está solo. A mí también me preocupa. Pero, sabiendo que tú andas cerca, me siento un poco mejor. Cuando vivía, sabía muy bien que tú dependías del padre de Hyong-chol porque estabas sola, y no me sentía dolida, ni excluida, ni decepcionada. Solo te veía como un miembro mayor y difícil de la familia. Hasta tal punto que parecías nuestra madre en lugar de nuestra hermana. Pero, tía..., no quiero descansar en el lugar que reservasteis para mí hace unos años en la tumba de nuestros antepasados. No quiero que me enterréis allí. Cuando vivía aquí y me despertaba de la niebla en mi cabeza, iba sola hasta esa tumba, para acostumbrarme a ella, ya que tenía que vivir allí después de la muerte. Era un lugar soleado y me gustaba ese pino inclinado aunque alto. Pero seguir siendo un miembro de esta familia aun después de la muerte me resultaría muy duro. Para intentar cambiar de opinión, cantaba mientras arrancaba malas hierbas y me sentaba allí hasta que se ponía el sol. Pero nunca logré sentirme cómoda. Viví con vuestra familia durante más de cincuenta años. Por favor, déjame marchar. Cuando asignamos las tumbas y tú dijiste que mi

parcela debía estar en un lugar por debajo de la cuesta donde estaba la tuya, te miré furiosa y dije: «Así podré hacerte recados aun estando muerta». Recuerdo que eso es lo que dije. No estés enfadada por eso, tía. He pensado mucho en ello, pero no lo dije con rencor. Solo quiero irme a casa. Iré a descansar allí.

Oh, veo que la puerta del cobertizo está abierta.

El viento la golpea como si fuera a arrancarla. Hay una fina capa de hielo sobre la tarima en la que me gustaba sentarme. Si alguien se sentara en ella sin ver el hielo, se resbalaría. Chi-hon solía leer en este cobertizo mientras le picaban las pulgas. Yo sabía que se escondía aquí, entre la pocilga y la caseta de la ceniza, con un libro. No la buscaba. Cuando Hyong-chol preguntaba por ella, le decía que no sabía dónde estaba. Porque me gustaba verla leer. Porque no quería que la molestaran. Sobre la madera que tapaba la pocilga había paja amontonada. Las gallinas ocupaban un lado para incubar los huevos. Nadie conseguía encontrar a mi niña, acurrucada en el montón de paja, poniéndose saliva en las picaduras de pulga para aliviar el dolor mientras leía. ¿Había sido divertido para ella esconderse allí y oír que su hermano abría puertas y entraba en la cocina buscándola? Y las gallinas, acurrucadas sobre el montón de paja que había encima de la pocilga, se enfadaban al oír a mi hija pasar las páginas. Esas gallinas, que no ponían huevos si no les preparábamos unos nidos calentitos y tentadores, eran sensibles a los crujidos de las páginas de Chi-hon, y una vez cacarearon tanto que su hermano la encontró. ¿Qué leía, escondida en silencio en el cobertizo, con un cerdo gruñendo a su lado, las gallinas cacareando por encima de ella, rodeada de paja y de una hoz, un rastrillo, una pala y toda clase de instrumentos de granja?

En primavera, la perra gruñía tumbada con su nueva camada bajo el porche, donde estaban desperdigados los zapatos de invierno de toda la familia. Se oía el goteo del agua de los aleros. ¿Por qué esa perra tan tranquila se volvía agresiva cuando tenía cachorros? Nadie que no fuera de la familia podía acercarse a ella. Cuando tenía una camada, Hyong-chol volvía a pintar el letrero de la verja azul que siempre había colgado allí, en el que se leía: CUIDADO CON EL PERRO. Una vez cogí un cachorro del porche mientras la perra dormía después de comer, lo puse en una cesta, lo cubrí con una manta, tapé con mis propias manos lo que creí que eran los ojos y se lo llevé a la tía.

—¿Por qué le tapas los ojos si está tan oscuro, mamá? —me preguntó mi hija pequeña, siguiéndome.

Pareció confusa aun cuando le expliqué que, si no lo hacía, el cachorro encontraría el camino de vuelta.

—¿Aunque esté tan oscuro?

—¡Sí, aunque esté tan oscuro!

Cuando la perra descubrió que el cachorro había desaparecido, se negó a comer y se quedó tumbada, enferma. Debía alimentarse para producir leche y amamantar a los demás cachorros. Me pareció que si yo no hacía algo se moriría, de modo que fui a buscar el cachorro y se lo puse al lado. La perra empezó a comer de nuevo. Esa perra vivía debajo del porche.

Oh, no sé dónde detener estos recuerdos, recuerdos que brotan por todas partes como verduras de primavera. Las cosas que había olvidado vuelven a toda velocidad. Desde los cuencos de arroz del estante de la cocina hasta los tarros de barro grandes y pequeños de la repisa de los condimentos, la estrecha escalera de madera que

llevaba al desván o la frondosa calabaza que trepaba debajo del muro de tierra.

No deberías salir de casa con este frío.

Si es demasiado para ti, pide ayuda a nuestra joven nuera. Siempre arreglaba todo en su casa, aunque no era de propiedad. Tiene ojo para esta clase de cosas, y es meticulosa y afectuosa. Aunque trabaja fuera, su casa siempre está reluciente, y ni siquiera tiene asistenta. Si te cuesta mantener la casa, intenta hablar con ella. Hazme caso, todo lo que toca se vuelve nuevo. ¿No te acuerdas de cuando alquilaron una casa de ladrillo, en una zona en desarrollo, cuyo propietario no se ocupaba del mantenimiento, y ella sola mezcló cemento y la arregló con sus propias manos? Una casa adquiere las características de la persona que vive en ella, y, dependiendo de quién sea esa persona, puede convertirse en una buena casa o en una casa muy extraña. Por favor, cuando llegue la primavera, planta flores en el patio, frota los suelos y arregla la parte del tejado que se ha hundido con la nieve.

Hace unos años, un día en que estabas borracho alguien te preguntó dónde vivías, y dijiste que en Yokchon-dong. A pesar de que hace veinte años que Hyong-chol se fue de Yokchon-dong. A pesar de que Yokchon-dong se ha difuminado en mi memoria. Tú nunca dabas muestras de verdadera felicidad o tristeza. Cuando Hyong-chol compró su primera casa en Yokchon-dong, Seúl, no dijiste gran cosa, pero supongo que en el fondo te sentías muy orgulloso. Por eso, ese día en que estabas borracho, te olvidaste de esta casa y nombraste esa, a la que íbamos de invitados tres o cuatro veces al año para pasar un par de noches. Ojalá pensaras en esta casa del mismo modo. Alrededor de esta casa brotaban cada año, sin que yo las plantara, unas florecitas preciosas que vivían en

la esquina del patio o cerca del patio trasero hasta que se marchitaban. En el patio, bajo el porche o en la parte trasera siempre había algo reuniéndose, yendo, viniendo, muriendo. Los pájaros se posaban en las cuerdas del tendedero como una colada parloteante y jugaban, chismorreaban, piaban. Creo que una casa empieza a parecerse a la gente que vive en ella. Si no, ¿acaso los patos habrían deambulado por el patio poniendo huevos en todas partes? Si no, ¿acaso me acordaría con tanta claridad de que en los días soleados ponía en una bandeja de mimbre finas rodajas de rábanos secos o raíces de taro hervidas y la colocaba en lo alto del muro de tierra? ¿Conservaría tan vívida la imagen de las zapatillas blancas recién lavadas de mi hija secándose al sol? A Chi-hon le gustaba mirar el cielo reflejado en el agua del pozo. Casi puedo ver cómo deja de sacar agua y se queda mirando abajo con la barbilla apoyada en las manos.

Cuídate... Yo me voy ya de esta casa.

El verano pasado, cuando me quedé atrás en la estación de Seúl, solo conseguía recordar cosas de cuando tenía tres años. Como lo había olvidado todo, lo único que podía hacer era echar a andar. No sabía ni quién era. Anduve y anduve. Todo estaba brumoso. El patio en el que solía jugar cuando tenía tres años apareció con toda claridad. Fue en esa época cuando mi padre, que andaba buscando oro y carbón en las minas, volvió a casa. Anduve lo más lejos que pude. Entre bloques de pisos, por colinas cubiertas de hierba, a través de campos de fútbol, anduve sin parar. ¿Adónde quería llegar caminando de ese modo? ¿Tal vez al patio en el que jugaba cuando tenía tres años? Cuando padre volvió a casa, cada mañana se iba a

trabajar en la construcción de una nueva estación de tren que estaba a diez *ri* de distancia. ¿Qué le pasó? ¿Qué clase de accidente fue el que le costó la vida? Dicen que, cuando los vecinos llegaron para contarle a mamá lo del accidente de padre, yo estaba corriendo por el patio. Seguí jugando mientras mamá se tambaleaba, se ponía pálida e iba al lugar del accidente con ayuda de los vecinos. Alguien pasó por mi lado y dijo: «¿Qué haces ahí riéndote como una boba? ¿Es que no sabes que tu padre ha muerto?». Y me dio una palmada en el trasero. Con solo ese recuerdo, anduve y anduve hasta que me desplomé de agotamiento.

Allí.

Mamá está sentada en el porche de la lúgubre casa donde nací.

Levanta la cabeza y me mira. Mi abuela tuvo un sueño mientras yo nacía. Una vaca de pelo castaño brillante se estiraba, recién despertada, y se levantaba sobre sus rodillas. Dijo que yo sería muy enérgica, ya que había nacido justo cuando la vaca utilizaba su energía para levantarse, y que debían cuidarme, pues me convertiría en una fuente de alegría. Mamá me mira los pies. Las tiras de la sandalia de goma azul se me están clavando. Se ve el hueso a través de la herida. La cara de mamá se descompone de dolor. Es la misma cara que vi cuando me miré en el espejo del armario después de dar a luz un hijo muerto. «Mi niña», dice mamá, y abre los brazos. Me sujeta por las axilas, como si sostuviera a un niño que acaba de morir. Me quita las sandalias de goma azules y pone mis pies en su regazo. No sonríe. No llora. ¿Lo supo? ¿Supo mamá que yo también iba a necesitarla toda mi vida?

Epílogo

El rosario de palo de rosa

Hace nueve meses que mamá desapareció.

Estás en Italia. Sentada en la escalera de mármol que baja a la plaza de San Pedro de la Ciudad del Vaticano, miras el obelisco egipcio. El guía, con la frente cubierta de sudor, grita:

—¡Por aquí! —Y dirige a la gente de tu grupo al pie de la escalera, a la sombra, cerca de la gran piña—. En los museos y en la catedral está prohibido hablar, así que les explicaré lo más importante antes de entrar. Voy a repartir auriculares, de modo que escuchen, por favor.

Coges los auriculares, pero no te los pones.

—Si no oyen nada por los auriculares —continúa el guía— es que están demasiado lejos de mí. Habrá tanta gente que no podré estar pendiente de cada uno de ustedes. Solo podré guiarlos si están cerca de mí, donde puedan oír mi voz.

Vas al aseo con los auriculares colgados alrededor del cuello. La gente de tu grupo te mira mientras te alejas. Te lavas las manos y, al abrir el bolso para coger un pañuelo con el que secártelas, ves dentro la carta arrugada de tu hermana. La cogiste del buzón de tu apartamento hace tres días, cuando te ibas de Seúl con Yu-bin. Con la maleta en una mano, delante de la puerta, leíste el nombre de tu hermana en el sobre. Era la primera vez que recibías una carta de tu

hermana. Y era una carta escrita a mano, no un simple e-mail. Te preguntaste si deberías abrirla, pero la metiste en el bolso. Tal vez pensaste que si la leías no podrías coger el avión con Yu-bin.

Sales del aseo y te sientas con el grupo. Pero, en lugar de ponerte los auriculares, sacas la carta de tu hermana, la sostienes un momento en la mano y luego rasgas el sobre.

Hermana:

Cuando fui a ver a mamá al volver de Estados Unidos, me regaló un caqui que me llegaba a las rodillas. Fui para recoger las cosas que le había dejado allí y me encontré a mamá desplomada en la despensa que hay junto al cobertizo, donde me guardaba la nevera, la cocina y la mesa. Yacía allí, con los miembros lánguidos. Los gatos del vecindario a los que daba de comer estaban sentados a su alrededor. Cuando la zarandeé, logró abrir los ojos, como si se despertara, y me miró y sonrió. «¡Estás aquí, hijita!», exclamó. Me aseguró que estaba bien. Ahora me doy cuenta de que perdió el conocimiento, pero ella insistió en que se encontraba bien, que había ido a la despensa para dar de comer a los gatos. Me había guardado todo lo que yo había dejado allí cuando me fui a Estados Unidos. Hasta los guantes de goma que le dije que utilizara. Me explicó que había estado a punto de usar la cocina de gas portátil para un rito ancestral, pero que al final no lo hizo. «¿Por qué no?», pregunté, y ella dijo: «Porque así, cuando regresaras, podría devolvértelo todo tal como lo habías dejado».

Cuando terminé de cargar todas las cosas en la furgoneta, mamá salió de detrás de la casa, donde guardaba los tarros con condimentos, con un caqui. Parecía avergonzada. Las raíces del árbol estaban envueltas en tierra y plástico. Lo había comprado para el patio de nuestra nueva casa. Era tan pequeño que me pregunté cuándo empezaría a dar fruto. Sinceramente, no quería

llevármelo. Íbamos a vivir en una casa con patio, pero no era nuestra, y me pregunté quién iba a cuidar del árbol. Mamá me caló y dijo: «Pronto verás caquis en este árbol; hasta setenta años pasan deprisa».

Yo seguía sin querer llevármelo, pero mamá dijo: «Así, cuando me muera, cogerás los caquis y pensarás en mí».

Mamá empezó a decir «cuando me muera...» cada vez con más frecuencia. Esa fue su arma durante mucho tiempo, ya sabes. Su única arma cuando sus hijos no hacían las cosas como ella quería. No sé cuándo empezó, pero cuando no aprobaba algo decía: «Ya lo harás a tu manera cuando yo me haya muerto». Me llevé el pequeño caqui a Seúl en la furgoneta, aunque no sabía si sobreviviría, y enterré las raíces hasta la marca que mamá había hecho en el tronco. Más tarde, cuando mamá fue a Seúl, me dijo que lo había plantado muy cerca del muro y que debía trasplantarlo. Me pidió muchas veces que lo trasplantara. Yo le decía que sí, pero no lo hacía. Mamá quería que lo trasladara a un rincón vacío del patio donde yo pensaba plantar un árbol grande si algún día tenía dinero suficiente para comprar la casa. La verdad es que no pretendía trasplantar ese arbolito que solo tenía un par de ramas y que todavía no me llegaba ni a la cintura, pero le decía que sí. Antes de su desaparición, mamá empezó a llamarme cada dos días para preguntarme: «¿Has trasplantado el caqui?». Yo me limitaba a responder: «Lo haré luego».

Hermana. Ayer, con mi niño a la espalda, fui en taxi a So-orung y compré excrementos de pollo en polvo. Luego cavé un hoyo en el lugar que mamá había señalado y planté allí el caqui. No me sentía mal por no haberle hecho caso, pero cuando lo desenterré me llevé una sorpresa. Cuando traje el árbol aquí, las raíces eran tan pequeñas que lo miraba continuamente, dudaba de que

pudiera arraigar siquiera, pero, cuando lo desenterré para trasplantarlo, las raíces se habían extendido mucho por la tierra, enmarañadas. Me impresionó su forma de aferrarse a la vida, su determinación de sobrevivir a toda costa en la tierra yerma. ¿Me regaló mamá el árbol para que viera cómo se multiplicaban las ramas y se ensanchaba el tronco? ¿Para decirme que, si quería ver el fruto, tenía que cuidarlo bien? ¿O simplemente no tenía dinero para comprar un árbol grande? Por primera vez me sentí unida a ese caqui. Mis dudas acerca de que pudiera dar fruto se desvanecieron.

¿Te acuerdas de que hace tiempo me pediste que te contara algo sobre mamá que solo supiera yo? Yo te respondí que no la conocía. Que todo lo que sabía era que mamá había desaparecido. Pues ahora es lo mismo. No sé de dónde sacaba su fuerza. Piénsalo. Mamá hacía cosas que una persona sola no puede hacer. Creo que por eso se fue vaciando y vaciando hasta que se convirtió en alguien que no era capaz de encontrar la casa de ninguno de sus hijos. No me reconozco a mí misma; doy de comer a mis hijos, los peino, los llevo al colegio, y no puedo salir a buscar a mamá aunque haya desaparecido. Dijiste que yo era diferente, distinta de las madres jóvenes de hoy día, que una pequeña parte de mí es un poquito como ella, pero, hermana, creo que yo no puedo ser como mamá. Desde que mamá desapareció, pienso a menudo: «¿He sido una buena hija? ¿Podría hacer por mis hijos lo que ella hizo por mí?».

Solo sé una cosa. No puedo hacerlo como ella lo hizo. Aunque quisiera. Mientras doy de comer a mis hijos, a menudo me enfado, me agobio, como si se me aferraran a los tobillos. Quiero a mis hijos, y cuando pienso: «¿De verdad los he parido yo?», me emociono. Pero no puedo darles mi vida entera como hizo mamá.

Según la situación, me comporto como si fuera a darles mis ojos si los necesitaran, pero yo no soy mamá. Sigo deseando que el pequeño se dé prisa en crecer. Tengo la sensación de que mi vida se ha estancado debido a los niños. En cuanto el pequeño sea un poco mayor, lo llevaré a una guardería o buscaré a alguien que lo cuide y me pondré a trabajar. Eso es lo que haré. Porque yo también tengo una vida. Cuando comprendí esto sobre mí misma, me pregunté cómo consiguió mamá hacer lo que hizo y descubrí que en realidad no la conocía. Por mucho que digamos que las circunstancias la obligaron a pensar solo en nosotros, ¿cómo hemos podido pensar en mamá como mamá toda su vida? Aunque soy madre, tengo muchos sueños y recuerdo muchas cosas de la niñez, de cuando era adolescente y de mi juventud, y no he olvidado nada. ¿Por qué pensamos que mamá fue mamá desde el principio? Mamá no tuvo la oportunidad de perseguir sus sueños, y se enfrentó ella sola a todo lo que la época le ofrecía, pobreza y tristeza, y no pudo hacer nada con la suerte que le había tocado aparte de sufrirla e ir más allá, dando lo mejor de sí, entregándose en cuerpo y alma a la vida. ¿Por qué nunca me paré a pensar en los sueños de mamá?

Hermana.

Me entraron ganas de hundir la cara en el hoyo que había cavado para el caqui. Si yo no puedo vivir como mamá, ¿qué me hace pensar que ella quería vivir así? ¿Por qué nunca se me ocurrió pensarlo cuando estaba entre nosotros? Aunque soy su hija, nunca se me pasó por la cabeza lo sola que debía de sentirse. Qué injusto es que lo sacrificara todo por nosotros y que ninguno la entendiéramos.

Hermana, ¿crees que volveremos a estar con ella, aunque solo sea un día? ¿Crees que me concederán el tiempo suficiente para

comprender a mamá, escuchar sus anécdotas y consolarla por sus viejos sueños que quedaron sepultados en las páginas del pasado? Si me dieran al menos unas pocas horas le diría que amo todo lo que hizo, que la amo por haber sido capaz de hacer todo eso, que amo esa vida suya que nadie recuerda. Que la respeto.

Por favor, no des por perdida a mamá. Por favor, búscala.

Quizá tu hermana no pudo escribir la fecha ni una despedida. En la carta hay borrones, como si hubiera llorado mientras la escribía. Te quedas largo rato mirando las manchas amarillentas; luego doblas la carta y vuelves a meterla en el bolso. Tal vez, mientras tu hermana la escribía, su hijo pequeño, que probablemente había comido algo del suelo, se acercó y empezó a cantar con torpeza la canción infantil «Mamá osa...» aferrado a ella. Y con toda probabilidad tu hermana lo miró, aunque con expresión sombría, y cantó: «¡Es delgada!». Entonces el niño, que no entendía la emoción de su madre, quizá sonrió de oreja a oreja y dijo: «Papá oso...», esperando que ella terminara la frase. Y tu hermana seguramente la terminó: «¡Es regordete!». Es posible que tu hermana no pudiera escribir el final de la carta porque el niño, tratando quizá de trepar por su pierna, cayó, se golpeó la cabeza contra el suelo y estalló en un llanto desesperado. Y tu hermana, al ver el cardenal azulado que se extendía sobre la suave piel del niño, derramó las lágrimas que había estado conteniendo.

Doblas la carta, la guardas en el bolso, y la voz apasionada del guía resuena en tus oídos.

—Lo más destacado de este museo es la *Creación de Adán*, en el techo de la Capilla Sixtina, que veremos al final. Miguel Ángel se pasó cuatro años colgado de una viga del techo para pintar este fresco, y tiempo después tenía tan mal la vista que no podía leer ni

ver cuadros a menos que saliera al aire libre. Los frescos están hechos sobre estuco de yeso, por lo que tenía que acabarlos antes de que se secara. Si no lograba hacer el trabajo, que solía llevar un mes, en un día, el estuco se secaba y había que volver a empezar. El haberse pasado cuatro años colgado del techo explica que tuviera problemas de cuello y espalda el resto de su vida.

Lo último que hiciste en el aeropuerto antes de subir al avión fue llamar a tu padre. Después de la desaparición de mamá, tu padre vivió entre su casa y Seúl, pero en primavera volvió a casa definitivamente. Lo llamabas todos los días, por la mañana o a veces por la noche. Contestó al primer timbrazo, como si esperara al lado del teléfono. Padre decía tu nombre antes de que le dijeras que eras tú. Eso era algo que mamá hacía siempre. Estaba arrancando malas hierbas en el jardín y, cuando el teléfono sonaba, decía a padre: «¡Contesta, es Chi-hon!». Cuando le preguntaste cómo sabía quién llamaba, se encogió de hombros y dijo: «Solo... lo sé». Desde que vive sin mamá en la casa vacía, padre sabe que eres tú desde el primer timbrazo. Le dijiste que tal vez no podrías llamar en un tiempo porque tendrías que hacer cálculos para saber a qué hora llamar desde Roma para encontrarlo despierto. De pronto, como si no te escuchara, padre dijo que debería haber dejado que mamá se operara de su empiema sinusal.

—¿A mamá también le dolía la nariz? —preguntaste con tono inexpresivo.

Padre dijo que mamá, con el cambio de estaciones, no podía dormir por la tos.

—Yo tuve la culpa. Si mamá no tenía tiempo para cuidar de sí misma era por mí.

Cualquier otro día le habrías dicho: «Padre, nadie tiene la culpa». Pero ese día las palabras brotaron solas de tu boca:

—Sí, es por tu culpa.

Padre inhaló bruscamente al otro lado de la línea. No sabía que llamabas desde el aeropuerto.

—Chi-hon —dijo tras una larga pausa.

—Sí.

—Tu mamá ya ni siquiera está en mis sueños.

No dijiste nada.

Padre guardó silencio un momento y luego empezó a hablar de los viejos tiempos. Dijo que un día cocinaron un pez sable que Hyong-chol había mandado. Mamá desenterró un rábano coronado de hojas verdes del huerto de la colina, lo limpió, lo peló con un cuchillo y lo cortó en grandes trozos, lo puso en el fondo de la cazuela, colocó el pescado encima y lo cocinó al vapor; la carne del pescado se volvió roja de tantas especias que puso. Le cortó un buen trozo a papá y se lo puso en el cuenco de arroz. Padre lloraba mientras recordaba ese día de primavera en que compartieron el pescado que mamá había preparado por la mañana y se echaron, con el estómago lleno, a dormir la siesta. Dijo que entonces no había sabido que eso era la felicidad.

—Me siento mal por tu mamá. Me quejaba todo el tiempo de que estaba enfermo.

Era cierto. O estaba fuera de casa o, cuando volvía, estaba enfermo. Parecía que se arrepentía de eso.

—Cuando empecé a enfermar con la edad, a tu mamá debió de pasarle lo mismo.

¿Mamá era incapaz de decir que le dolía algo porque las enfermedades de padre la relegaban a un segundo plano? Ella cuidaba a todos en la familia, así que no podía caer enferma. Cuando padre cumplió cincuenta años, empezó a tomar un medicamento para la presión arterial, le dolían las articulaciones y

tuvo cataratas. Poco antes de que mamá desapareciera, a padre le operaron de una rodilla varias veces en un año y, como tenía problemas para orinar, le operaron de próstata. Se derrumbó de un infarto cerebral y estuvo ingresado en el hospital tres veces en un año, y cada vez le daban de alta quince días o un mes después y el ciclo se repetía. Cuando eso ocurría, mamá dormía en el hospital. La familia contrató a un enfermero para padre, pero mamá tenía que pasar las noches allí. El primer día que se quedó a dormir el enfermero, padre fue al cuarto de baño en medio de la noche, cerró el pestillo y se negó a salir. Mamá, que estaba en casa de Hyong-chol, recibió una llamada del enfermero diciendo que no sabía qué hacer con la repentina rebelión de padre. Mamá fue enseguida al hospital, aunque era plena noche, y tranquilizó a padre, que seguía encerrado en el cuarto de baño.

—Soy yo. Abre la puerta, soy yo.

Padre, que se había negado a abrir por mucho que le dijeran, al oír la voz de mamá abrió la puerta. Estaba acuclillado junto al retrete. Mamá lo ayudó a acostarse y padre la miró largo rato hasta que se quedó dormido. Luego no se acordaba de nada. Al día siguiente le preguntaste por qué había hecho eso.

—¿Quieres decir que lo hice? —respondió. Y, temiendo que siguieras interrogándolo, cerró los ojos.

—Mamá también tiene que descansar, padre.

Padre se volvió. Sabías que fingía estar dormido y que os oía hablar a mamá y a ti. Mamá dijo que creía que lo había hecho porque tenía miedo. Debía de haberse despertado y, al ver que no estaba en casa, sino en un hospital, rodeado de desconocidos, sin su familia, se había escondido, preguntándose dónde estaba, asustado.

—¿Qué le asusta tanto? —debió de oírte murmurar tu padre.

—¿Tú nunca has tenido miedo? —Mamá lanzó una mirada a padre y continuó en voz baja—: Tu padre dice que yo también lo hago a veces. Dice que, cuando se despierta en medio de la noche y no estoy a su lado, sale a buscarme y me encuentra escondida en el cobertizo o detrás del pozo, agitando las manos delante de mí y diciendo: «No me hagas eso». Dice que cuando me encuentra estoy temblando.

—¿Tú, mamá?

—Yo no recuerdo haberlo hecho. Tu padre dice que tiene que llevarme a la casa y que me acuesta y me da agua, y que al final me duermo. Si yo me comporto así, estoy segura de que tu padre también tiene miedo.

—¿Miedo de qué?

—Creo que simplemente de vivir el día a día —murmuró mamá bajito—. Lo que más me aterraba era ver que el tarro de arroz estaba vacío. Cuando creía que iba a tener que dejaros pasar hambre..., se me secaban los labios de miedo. Había días así.

Padre nunca te contó, a ti ni a nadie de la familia, que mamá actuaba a veces de ese modo. Cuando lo llamabas, después de que mamá desapareciera, sacaba viejas anécdotas al azar para posponer el momento de colgar, pero nunca te dijo que mamá se escondía en alguna parte en medio de la noche mientras dormía.

Miras el reloj. Son las diez de la mañana. ¿Se habrá despertado Yu-bin? ¿Habrá desayunado?

Hoy te has despertado a las seis de la mañana en un viejo hotel situado frente a la estación Termini. Desde la desaparición de mamá, una profunda desesperación te oprime el cuerpo y el corazón, como

si te hundieras en el agua. Has hecho amago de levantarte de la cama, y Yu-bin, que dormía de espaldas a ti, se ha vuelto y ha tratado de abrazarte. Le has cogido el brazo y se lo has apoyado con suavidad en la cama. Rechazado, se ha cubierto la frente con el brazo y ha dicho:

—Deberías dormir un poco más.

—No puedo dormir.

Ha movido el brazo y se ha dado la vuelta. Has mirado su espalda obstinada, has alargado una mano y se la has acariciado..., la espalda de tu novio, a quien no has podido abrazar con calidez desde que mamá desapareció.

Agotados de buscar a mamá, os quedabais a menudo en silencio cuando os reuníais todos. Y luego alguno daba la nota. Abría la puerta de una patada para irse o se servía *soju* en una jarra de cerveza y se lo bebía de un trago. Apartando los recuerdos de mamá que brotaban a vuestro alrededor, todos pensabais lo mismo: «Si mamá estuviera aquí... Si mamá dijera una última vez desde el otro lado de la línea: "¡Soy yo!". Mamá siempre decía: "¡Soy yo!"». Después de su desaparición, cuando os veíais, no erais capaces de mantener ninguna clase de conversación durante más de diez minutos. La pregunta «¿Dónde está mamá?» se colaba entre vuestros pensamientos y os ponía nerviosos.

—Creo que hoy quiero estar sola —te has atrevido a decir.

—¿Qué vas a hacer tú sola? —ha preguntado él, todavía de espaldas.

—Quiero ir a la basílica de San Pedro. Ayer, mientras te esperaba en el vestíbulo del hotel, me apunté a una visita guiada al Vaticano. Tengo que prepararme si quiero llegar. Dijeron que saldríamos a las

siete y veinte del vestíbulo. Dijeron que hay tanta cola que si no estás allí antes de las nueve tardas más de dos horas en entrar.

—Puedes ir conmigo mañana.

—Estamos en Roma. Hay muchos otros sitios a los que puedo ir contigo.

Te has lavado la cara sin hacer ruido para no molestarlo. Querías lavarte también el pelo, pero te ha parecido que sería demasiado ruidoso, así que te lo has recogido atrás mirándote en el espejo. Al salir del cuarto de baño, después de cambiarte de ropa, has dicho, como si acabaras de acordarte:

—Gracias por traerme aquí.

Él se ha tapado la cara con la sábana. Sabes que está teniendo toda la paciencia del mundo. Te ha presentado como su esposa a la gente que habéis conocido aquí. Probablemente lo serías si hubierais encontrado a mamá. Después de su seminario matinal se suponía que iríais a comer con otras dos parejas. Si va solo, los demás le preguntarán por su mujer. Has mirado a tu novio, con la sábana tapándole la cabeza, y te has ido.

Después de que mamá desapareciera, empezaste a comportarte de forma impulsiva. Bebías impulsivamente y cogías impulsivamente un tren para ir a la casa de tus padres en el campo. Te quedabas mirando el techo de tu estudio, incapaz de dormir, luego te levantabas y deambulabas por las calles de Seúl pegando volantes, tanto te daba que fuera en medio de la noche o al amanecer. Una vez irrumpiste en la comisaría y gritaste que buscaran a tu madre. Hyong-chol acudió a la comisaría después de recibir una llamada y se quedó mirándote. «¡Busca a mamá!», le gritaste a tu hermano, que en cierto modo había empezado a aceptar la ausencia de mamá y a veces incluso iba a jugar al golf.

Tu grito encerraba tanto una protesta contra las personas que conocían a mamá como odio hacia ti misma por no haber sido capaz de encontrarla. Tu hermano escuchó con calma tus gritos de ataque: «¿Cómo puedes estar tan tranquilo? ¿Por qué no estás buscando a mamá? ¿Por qué? ¿Por qué?».

Lo único que podía hacer tu hermano era recorrer la ciudad contigo por la noche. Rastreabais las entradas de las estaciones de metro, tú con el abrigo de visón de mamá puesto o colgado del brazo. Te lo trajiste el invierno pasado para poder envolver con él a mamá, que iba con ropa de verano la última vez que la vieron, cuando la encontrarais. Tu sombra con el abrigo de visón puesto se proyectaba en los edificios de mármol mientras os abríais paso entre los vagabundos que utilizaban periódicos o cajas de *ramen* como mantas para dormir. Teníais el móvil conectado a todas horas, pero ya no llamaba nadie para decir que había visto a alguien que se parecía a mamá.

Un día fuiste a la estación de Seúl, al lugar donde mamá se había quedado atrás, y chocaste con tu hermano mayor, que estaba ahí de pie, sin rumbo. Os sentasteis juntos y mirasteis cómo iban y venían los trenes hasta que se cerró el servicio. Él comentó que al principio había creído que, si se sentaba allí, mamá aparecería, le daría unos golpecitos en el hombro y diría: «¡Hyong-chol!», pero que ya no creía que eso fuera a ocurrir. Dijo que ya no pensaba, que tenía la mente en blanco. Cuando no quería volver directamente del trabajo a casa, se sorprendía yendo a la estación.

Un día de fiesta fuiste a su casa. Lo viste bajar del coche con los palos de golf y gritaste: «¡Cabrón!», y le montaste una escena. Si hasta tu hermano acepta que mamá ha desaparecido, ¿quién va a encontrarla? Cogiste los palos y los tiraste al suelo. Poco a poco

todos se iban convirtiendo en el hijo, la hija, el marido cuya madre y esposa ha desaparecido. Incluso sin mamá, la vida continuaba.

Otro día fuiste a primera hora de la mañana a la estación donde mamá había desaparecido y volviste a encontrarte a tu hermano. Lo abrazaste por detrás a la luz del amanecer. Él dijo que tal vez los únicos que pensábamos que la vida de mamá había estado llena de sacrificio y dolor éramos nosotros, sus hijos, porque nos sentíamos culpables. Que quizá estábamos subestimando su vida. Debes decir en su favor que recordó algo que mamá siempre decía ante la más mínima cosa buena que pasaba: «¡Me siento agradecida!», o «¡Eso es algo por lo que deberíamos sentirnos agradecidos!». Mamá expresaba su gratitud por las pequeñas oleadas de felicidad que todo el mundo experimentaba. Tu hermano dijo que la gratitud de mamá era sincera, que se sentía agradecida por todo, y que alguien que se sentía tan agradecido no podía haber llevado una vida tan desdichada. Cuando os separasteis, tu hermano dijo que tenía miedo de que mamá, si volvía, no lo reconociera. Tú le dijiste que para mamá él era la persona más querida del mundo, que mamá siempre lo reconocería, no importaba dónde estuviera o cuánto hubiera cambiado. Cuando lo llamaron a filas y entró en el campo de instrucción, hubo un día de visita para los padres. Mamá hizo pasteles de arroz, los cargó sobre su cabeza y se fue a ver a Hyong-chol, contigo a la zaga. Aunque había cientos de soldados vestidos igual y haciendo los mismos pasos de taekwondo, fue capaz de reconocerlo desde lejos. Para ti todos eran iguales, pero sonrió con una sonrisa de oreja a oreja y lo señaló: «¡Ahí está tu hermano!».

Por una vez estabas hablando con tu hermano sobre mamá con tranquilidad, pero de pronto alzaste la voz y le preguntaste por qué había desistido de buscarla. «¿Por qué estás aquí hablando de mamá como si no fuera a volver?», le gritaste. Él respondió: «Dime, ¿cómo

se supone que voy a encontrarla?». En su desesperación, se arrancó los primeros botones de su camisa blanca y acabó mostrándote sus lágrimas. A partir de entonces dejó de contestar a tus llamadas.

Solo después de que tu madre desapareciera, te diste cuenta de que las anécdotas sobre ella se habían amontonado dentro de ti en pilas interminables. La vida cotidiana de mamá se sucedía en un bucle, sin una pausa. Las palabras que pronunciaba cada día, en las que nunca te paraste a pensar en profundidad y que a veces desdeñabas cuando estaba contigo, despertaron en tu corazón y crearon olas gigantescas. Te diste cuenta de que su posición en la vida no cambió ni siquiera después de que terminara la guerra, cuando la familia tenía qué comer. Cuando la familia se reunió por primera vez en mucho tiempo y se sentó alrededor de la mesa, con padre en la cabecera, para hablar de las elecciones presidenciales, mamá cocinó, sirvió la comida, lavó los platos, limpió y colgó los trapos húmedos para que se secaran. Mamá se ocupó de reparar la verja, el tejado y el porche. En lugar de ayudarla con los trabajos que hacía sin descanso, incluso tú dabas por sentado que eran tarea de ella y lo aceptabas como algo normal. A veces, como señaló tu hermano, su vida te parecía decepcionante..., a pesar de que mamá, sin haber disfrutado nunca de una situación holgada, siempre se esforzó por darte lo mejor de todo, a pesar de que era mamá quien te daba unas palmaditas tranquilizadoras cuando te sentías sola.

Cuando los ginkgo de delante del Ayuntamiento empezaron a echar hojas nuevas, tú estabas acuclillada bajo un gran árbol en una vía principal que llevaba a Samchong-dong. Era increíble que llegara la primavera sin mamá, que el hielo que cubría el suelo se fundiera y los árboles empezaran a despertar. Tu corazón, que te había

sostenido durante este calvario con la creencia de que conseguirías encontrarla, se hizo trizas. «Aunque mamá ha desaparecido —pensaste—, llegará el verano, llegará el otoño, llegará el invierno. Y viviré en un mundo sin mamá.» Podías imaginar una carretera desierta. Y a la mujer desaparecida caminando por ella con unas sandalias de goma azules.

Sin decírselo a nadie de la familia te fuiste con Yu-bin a Roma, donde él iba a asistir a un seminario. Aunque te pidió que lo acompañaras, no esperaba que le dijeras que sí. Cuando decidiste ir con él, se quedó un poco sorprendido, pero hizo cambios en su agenda pacientemente. El día anterior a vuestra partida incluso te llamó para preguntarte: «No ha cambiado nada, ¿verdad?». Cuando subiste con él al avión con destino a Roma te preguntaste por primera vez si el sueño de mamá había sido viajar. Mamá siempre te decía con expresión preocupada que no subieras a aviones, pero cuando volvías de alguna parte siempre te hacía preguntas minuciosas sobre el lugar donde habías estado. «¿Qué clase de ropa llevan los chinos?» «¿Cómo llevan los indígenas a los bebés?» «¿Qué ha sido lo más rico que has comido en Japón?» Las preguntas de mamá se derramaban sobre ti. Tú siempre respondías sucintamente: «Los chinos se quitan la camisa en verano y van por ahí con el torso desnudo», «La mujer indígena que vi en Perú llevaba a su hijo envuelto en tela de saco y a la cadera», «La comida japonesa es muy dulce». Cuando mamá te hacía más preguntas, te impacientabas y decías: «¡Luego te lo cuento, mamá!». Pero luego nunca había oportunidad para esas conversaciones porque tú siempre tenías algo más importante que hacer. Te recostaste en el asiento del avión y soltaste un profundo suspiro. Fue mamá quien quiso que vivieras lejos de casa. Fue ella quien te mandó a una edad

tan temprana a la ciudad, lejos de tu lugar natal. Caes dolorosamente en la cuenta de que mamá tenía la misma edad que tú ahora cuando te llevó ella sola a la ciudad y regresó a casa en el tren nocturno. Una mujer. Esa mujer desapareció poquito a poco, olvidó la alegría de haber nacido, su infancia, sus sueños, se había casado antes de tener su primer período, había dado a luz a cinco hijos y los había sacado adelante. La mujer que, en lo que se refería a sus hijos, nada la sorprendía ni la desconcertaba. La mujer cuya vida se había visto marcada por el sacrificio hasta el día en que desapareció. Te comparas con mamá. Pero mamá era un mundo en sí misma. Si tú fueras ella, no huirías de este modo, no huirías por miedo.

Toda la ciudad de Roma es literalmente un conjunto histórico. Las cosas negativas que oyes sobre ella —hay huelga de transportes cada poco y ni siquiera piden disculpas a los pasajeros; intentan robarte el reloj delante de tus narices; las calles están llenas de pintadas y de basura— no te preocupan. Observas todo sin inmutarte, aunque un taxista te timó y tus gafas de sol desaparecieron en cuanto las dejaste sobre la mesa de un café. Has ido a visitar varias ruinas tú sola en los tres días que Yu-bin ha estado en el seminario. El Foro Romano, el Coliseo, las termas de Caracalla, las catacumbas. Tú, indiferente, en las espaciosas ruinas de la gran ciudad. Todo en Roma simboliza civilización. Pero, aunque hay rastros del pasado esparcidos ante ti allá adonde vayas, no has guardado nada en tu corazón.

Ahora estás mirando las estatuas de los santos de la *piazza* redonda, pero tus ojos no se detienen en ninguna parte. El guía explica que la Ciudad del Vaticano no solo es un país en el mundo secular, sino que es también el país de Dios; que el territorio solo

abarca cuarenta y cuatro hectáreas, pero es un Estado independiente que tiene moneda propia y emite sus propios sellos postales. No escuchas las explicaciones del guía. Aunque hay muy pocas personas alrededor, desplazas la mirada de una a otra, inquieta, mientras te preguntas: «¿Está mamá por aquí?». Es imposible que mamá esté entre los turistas occidentales, pero aun así tus ojos no logran posarse en ningún objeto. Tus ojos se encuentran con los ojos del guía, que ha explicado que vino aquí hace siete años para estudiar música vocal. Avergonzada porque ni siquiera llevas los auriculares, te los pones. «La Ciudad del Vaticano es el país más pequeño del mundo. Pero en un solo día recibe la visita de treinta mil personas.» Al oír las explicaciones del guía, te muerdes el labio por dentro. Las palabras de mamá acuden a ti como un destello. ¿Cuándo fue? Mamá te preguntó cuál era el país más pequeño del mundo. Te pidió que le compraras un rosario de palo de rosa si alguna vez ibas a ese país. El país más pequeño del mundo. De pronto prestas atención. ¿Este país? ¿La Ciudad del Vaticano?

Con los auriculares todavía puestos, te alejas de tu grupo, sentado al pie de la escalera de mármol para refugiarse del sol, y entras sola en el museo. Un rosario de palo de rosa. Pasas debajo del majestuoso arte del techo y delante de la hilera de esculturas cuyo fin no alcanzas a ver. Tiene que haber una tienda de regalos en alguna parte, y quizá allí tengan a la venta un rosario de palo de rosa. Cuando te abres paso entre la gente en busca de un rosario de palo de rosa, te detienes a la entrada de la Capilla Sixtina. ¿Miguel Ángel estuvo colgado de las vigas de esos altos techos cada día durante cuatro años para pintar el fresco? El tamaño del fresco, muy diferente de como se ve en los libros, te abruma. Sí, lo extraño habría sido que no tuviera problemas de salud después de terminar

ese proyecto. El dolor y la pasión del artista se derraman como agua en tu cara cuando te detienes bajo la *Creación de Adán*. Tu instinto no se equivoca; en cuanto sales de la Capilla Sixtina ves una tienda de objetos de regalo. Detrás de unos mostradores con vitrina hay unas monjas de blanco. Miras a los ojos de una monja en particular.

—¿Es usted coreana? —El coreano brota de los labios de la monja.

—Sí.

—Yo también. Es usted la primera persona coreana que encuentro desde que me destinaron aquí. Hace cuatro días. —La monja sonríe.

—¿Tienen rosarios de rosa?

—¿Rosarios de rosa?

—Rosarios hechos de madera de palo de rosa.

—Ah. —La monja te lleva a una parte del mostrador—. ¿Se refiere a esto?

Abres la caja del rosario que te ofrece la monja. El olor a rosa sale junto con el aire estanco. ¿Conocía mamá este olor?

—Lo ha bendecido un sacerdote esta mañana.

¿Es este el rosario de palo de rosa del que habló mamá?

—¿Este es el único lugar donde puede conseguirse este rosario?

—No, puede conseguirlo en todas partes. Pero, como estamos en el Vaticano, tiene más significado si es de aquí.

Miras la etiqueta del precio en la caja: 15 euros. Cuando le das el dinero a la monja te tiemblan las manos. La monja, con la caja en la mano, te pregunta si es un regalo. «¿Un regalo? ¿Podría dárselo a mamá? ¿Podría?» Cuando asientes, la monja saca del mostrador un sobre blanco con la imagen de la *Pietà* impresa, mete la caja en él y lo cierra con una etiqueta adhesiva.

Con el rosario en la mano echas a andar hacia la basílica de San Pedro. Te asomas desde la entrada. La luz cae en cascada desde la cúpula del suntuoso cimborio de bronce. Entre las nubes blancas del

fresco del techo flotan ángeles. Pones un pie en la basílica y miras más allá del gran halo lacado del fondo. Mientras recorres la nave central tus pies se detienen. Algo tira de ti, con fuerza. ¿Qué es? Te abres paso entre la gente hacia lo que tira de ti como un imán. Levantas la vista para ver qué está mirando la gente. La *Pietà*. La Santa Madre sosteniendo en sus brazos a su hijo muerto detrás de un cristal antibalas. Como si alguien tirara de ti, te cuelas entre la gente hasta colocarte la primera. En cuanto ves la grácil imagen de la Santa Madre sosteniendo el cuerpo de su hijo, que acaba de exhalar su último aliento, te quedas petrificada. ¿Es mármol? El cuerpo del muerto parece conservar todavía algo de calor. Los ojos de la Santa Madre, que ladea la cabeza hacia el cuerpo de su hijo tendido en su regazo, están llenos de dolor. Aunque la muerte ya los ha tocado, los cuerpos parecen reales..., como si pudieras hundir un dedo en la carne. La mujer a la que se le negó la maternidad ofrecía su regazo al cuerpo de su hijo. Están llenos de vida, como si estuvieran vivos. Notas que alguien te roza la espalda y te vuelves rápidamente. Es como si mamá estuviera detrás de ti.

Caes en la cuenta de que solías pensar en mamá cuando algo no iba bien en tu vida porque cuando pensabas en ella era como si las cosas volvieran a encarrilarse, te sentías revigorizada. Seguiste con la costumbre de llamarla por teléfono incluso después de que desapareciera. Cuántos días estuviste a punto de hacerlo y te quedaste inmóvil, aturdida. Pones el rosario de palo de rosa frente a la *Pietà* y te arrodillas. Es como si la mano de la Santa Madre, que mece a su hijo muerto, se moviera. Te cuesta contemplar su tormento mientras sostiene a su hijo, que ha alcanzado la muerte después de soportar mucho dolor. No oyes nada, y la luz del techo ha desaparecido. La catedral del país más pequeño del mundo se ha sumido en un silencio profundo. El corte en el interior de tu labio

sigue sangrando. Tragas la sangre que te llena la boca y logras alzar la cabeza para mirar a la Santa Madre. Alargas las manos y tocas con las palmas el cristal antibalas. Si pudieras, te gustaría cerrar los ojos afligidos de la Santa Madre. Sientes vívidamente el olor de mamá, como si hubierais dormido bajo la misma manta la noche anterior y la hubieras abrazado al despertarte esta mañana.

Un invierno, mamá envolvió con sus ásperas manos tus manos jóvenes y frías, y te llevó al horno de la cocina. «¡Tienes las manos como cubitos de hielo!» Oliste la fragancia única de mamá, que se arrimó a ti frente al fuego y te frotó una y otra vez las manos para calentártelas.

Sientes que los dedos de la Santa Madre, que asoman por debajo del brazo de su hijo muerto, se alargan y te acarician la mejilla. Te quedas de rodillas frente a ella, que ni siquiera logra levantar las manos de su hijo, marcadas por las heridas infligidas por los clavos, hasta que ya no oyes pasos en la basílica. Abres los ojos. Miras los labios de la Santa Madre, debajo de sus ojos inmersos en dolor. Sus labios están cerrados con una dignidad que nadie puede alterar. Profundos suspiros escapan de los tuyos. Los delicados labios de la Santa Madre se han desplazado más allá del dolor de sus ojos hacia la compasión. Vuelves a mirar a su hijo muerto. Tiene los brazos y las piernas plácidamente extendidos sobre las rodillas de la madre. Ella tranquiliza a su hijo aun en la muerte. Si hubieras dicho a tu familia que te ibas de viaje, todos habrían supuesto que habías renunciado a encontrar a mamá. Como no tenías posibilidad de convencerlos de lo contrario, has venido a Roma, pero no se lo has contado. ¿Has venido aquí para ver la *Pietà*? Cuando Yu-bin te propuso que lo acompañaras a Italia, tal vez pensaste inconscientemente en esta escultura. Quizá querías rezar en este lugar, rezar para ver por última vez a la mujer que vivió en un

pequeño país pegado a un extremo del vasto continente asiático, para encontrarla, y esa es la razón por la que estás aquí. O tal vez no. Tal vez ya habías comprendido que mamá ya no existía en este mundo. Tal vez viniste aquí porque querías suplicar: «Por favor, no te olvides de mamá. Por favor, ten piedad de mamá». Pero ahora que has visto la estatua al otro lado del cristal, colocada sobre un pedestal, abrazando con sus frágiles brazos todo el dolor de la humanidad desde la Creación, eres incapaz de decir nada. Miras los labios de la Santa Madre. Cierras los ojos, retrocedes y sales de allí. Te cruzas con una fila de sacerdotes, probablemente van a oficiar la misa. Sales de la basílica y bajas la vista, aturdida, hacia la *piazza* rodeada de largos soportales y coronada de luz brillante. Y solo entonces brotan de tus labios las palabras que no has podido pronunciar delante de la estatua.

—Por favor, cuida de mamá.

Notas

1. El Chuseok es una de las principales fiestas de Corea del Sur. Se celebra el día 15 del octavo mes lunar, entre septiembre y octubre en el calendario gregoriano, para agradecer la cosecha y honrar a los antepasados. *(N. de la t.)*

Por favor, cuida de mamá
Kyung-sook Shin

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este ebook estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.
Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas reproducir algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.
Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

Título original: *Please Look After Mom*

Diseño de la portada, Planeta Arte & Diseño
© de la ilustración de la portada, María Viñas

© Kyung-sook Shin, 2008
This edition is published by agreement with Barbara J. Zitwer Agency, KL Management and SalmaiaLit

© de la traducción del inglés, Aurora Echevarría Pérez, 2011

© Editorial Planeta, S. A., 2025
Ediciones Destino, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.edestino.es
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): septiembre de 2025

ISBN: 978-84-233-6835-8 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

Table of Contents

Portadilla
Cita
1. Nadie lo sabe
2. Lo siento, Hyong-chol
3. Ya estoy en casa
4. Otra mujer
Epílogo. El rosario de palo de rosa
Notas
Créditos